

A close-up photograph of a woman's face, looking down with a contemplative expression. Her eyes are closed, and her hair is dark and voluminous. She is holding a small, realistic globe of the Earth in her open palm. The background is a deep blue space filled with stars and nebulae, creating a cosmic atmosphere. The lighting is soft, highlighting her features and the texture of the globe.

FUTURO INCIERTO

Esmeralda Muñoz

Futuro incierto

Esmeralda Muñoz



Primera edición

abril 2018

© Esmeralda Muñoz

© Ediciones Atlantis

Calle Virgen de las Nieves, 62

28300 Aranjuez (Madrid)

918.65.77.36 atlantis@edicionesatlantis.com

www.edicionesatlantis.com

ISBN:

Depósito Legal:

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o

escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»



Futuro incierto

Esmeralda Muñoz

**LA MUERTE FUE UNA LIBERACIÓN EN MUCHOS SENTIDOS,
PERO LA VENGANZA Y LA IRA HICIERON QUE MI ALMA
VOLVIERA AL CUERPO, ABSORBIDA POR UNA FUERZA
SOBRENATURAL DE LA CUAL ERA IMPOSIBLE ESCAPAR**

Prólogo

No me atrevía a abrir los ojos. Tenía frío y mis extremidades no pesaban en absoluto. Parecía como si estuviese flotando en un espacio sin gravedad.

Reuní el valor y el coraje suficientes como para echar un vistazo a mi alrededor, y durante unos segundos creía que no lo había logrado, pero me equivocaba. Estaba oscuro y no tenía conocimiento del espacio, pues ni siquiera mis pies tocaban una superficie sólida.

¿Dónde estaba? ¿Por qué me sentía tan confusa y perdida? Y, sobre todo, ¿por qué estaba flotando? ¿Estaba soñando?

Una luz pequeñita y de color azul brillante se me cruzó por delante con elegancia, sin prisa, y, al momento, empezaron a llegar muchas más, como si fuera una gran lluvia azul. Se juntaron entre ellas formando primero una gran bola azul y después, para mi sorpresa, una figura humana. No tenía rostro ni piel, solo era eso: una figura repleta de puntitos azules.

No estaba asustada, solo asombrada, y mi curiosidad por saber qué era aquello hizo que mi mano avanzara hacia ese ser. Este hizo lo mismo al mismo tiempo y, con cautela, nuestros dedos índices se rozaron, lo que provocó una pequeña descarga que me hizo retirar mi mano enseguida; en cambio, a ese ser no parecía haberle afectado el contacto.

—¿Quién eres? O... ¿Qué eres?

Mi voz sonaba hueca en aquel espacio vacío. El ente no respondía.

—¿Esto... es un sueño?

Inclinó la cabeza hacia un lado, como si no entendiera.

—¿Estoy... muerta?

La figura estiró un brazo hacia delante, colocando su mano a pocos centímetros de distancia sobre mi pecho.

—Debes volver para acabar lo que empezamos.

Su voz femenina resonó en mi interior como una fuerza sobrenatural, rabiosa y llena de energía, y una descarga eléctrica recorrió mi pecho al mismo tiempo que ella se convertía en millones de gotitas azules, como si de polvo se tratara.

Capítulo 1

Desperté en un lugar frío cuyo ambiente era envuelto por un incómodo olor a medicamentos que no lograba reconocer. Notaba una ligera molestia en la

nariz y un carraspeo en la garganta. La luz que desprendía la habitación me producía un fuerte dolor de cabeza, lo que me dificultaba abrir los ojos por completo. Debajo notaba un duro pero cómodo colchón; puesto que reconocía mi cama al instante por su dureza e incomodidad, estaba claro que no estaba en casa. Las sábanas calientes revelaban que llevaba mucho rato allí y, a pesar de echar en falta el calor de mi pijama bajo aquella fina tela, notaba que otra ropa, aunque no mucho más gruesa, me envolvía.

Los párpados me pesaban toneladas, pero poco a poco fui logrando abrirlos. Empecé a visualizar una figura que me resultaba conocida, en la parte derecha de la habitación, muy cerca de mí. Cuando esta reparó en mis movimientos, se levantó con rapidez del asiento en el que estaba acomodada, acercó la mano a un aparato situado detrás de mí y que yo no podía ver, y se acercó a mi rostro.

—¿Mamá...?

Apenas conseguí que mi voz se escuchara.

—Sí, cariño.

Su voz sonaba preocupada, pero a la vez aliviada.

—¿Dónde estoy?

Esta vez conseguí pronunciar todas las palabras con un tono más elevado. Intenté mirar a mi alrededor para averiguar dónde me situaba y, aunque mi visión se iba aclarando poco a poco, no conseguía reconocer nada. En la pared de enfrente se sostenía un televisor sobre una estantería, una

cama vacía a mi lado izquierdo, y la luz que tanto me molestaba procedía de una puerta de cristal a mi derecha, cubierta por cortinas blancas. ¿Un hospital? —¿Qué... qué ha pasado?

—Sssh... Tranquila, ya ha pasado todo —dijo mientras me ponía la mano en la frente y me acariciaba la cara.

Ese gesto me hizo saber que lo que me molestaba en la nariz eran unos finos tubos que se introducían por ella; al notar cómo sus dedos los rozaban, me producía un hormigueo por los orificios.

Acto seguido, una mujer de bata blanca entró a la habitación. La puerta estaba oculta en un rincón por la pared del cuarto de baño.

—Por favor, llame al doctor —le ordenó mi madre. —¿Se ha despertado?

—Sí.

La mujer dio media vuelta y desapareció tras la pared.

Estaba desconcertada, no sabía qué estaba haciendo ahí y mucho menos el porqué. Además de notar que todos mis músculos pesaban toneladas, el dolor de cabeza se intensificaba.

—Mamá... ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué estoy haciendo aquí?

—No hables. El doctor tiene que estar a punto de llegar.

—Sí, pero...

—¿Dónde está la bella durmiente?

Una voz masculina, grave y con alegría entró por la puerta como *Pedro por su casa*. Era un hombre mayor, alto y robusto, con todo el pelo y la barba blanca, con gafas y bigote espeso. Al principio me recordó a la típica imagen que se le daba al Papá Noel, pero, en vez de su traje navideño, este se encontraba con una larga bata blanca en cuya parte superior mostraba el nudo de su corbata de rayas azules y grises, dejando visible el cuello de su camisa azul. Alrededor de su nuca llevaba colgado un estetoscopio.

—Vamos a ver... —se puso a mi lado—. ¿Cómo te encuentras?

—No lo sé... ¿Pesada...? Apenas puedo moverme...

Se sentó en la cama y sacó un tensiómetro colgado por encima de mi cabeza.

—Bueno, eso es normal. Llevas un mes en coma.

Me colocó en el brazo el aparato, que empezó a inflarse automáticamente después de manipular los botones correspondientes.

—¿Un mes en coma?

La goma empezaba a apretarme.

—Sí. Has tenido mucha suerte de que la bala no tocara ningún punto vital.

El aparato paró de inflarse y el doctor prestó atención a mi tensión.

—¿Una bala?

—Cariño, ¿no recuerdas nada? —me preguntó mi madre, pero mis ojos desconcertados le respondieron enseguida.

—Alguien te disparó a la cabeza y la bala penetró hasta el lóbulo temporal —aclaró el doctor como si fuera una historia más para él.

Se levantó y empezó a recoger el tensiómetro. —Bueno, estás bien. De todas formas, tendremos que hacerte unas pequeñas pruebas más. Sigue mi dedo.

Ubicó su dedo a una distancia prudencial y me hizo seguirlo con la vista de derecha a izquierda, arriba y abajo.

—Bueno, estarás en observación y veremos cómo respondes a las pruebas. Tenemos que asegurarnos de que no tienes nada dañado. Ahora descansa, dentro de un rato vendremos a por ti para hacerte esas pruebas.

Llevaba poco rato despierta, pero aun así mis párpados volvían a pesar. El tacto de la mano de mi madre cogiendo la mía me reconfortaba, y apenas vi cómo el doctor salía de la habitación me quedé profundamente dormida.

Había pasado todo un mes de pruebas y rehabilitación antes de conseguir llegar a casa. Al parecer era todo un milagro seguir viva, pero lo era todavía más no tener secuelas. Según palabras textuales del doctor, era yo «un milagro andante». De todas formas, seguía necesitando las muletas para ayudarme a andar, pues todavía no había recuperado la totalidad de mi fuerza

muscular.

Estaba sentada en el coche, esperando a que mi madre pudiera abrirme la puerta y ayudarme a salir. Me coloqué las muletas bajo las axilas mientras ella cerraba la puerta tras de mí, y después abrió la trasera para coger la mochila con todas las pertenencias que había necesitado durante todo este tiempo en el hospital.

Durante mi estancia allí recibí unas visitas inesperadas por parte de la policía, que tenía intenciones de tomarme declaración respecto al día que me dispararon, pero, puesto que no conseguía que mi memoria recordara ese fatídico día, poco les pude ayudar. Me dijeron que podía estar sufriendo un *shock* postraumático pero que, con el tiempo y con ayuda psicológica, podría conseguir recordar. No estaba segura de si eso era lo que quería... El miedo a recordar algo que estuvo a punto de acabar con mi vida no era una de mis prioridades en aquellos momentos.

Miré la entrada de la casa y me pareció que había estado toda una eternidad fuera. No conseguía concretar la última vez que había estado allí.

Al entrar se percibía el poco tiempo que había dedicado mi madre a la casa pues, aunque las cosas estuvieran recogidas, se podía ver el polvo por encima de los muebles y el suelo ligeramente opaco ante su fina suciedad... Me esperaba que a mi retorno hubiera hecho cambios en el amueblado. Normalmente, cuando tenía alguna preocupación, se dedicaba a cambiar las cosas de sitio y a tirar los trastos viejos para cambiarlos por los nuevos. Pero todo seguía en su sitio: el comedor, a la izquierda, conservaba los muebles de siempre, y la cocina, a la derecha, acumulaba platos por fregar en el fregadero. Le había robado mucho tiempo en el hospital y había descuidado todo lo demás por mí...

Mi madre, con la mochila a cuestas, se encaminó hacia las escaleras situadas enfrente de la entrada y que conducían a las habitaciones del segundo piso. Aun así, notaba la ausencia de algo o, mejor dicho, de alguien. Alguien que siempre me había dado la bienvenida cuando llegaba a casa.
—¿Y Lucky?

—Lo dejé en casa de tu tía Rosalía. No podía cuidar de él estando en el hospital.

Lucky es mi perro y, aunque no es de raza pura, es el mejor perro que he tenido nunca, mi mejor amigo desde que nos trasladamos a este pueblo: Ejea de los Caballeros, en Zaragoza. Mi tía Rosalía vivía a tan solo tres manzanas de aquí y, después de que mi madre se divorciara de mi padre, nos vimos obligadas a trasladarnos. ¿Y qué mejor sitio que un lugar muerto del aburrimiento, alejado de todo y con una tía que ni siquiera conoces?

—¿Podrás subir sola?

—Sí. Con calma y buena letra algún día conseguiré llegar... —Bueno, mira el lado positivo: por una temporada faltarás a las clases.

Su sonrisa se me contagió. Mi madre, una persona que no aceptaba la ausencia escolar a no ser que fuera irremediable, se permitió bromear sobre ello con tal de subirme la moral.

Ella ya había llegado arriba cuando todavía pisaba el quinto escalón. Me costaba acostumbrarme a mis piernas de refuerzo. Cuando al fin conseguí llegar, me adentré a mi habitación, que seguía exactamente igual, como todo lo demás.

—Eso del centro habrá que pensárselo —comenté.

—¿Qué quieres decir?

Mi madre empezó a sacar las cosas de la mochila, colocando colonias, desodorantes y ropa interior en sus respectivos lugares.

—Que vaya con muletas no significa que esté en cama ni que esté inválida... Puedo ir perfectamente.

—Pero, hija, todavía no estás suficientemente fuerte para poder ir. Necesitas descansar.

—Creo que ya he descansado suficiente, ¿no te parece?

Un mes en coma y otro mes en cama había acabado con mi necesidad de descansar por años. Mi madre se detuvo un momento, me miró y se quedó unos segundos en silencio, pensativa. —Como tú veas, pero creo que deberías quedarte en casa. Al menos durante un tiempo.

—Mamá... —suspiré. No podía pretender encerrarme para siempre con intenciones de protegerme de los peligros—. Ya he faltado suficiente a clase y si sigo así, el año que viene tendré que repetir, y lo cierto es que eso no está

en mis planes. ¿No eras tú la que siempre decía que hay que seguir adelante pasara lo que pasara?

—Eso fue antes de que pasara... todo esto...

Su gesticulación de manos y brazos, que a veces hacía cuando estaba a la defensiva o intentando razonar en voz alta, me sacaban una sonrisa, pues la mayoría de las veces lo hacía para exagerar la situación y para que la otra persona se acobardara. Me relajé y se me escapó una leve sonrisa. No quería enfascarme con ella pero tampoco que ganara esa conversación, así que con mi silencio conseguí también el suyo. Miró la mochila ya vacía, pensativa.

—Está bien...

Hizo una pausa para coger la mochila del asa y devolverla donde siempre había estado, al lado del somier. Luego se volteó hacia mí y continuó:

—Pero sigue mi consejo cuando te digo que no te des prisa en volver. No pasa nada por atrasar las cosas un tiempo. Podrías tomártelo como un año sabático... Se acercó y me besó en la mejilla.

—Te quiero, mi niña.

—Y yo a ti...

Salió de mi habitación, cerrando la puerta tras ella. Me dirigí a la puerta de mi armario, la abrí y miré el espejo de cuerpo entero que se escondía pegada detrás de ella.

Tenía una pinta pésima. Mi piel se había vuelto pálida, lo que pronunciaba las ojeras. Levanté la muñeca derecha donde se me notaba el pinchazo en el que había estado situado el catéter para introducirme el suero, lo toqué con el dedo índice y todavía me parecía notarlo.

Me acerqué todavía más al espejo para poder observar aquella cicatriz circular y con piel mal recreada cerca de la sien, aquella que se podía ocultar bajo un pequeño flequillo con facilidad, pero con la que tenía que convivir el resto de mi vida recordándome constantemente lo cerca que había estado de la muerte. Estaba claro que alguien me había disparado con intenciones de matarme. Podría haber sido producto de un atraco que salió mal, pero la policía había descartado esa posibilidad pues no faltaba nada en mi cartera ni nada que llevara de valor. ¿Quién querría matar a una chica de veinte años?

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal. Que yo sepa, no estaba metida en ningún lío, pero había muchos indicios que apuntaban a la venganza. ¿Qué había hecho yo para que alguien quisiera vengarse de mí?

Eran las siete de la mañana cuando el despertador de mi mesita sonó. Cogí la ropa que había en una silla junto a mi cama y que había preparado cerca de mí la noche anterior, evitando así la utilización de las muletas. Encendí la radio para animarme la mañana y empezó a sonar algún tipo de música *dance*.

Una vez vestida, recogí mi pelo liso con una coleta, dejando un flequillo que ocultara la cicatriz; de esta forma evitaría los ojos fisgones. Mi pelo oscuro ensombrecía mis ojos y mi piel aparentaba ser más pálida de lo normal. Cogí el neceser que había bajo mi cama, con el cual me ayudaría a ponerme algo de maquillaje y así disimular aquellas ojeras y la piel de vampira. Al terminar, me miré varias veces al espejo de este, cambiando la posición de la cara. Pero, por mucho que lo quisiera remediar, no podía evitar mostrar lo mal que había estado. Definitivamente, decidí colgarme la mochila a la espalda y dejar pasar aquella imagen de mí que me estaba atormentando más que la cicatriz. Apagué la radio, bajé a desayunar y salí como aquel que lleva el viento.

Hubiera llegado pronto si no fuera por mi torpeza con las muletas, pero allí estaba, ante el Centro de Audiovisuales Exea, en el que tan solo había asistido el primer mes, preparada para reiniciar mi primer curso.

Había algunos coches aparcados en la puerta, aunque resaltaba ante todos un Audi R8 Quattro plateado, algo que me hacía pensar que una familia rica había llegado al pueblo y, puesto que un alumno no se puede permitir un lujo así, supuse que algún familiar lo había traído como si de una limusina se tratase.

Antes de hacer nada, tenía que dirigirme al despacho del director para

entregarle mi justificante médico.

Desde la acera hasta la entrada del edificio había un camino asfaltado limitado por pequeñas rocas, que se veía envuelto por un césped verde y fresco, decorado por margaritas y tulipanes en lugares concretos de su superficie. Cuando atravesé la gran puerta central después de una corta pendiente poco pronunciada, un largo pasillo me llevaba hasta una puerta mitad de madera y mitad de un cristal opaco y rugoso sobre el que se especificaba con un rótulo «DIRECTOR J.M. LOPEZ». Toqué con los nudillos de una mano y una voz grave contestó desde el interior, dándome paso. Al abrir la puerta pude divisar enseguida, junto a la ventana, una figura corpulenta, imponente. Su espalda y sus manos sujetas por detrás era todo lo que podía ver en ese momento, aunque fue lo suficiente para saber que iba a ser un director inflexible y de carácter fuerte. Parecía que contemplaba algún movimiento en el exterior que yo era incapaz de visualizar desde mi posición, pues tan solo vislumbraba unos edificios antiguos y de gran pobreza con sus ventanas maltratadas y tendederos lamentables.

Su mesa estaba limpia y ordenada, con un portalápices que contenía bolígrafos, una tijera y un cúter; tenía un teléfono en la parte izquierda de la mesa que incluía manos libres y botones de espera, una carpeta de cartón marrón (me apostaría el cuello a que era mi expediente) y un ordenador portátil abierto en la esquina superior derecha. En un lado de la habitación, un gran archivador de varios cajones ocuparía todo su espacio con todos los expedientes del alumnado, y en el costado opuesto, un gran mueble de estanterías con algunos compartimentos con puertas estaba decorado con fotografías de su supuesta familia, trofeos cuyo significado no lograba determinar y dos diplomas adquiridos en su vida.

—Llegas tarde —dijo sin darse media vuelta. Cerré la puerta tras de mí.

—Lo siento —me acerqué y le puse el papel encima de la mesa—. Le traigo el justificante médico.

Se giró para comprobar la veracidad de mis palabras. No era un hombre precisamente mayor, pero en cambio tenía canas y entradas en el pelo, algunas arrugas en la frente y algún pequeño corte en la cara, algo que me hacía deducir que se había afeitado aquella misma mañana. Tan solo era un

hombre castigado cuya vida parecía no haberle tratado muy bien. Vestía de traje gris con corbata a juego y camisa blanca.

—Ya me ha contado tu madre lo ocurrido, pero gracias por presentarlo —decía fijando la mirada ante aquel impreso, y posó ligeramente los dedos de una mano sobre él sin intenciones de cogerlo—. Supongo que ahora estás mejor.

Tomó asiento mientras me hacía un gesto con la mano para que le imitara. Accedí a su petición.

El asiento en el que estaba acomodada era confortable e incluso me podía respaldar, pero, aunque él intentase que su invitado se sintiera cómodo, su autoridad y su voz secante lo impedían, y es que desprendía unas sensaciones totalmente contrariadas.

—Sí, aunque como puede ver todavía estoy algo... —Si me lo permite, iremos al grano. Como comprenderá, tengo muchas cosas que hacer.

Me interrumpió cogiendo la carpeta marrón que tenía a su lado. No me prestaba la más mínima atención. ¿Para qué preguntaba entonces?

—Puesto que ha faltado casi todo el último trimestre —me miró fijamente al decírmelo y juntó las dos manos entrelazando los dedos—, tengo que informarle que tiene dos opciones: o bien puede hacer un tercer año con las asignaturas pendientes, cosa que le recomiendo, o bien puede probar suerte en aprobar los exámenes en julio.

—Bueno, yo...

—Veo que asistió el primer mes.

Eché un vistazo a los papeles que había en el interior de la carpeta. Como supuse, se trataba de mi expediente. Al parecer me había estado esperando con un buen discurso preparado al cual debía someterme.

—Tiene entonces posibilidades de aprobar alguna que otra asignatura pero, sin ningún tutor o profesor que le haga clases particulares —hizo una mueca con la boca al decirlo—, eso es poco probable. ¿Me entiende?

—Bueno, todo es intentarlo. ¿No cree? No pierdo nada. Y si hace falta me apuntaré a más asignaturas el año que viene.

—Pero si lo hace se llenará de exámenes y trabajos, más de lo que uno pudiera acarrear. ¿Está segura de querer hacer eso? —parecía que su voz me

lanzase una advertencia—. Tenga en cuenta que, cuantas más asignaturas, menos rendimiento, y algunas podría suspenderlas si no les dedica más tiempo.

—Señor —le dije mientras me desplazaba hacia delante, cansada de sus malos consejos—, creo que si tengo la posibilidad de aprobar algunas asignaturas en julio y las restantes el año que viene, no voy a perder el tiempo en pagar otra matrícula para un tercer año. ¿Me comprende usted?

De repente su rostro se volvió tenso e inexpresivo. —De acuerdo, pero ya sabe que tan solo puede matricularse dos veces por cada asignatura. Piénseselo, tan solo lo hago por su bien.

Y cerró la carpeta. En un principio pensaba que quería que pagara más de la cuenta, aprovechando mi situación, y así sacar partido de ello. Pero ahora entendía a la perfección su insistencia. Me había quedado claro que se había impuesto un límite en la matriculación de asignaturas y, si suspendía y superaba ese límite, no podría sacarme el título. Aun así, pensaba arriesgarme en julio, pues ya estaba matriculada en ellas. —Lo haré. ¿Puedo retirarme ya?

—Antes me gustaría comunicarle que tenemos un psicólogo en el centro. Su madre me ha dado órdenes explícitas de que asista dos veces a la semana.

—Qué raro... A mí no me ha comentado nada.

—Me traerá un papel firmado por este profesional al finalizar cada sesión, ¿de acuerdo?

—No creo que necesite ningún psicólogo, señor. Yo...

—Me traerá ese papel —hizo una pausa para remarcar el hecho—. Me lo traerá sí o sí. No quiero tener problemas con los familiares de ningún alumno.

Asentí con la cabeza sin remedio, asombrada por la petición.

—Ahora sí que puede retirarse.

¿Pero de qué iba este director? ¿De sargento? ¡Qué manera de tratar a sus estudiantes! Me levanté de la silla, dispuesta a dirigirme a mi primera clase de mi segundo trimestre, aunque llegara media hora tarde.

—Laila...

Me di media vuelta. Él se levantó enseguida, se dirigió hacia la puerta y

me la abrió, y completó lo que se disponía a decir:

—...bienvenida de nuevo.

Su mirada era fría y distante, aunque sus palabras y el tono quisieran aparentar lo contrario. Realmente, todo lo que rodeaba al director no parecía ser lo que realmente él quería parecer. Además, desprendía un enfado que no lograba comprender. Había sido a mí a quien le habían disparado y era yo quien había estado en coma un largo mes, ¿no?

—Gracias...

Salí de aquel cuarto lo más rápido posible, volví a cruzar todo el pasillo hasta la entrada y me acerqué al panel donde se exponía un gran cartel, refugiado detrás de un cristal grueso, con todas las asignaturas de los cursos y las clases junto con sus profesores. ¿De verdad existe alguien interesado en robar esto para que le hayan proporcionado tanta seguridad a un simple horario?

Este trimestre tenía a Julia Ramírez con Comunicación e información audiovisual de 8:00h a 10:00h. Después a Manuel Soto en Lenguaje y técnica de periodismo audiovisual hasta las 12:00h y por último María del Valle en Publicidad y relaciones públicas hasta las 14:00h. Evidentemente desconocía los rostros de esos nombres, tan solo esperaba que esa tal Julia Ramírez no se molestara conmigo por llegar tarde.

Cuando localicé el aula situada en la segunda planta y, por supuesto, después de haber subido unas cuantas escaleras por la ausencia de ascensor, toqué con los nudillos en el cristal opaco y rugoso de la puerta. No esperé a recibir respuesta; giré el pomo y, al abrirla, observé que todos los alumnos giraron sus cabezas para curiosear mi llegada. La profesora, de pie junto a su mesa, se dirigió hacia la puerta para cerrarla tras de mí.

—Señorita...

—Laila —le completé.

—Llega tarde. Espero que tenga una buena excusa. No me gusta la impuntualidad.

—Lo siento, como pudo notar el ascensor no funcionaba —dije con sarcasmo. Aquello provocó algunas risas entre los alumnos.

—Sí, pero no por ello uno llega cuarenta y cinco minutos tarde a sus

clases.

—Perdone, el director quería hablar conmigo.

Aquella excusa después de la broma perdía mucha fuerza. —Siéntese donde pueda y saque el libro —dijo mientras se dirigía a la pizarra.

Tan solo había un puesto libre al final del aula junto a una chica de cabello rubio y liso, de cara pálida y labios rojizos, cerca de la ventana. Era asombroso lo completa que estaba la clase después de empezar el segundo trimestre; normalmente en los primeros meses la gente tiende a abandonar. A medida que avanzaba entre los pupitres, tres chicos clavaron sus ojos en mí de una manera distinta al resto. No indicaban desconcierto o curiosidad, sus miradas frías y amenazadoras desprendían una sensación de enemistad incomprensible, lo cual me extrañaba por la falta de conocimiento mutuo, y al mismo tiempo me atemorizaba. Automáticamente mi vista se desplazó hasta cruzarse con la mirada de un chico que se sentaba en la esquina del fondo, oculto ante la masa y que se diferenciaba de los demás, pues sus ojos negros desprendían miedo y, al mismo tiempo, una preocupación que no lograba entender. Su melena negra caía traviesa hasta los hombros, cosa que le daba una pinta más misteriosa.

Aun así, sus rostros no me resultaban familiares y lo único que provocaban en mí era una gran incomodidad. Finalmente llegué a mi mesa, coloqué las muletas apoyadas junto a la ventana, y me preparaba las cosas para poder empezar la clase cuando una voz se dirigió a mí.

—Bienvenida —me dijo Ana con una sonrisa leve, pero sincera. Su mano fría se posó encima de la mía—. Te estaba guardando el sitio.

Cuando iba a agradecersele, mi cuerpo se estremeció, el corazón empezó a acelerarse, mis ojos se nublaron y la imagen que tenía ante mí se desvaneció, provocando terror en mi interior. Una sucesión de imágenes apareció ante mis ojos, como si fueran fotos que pasaran a gran velocidad, lo que me causó mareos y un gran desconcierto. Apenas duró unos pocos segundos, pero pude distinguir claramente que se trataba de Ana. Era de noche y estaba en un callejón de algún lugar del pueblo, había mucho movimiento de brazos y piernas... Distinguí a dos hombres... ¡Parecían estar atacándola!

Cuando abrí los ojos todavía tenía su mano sobre la mía y, al darme cuenta de que aquello podría haber sido el motivo de estas sensaciones, la retiré de inmediato. Todo parecía confuso, borroso, nada me parecía real; la clase se movía como si estuviera bajo el agua.

—¿Estás bien?

Mi corazón todavía palpitaba con fuerza y mis náuseas no habían desaparecido. Me faltaba el aire. No sé qué cara tenía, pero la expresión horrorizada de Ana significaba que no era muy buena. Tenía que salir de allí... ¡Necesitaba respirar! Cogí las muletas y me dirigí a toda prisa al baño. Presentí las miradas extrañadas de los alumnos clavadas en mi nuca, pero no di importancia a ello, tampoco a la profesora, que había dejado de escribir cansándose de mis interrupciones.

Observé cómo todo el desayuno se iba por el retrete y, cuando no pude echar más, mi estómago empezó a asentarse. Me acomodé como pude en el suelo para reposar y, poco a poco, las náuseas fueron desapareciendo junto con los mareos.

¿Qué narices había pasado? ¿Qué era aquello? ¿Acaso estaba experimentando algún tipo de secuela? ¿Es que todas aquellas imágenes habían sido fruto de mi coma? ¿Era un recuerdo olvidado? Fuera lo que fuese, hasta ahora no me había pasado...

«Calma, Laila. Seguro que no ha sido nada... Los nervios del primer día».

Me levanté y me dirigí de nuevo a clase. La mirada de la profesora por mi tercera interrupción la empezaba a enojar y me enrojecí al volver a ser el centro de atención de todos los presentes. Me disculpé y volví a mi pupitre.

—¿Estás bien?

La preocupación de Ana me abrumaba. Asentí con la cabeza. No tenía ganas de hablar, ni siquiera podía explicar lo ocurrido. Tan solo esperaba que no me preguntara más por ello. Al fin sonó el timbre y empecé a recoger las cosas.

—¿Qué te ha pasado antes? —me preguntó Ana.

Definitivamente, era inevitable su preocupación y curiosidad.

—Nada... Tan solo un mareo.

—¿Seguro que estás bien?

Apenas nos conocíamos del primer mes del curso. Nos habíamos hecho muy amigas y me halagaba que todavía siguiera siéndolo, o al menos que lo disimulara con su intranquilidad.

—Sí, ya se me ha pasado. Estoy bien.

Ana me devolvió una sonrisa, se colgó su mochila de asa cruzada y nos dirigimos las dos a la próxima clase. Hasta que definitivamente sonó el timbre de la finalización del día no me di cuenta de que el cielo se había nublado peligrosamente.

—Oye, si quieres te llevo a casa.

—Pues la verdad es que me vendría de mucha ayuda... —Tengo que pasarme primero a ver a mi tutor, pero espérame fuera.

—No te preocupes, hasta que no pongan ascensor seguirás llegando tú antes que yo.

Las dos coincidimos en unas pequeñas risas, se levantó colocándose la mochila y cruzó el aula a paso ligero.

«Y a esa velocidad me tendrá que esperar un buen rato», pensé.

Al tenerlo todo recogido me dirigí hacia fuera, tal y como le había prometido a Ana, que, asombrosamente, todavía no había llegado. Apoyé la espalda junto a la pared para destensar los músculos, pues ya habían hecho el suficiente esfuerzo para lo que quedaba de día. Pronto podría dejar estas inútiles muletas y volver a caminar como antes, pero, si quería superarlo rápido, más me valía tomármelo en serio y empezar a hacer ejercicio extra.

—¿Laila? —la voz de un hombre interrumpió mis pensamientos—. Soy Jonatan.

Mediría un metro noventa; era rubio, de ojos claros ocultos por unas gafas redondas y discretas, y muy delgado. Me extendió su mano para la presentación. Yo accedí curiosa.

—Soy el psicólogo del centro —al escuchar aquello me incorporé de inmediato sobre las muletas, mostrándole respeto—. ¿Tienes un momento para hablar?

—Claro.

—Me ha dicho el director que vendrás a verme como mínimo dos veces

por semana.

—Bueno, lo cierto es que es petición de mi madre. Pero creo que no me dejan otra opción... —Entiendo.

Al sonreír junto con su respuesta me pareció un hombre agradable.

—¿Qué tal si te pasaras un ratito a visitarme después de la última clase que tengas? Eliges tú los días, ¿de acuerdo?

—Señor...

—Llámame Jonatan —me interrumpió.

—Jonatan, no tengo nada en contra de los psicólogos, pero no creo que pueda ayudarme. Además, no necesito ayuda de ningún profesional porque, aparte de no recordar el último día, no me pasa absolutamente nada.

—¿Y no crees que eso sea razón suficiente? Si dejas que te ayude a recuperar esa laguna podrías averiguar quién te provocó esa herida y coger al culpable. ¿No quieres que se haga justicia? En cierto modo, así era, pero...

—No creo que me sienta preparada todavía para recuperar mi... fatídico día.

—Tranquila. Cuando lo creas necesario yo estaré para ayudarte. Sabes que el director quiere justificantes conforme estés asistiendo, pero ya intentaré disuadirle durante un par de días. Aunque no te recomiendo que tardes mucho. No podré retenerle mucho tiempo —me dijo mostrando sus dientes perfectos con una sonrisa perfecta.

—Muchas gracias.

El psicólogo se marchó de nuevo hacia el interior del edificio, creando en mí una buena impresión; un buen hombre que intenta hacer lo mejor para la gente. Fue un alivio sacarme de encima aquellas visitas durante un tiempo pero, como bien me había dicho, no podía retrasarlo durante semanas si quería tener contento al director y evitar posibles conflictos e incluso castigos.

Definitivamente tendría que enfrentarme a su psicología tarde o temprano, pero hasta entonces quería recuperarme de mi musculatura e intentar avanzar en el aspecto de la memoria por mí misma. Me consideraba fuerte para hacerlo sola, y la ayuda de aquel profesional, aunque le agradecía su atención, sobraba en todos los aspectos de mis pensamientos. Tenía que

hablar con mi madre para que cancelara esas citas. ¡No podía hacerme aquello si yo no estaba dispuesta y preparada!

—¡Eh, tú!

Una voz varonil y bastante malhumorada volvió a interrumpir mi reflexión. ¿Aquí no puede estar uno tranquilo? Levanté la mirada y me sorprendí al ver que venía acompañado. Eran aquellos tres chicos a los que, sin ninguna razón aparente, no les causaba una buena impresión.

—Creo que la chica no aprende, Omar —dijo un chico de pelo corto, moreno y de ojos color miel, situado a la derecha de ese tal Omar. Hizo una mueca con la boca y escupió hacia un lado.

El chico a la izquierda de Omar, de melena larga y negra como el carbón y de rasgos indios, se limitaba a sonreír con los brazos cruzados, destacando su disfrute a la espera de algún acontecimiento. Mi corazón latía con fuerza, notando un posible peligro y aumentando la adrenalina, pero sabía que no era ni el lugar ni el momento para hacerme nada. No ante profesores y alumnos. Con lo cual, a pesar de las circunstancias en las que me veía envuelta, me sentía más segura allí que no estando sola ante aquellas presencias. —¿Qué queréis?

—¿Que qué queremos? —repitió Omar mirando a sus compañeros de manera seria, algo que me hizo temblar inconscientemente—. Que te vayas de aquí. Creo que está claro —miró a sus amigos evidenciando su respuesta.

Sus ojos negros eran penetrantes y amenazadores, su pelo moreno era corto bañado en gomina para que se le quedara en punta. El cuerpo musculoso me estremecía al igual que los otros dos, con lo que una bofetada podía dejarme inconsciente al instante. Eran bastante imponentes y parecían peligrosos. De la manera en la que se dirigían a mí, daba la impresión de que ya me conocían, una ventaja de la que, evidentemente, yo carecía. —Tranquilos, estoy esperando a una amiga. En cuanto venga me iré.

—Creo que no te has enterado —dijo Omar—. Queremos que te vayas, pero de este centro, y si puede ser también del pueblo... No queremos verte por aquí.

—¿Se puede saber qué os he hecho? Dejadme en paz —dije frunciendo el entrecejo.

—Vamos, chicos...

Una voz surgió de detrás de ellos tres, dejándome sin aliento al clavarse como estacas en mi corazón, provocando un dolor que no lograba explicar. Cuando estos le abrieron paso me dejaron ver un rostro oculto tras unas gafas de sol y una melena revoltosa que le llegaba hasta los hombros. Vestía con una cazadora negra sin abrochar, dejándome ver una camiseta negra ajustada a sus fuertes pectorales y unos tejanos azules. Cuando se retiró las gafas, nuestras miradas se cruzaron, observando de nuevo aquellos ojos negros que habían estado ocultos en una esquina de la clase todo el día. Ya no expresaban miedo, pero sí preocupación y, aunque su rostro moreno me resultara familiar, me era imposible recordarle.

No podía desviarme de su trayectoria. Algo me retenía en aquella posición, pero no entendía el porqué ni tampoco las razones de aquel dolor en el pecho.

—¿Qué os dije? —dijo mirándoles de manera amenazadora, pero precavido.

Mi corazón reaccionaba a cada palabra que pronunciaba. Omar fruncía el entrecejo mientras que los otros dos tan solo se escondían detrás de él.

—Vamos, marchaos a casa antes de que nos arrepintamos de algo —dijo sin bajar la guardia.

—Dimitri... —empezó a pronunciar Omar, pero sus miradas chispeaban y acalló la frase.

Omar hizo un gesto con la mano y los otros dos le siguieron como perros falderos, alejándose de la escuela.

—Puede que lo sean... —comentó mientras observaba cómo se marchaban dirigiéndose a la acera como una pequeña banda de matones. —¿Qué? —me desconcertó.

—Perros fieles a su dueño —echó vaho a las gafas y las limpió con la punta de la camiseta—. Es lo que estabas pensando, ¿no? —las puso a contraluz.

—¿Cómo...?

Le miré extrañada, pues era imposible que lo supiera.

—Tranquila, es lo que piensa todo el mundo. Hace tiempo que los

conozco —dijo colocándose las gafas de nuevo—. Mantente alejada de ellos —me advirtió mientras se dirigía a la acera—. Y de mí... Es tan solo un consejo.

Le seguí con la mirada hasta visualizar que sacaba unas llaves del bolsillo y abría el fantástico e increíble Audi R8 plateado que, sorprendentemente, todavía seguía allí. No quise expresar, ante la multitud que salía del edificio, lo asombrada que estaba al saber que aquel coche no era su taxi particular, sino que le pertenecía a él, pero prácticamente era imposible no impresionarse. —Dimitri Lander —dijo Ana colocándose a mi lado—. Todo un donjuán, aunque últimamente se le ve bien poco.

Me quedé en silencio pensando en su nombre, pues me resultaba familiar, al igual que su rostro.

—¿Él y sus amigos llegaron cuando estaba en coma?

—No. Empezaron el curso el primer día, como tú y yo —dijo extrañada—. ¿Acaso no te acuerdas de ellos?

Observé cómo el coche se alejaba a toda prisa. Si me acordaba de todo a excepción del momento en que me atacaron, ¿por qué razón no lograba acordarme de ellos?

—Vamos, que te llevo a casa antes de que empiece a llover.

Cuando abrí la puerta de casa todavía podía ver el Nissan verde de Ana a la espera de que entrara. Siempre hacía lo mismo, parecía que no se fiara de que llegara sana y salva hasta la puerta de mi casa incluso antes del desagradable suceso. Qué bien... Como si no fuera poco tener a mi madre como mi mayor protectora, ahora se había unido a la causa mi amiga Ana.

Unos ladridos me hicieron dar media vuelta y Lucky se me echó encima, haciéndome perder el equilibrio y provocándome una caída inevitable. Movía el rabo con fuerza y me daba lametones en la cara. Estaba descontrolado de felicidad. Le había echado tanto de menos... ¡y me alegraba tanto de verle!

Su melena suave color crema apenas se me enredaba entre los dedos cuando le acariciaba y, aunque tenía la altura de un labrador, pesaba bien poco.

—¡Lucky! ¡Hola, grandullón! ¡Hola! —decía con euforia entre risas, acariciándole con rapidez por la alegría que sentía mientras él intentaba jugar y me comía a lametones, cubriéndome de sus babas.

Saltaba de un lado a otro, rodeándome sin que me dejara incorporarme. Cuando al fin me dio un pequeño respiro, no dudé la oportunidad de levantarme sin la ayuda de las muletas.

—¡Mamá, ya he llegado! —avisé en voz alta.

Lucky se puso a dos patas y le acaricié la cabeza.

Mi cuerpo volvió a estremecerse por segunda vez en el día; me dio un vuelco el corazón y se aceleró como si quisiera salir del pecho. La imagen que tenía ante mí se desvaneció y, en su lugar, una sucesión de imágenes apareció con mucho movimiento y descontrol. Me asusté. No conseguía ver nada en claro y no sabía por qué me pasaba eso. El frenazo de un automóvil llamó mi atención y me concentré en eso. Una furgoneta naranja y un perro aullando...

Me desplacé hacia atrás, apoyándome contra la puerta de la entrada, debido a un mareo que, a los pocos segundos, me provocó náuseas. De repente tuve la gran necesidad de acudir al baño. Allí vi los pocos restos que me quedaban en el estómago y la bilis. Mi madre tocó la puerta.

—Cariño... ¿estás bien?

No tuve fuerzas para contestar pues, aunque las náuseas ya se me estaban pasando, persistía un ligero mareo. No entendía lo que me estaba ocurriendo. ¿Por qué veía cosas irreales? Me estaba volviendo loca...

Mi madre entró y me vio sentada en el suelo, apoyada en la pared y junto al váter. La preocupación se dibujó en su rostro.

La luz me cegaba la vista cuando enfocaba a mis pupilas, y sus dedos, que mantenían mis párpados abiertos, eran calientes y firmes. Cuando me inspeccionó ambos ojos apagó la luz de la pequeña linterna.

—Bueno, todo está bien —dijo el doctor—. ¿Cuántas veces me has dicho que te ha pasado?

—Un par de veces —dije todavía sentada en la camilla, intentando darle al asunto la más mínima importancia.

No sabía si hacía bien en ocultar las extrañas visiones. Tan solo le nombré los síntomas que había presenciado pues, ante todo, quería asegurarme de que el malestar era producido por otra cosa y no por esas manifestaciones en mi cabeza. Si quería deshacerme del psicólogo no podía dar razones para que no ocurriera así. Tampoco quería acabar en un centro psiquiátrico... tan solo quería averiguar lo que me estaba pasando sin exponerme a ciertos riesgos.

Retiré el algodón que tenía en el brazo para comprobar que el pinchazo que me había realizado el doctor había dejado de sangrar, pero volví a colocármelo por si acaso.

—Repetiremos algunas pruebas para asegurarnos. ¿Cómo llevas la fuerza?

—Voy mejorando.

—Doctor... ¿puede ser algo grave? —preguntó mi madre mientras el doctor cogía un martillo de goma.

—No lo creo... pero vamos a asegurarnos.

Me golpeó las rodillas, las cuales reaccionaron solas levantándose hacia arriba impulsivamente.

—No podía ser todo tan bonito, ¿no, doctor? —dije con una leve sonrisa.

—De reflejos sigues estando bien.

Dejó el martillo en su lugar y se colocó mejor el estetoscopio que colgaba en su cuello. Jamás entenderé la rutina de sus pruebas, pues tenía náuseas, no fallos de reacción muscular.

—Ahora vendrá una enfermera y te acompañará —me explicó—. De

todas formas, si te volviera a pasar, tómate esto. Me acercó una receta cuya letra no entendía.

—Son para los dolores y las náuseas —aclaró.

Las pruebas salieron correctas y, según palabras textuales del doctor, «estás como una rosa», y posó su mano encima de mi cabeza agitándomela de un lado a otro como si fuera una niña pequeña.

Aun así, preferí quedarme en casa un par de días para asegurarme de que no me volviera a pasar. Intenté aprovecharlos al máximo dándome un paseo por el parque central al cual se accedía por el Paseo de la Constitución, justamente la calle más céntrica y ancha de todo el pueblo. El río Arba se abría paso por la mitad del lugar limitado por vallas, y con la incorporación de un puente que lo cruzaba se alcanzaba el otro extremo del parque. Tan solo un camino asfaltado interrumpía el fresco verdor del césped y, en él, se alzaban altos y delgados árboles. Aunque abundantes en hojas, se podían distinguir chopos, tilos y abetos. El Ayuntamiento había colocado bancos que miraban hacia al río cada cierta distancia, cosa que agradecía, pues mi cansancio era irremediable. Aquello ocupaba gran parte de mi tiempo gracias a que me quedaba maravillada del paisaje, y las horas transcurrían sin apenas darme cuenta.

Cuando regresé a la Escuela de Audiovisuales tan solo utilizaba una muleta, aunque apenas dependía de ella, pues había recuperado casi la totalidad de la fuerza muscular.

Ana se había ofrecido a llevarme, pero necesitaba ejercitar las piernas y, aunque tenía que salir más temprano de casa para poder llegar a tiempo a clase, siempre agradecía el olor a frescor en el aire cuando me levantaba y la vitalidad con la que una llegaba al centro después de hacer algo de ejercicio. Además, los viernes agradecíamos a la Academia por haber hecho el día más corto en vísperas del fin de semana pues, aunque eran interesantes todas las clases otorgadas, acabar a las 12:00h con la señora Valle era todo un alivio.

Faltaban unos metros para ver la entrada del centro cuando el viento azotó mi cara, atrayendo las hojas de los árboles que abundaban en las aceras

y haciéndome apartar la vista de enfrente. El aire se volvió más intenso y la esencia de las cosas que me rodeaban las empecé a notar en mis cinco sentidos: mis oídos se agudizaron al escuchar a los animales revolotear asustados mientras recorrían el aire, el agua y la tierra; el olor se intensificó convirtiéndose de fresco a corrupto y provocándome un picor en las fosas nasales. Me sentí como en una especie de burbuja en la que la imagen de todo lo que me rodeaba se distorsionaba. Tuve que agarrarme bien a la muleta para no caerme. En un abrir y cerrar de ojos todo volvió a la normalidad y aquel malestar desapareció.

Me tomó tiempo recomponerme y seguir hacia delante, aunque no sin quitarle la importancia necesaria a lo sucedido. Podía ser por el estrés, el cansancio o el mismo descontrol que tenía en mi vida en ese mismo instante.

Es cierto que no sabemos cómo puede reaccionar el cuerpo en ciertas ocasiones, pero, por supuesto, no me quería quedar con esa única teoría.

Estudiantes y profesores entraban por la puerta principal como un rebaño de ovejas, aunque más ligeros que ellas. Alguien chocó con mi hombro dándome un giro de ciento ochenta grados y provocando un rebote en la imagen que tenía ante mí. El cuerpo se me estremeció con una duración de milésimas de segundos, acelerándome el corazón y accediendo a unas imágenes irreales. Cuando por fin se detuvieron los síntomas seguí caminando, ignorando lo ocurrido y pasando desapercibida entre la multitud, pero volvió a ocurrir lo mismo con otra persona. Las imágenes no paraban de entrar en mi cabeza, revelándome sucesos que no eran reales, e incluso en algunas de ellas parecía que yo misma las sufría. Sentía lo que ellos sentían... Cada una pertenecía a aquel que tenía contacto físico conmigo, cuyo acontecimiento en algún momento de su vida se me veía reflejado en mi mente. Y así sucedía uno detrás de otro.

Aceleré el paso a medida que se iba intensificando la situación, junto con la tensión de mis músculos y el malestar que todo ello conllevaba. Conseguí llegar al baño entre tantos cambios de escenarios. Parecía que la cabeza me fuera a estallar y los ojos me dolían como si tuviera mil agujas clavadas. Se me formó un nudo en el estómago.

—Otra vez no... Otra vez no... —me repetía desesperada mientras me

abría paso a los lavamanos.

Cada vez eran más continuas. ¿Qué me estaba ocurriendo? ¿Secuelas del disparo?

Apoyé la muleta en la mesa de mármol donde había tres lavamanos blancos, abrí el grifo, y me llevé un poco de agua a la cara y a la nuca. Me miré en el alargado espejo y observé un rostro demacrado con unas ojeras que habían sobrepasado al maquillaje. Mi pelo oscuro había perdido su brillantez y no mostraba evidencias de mejora. Aparté el flequillo ligeramente hacia un costado y observé que aquella cicatriz seguía y seguiría por siempre allí. Si alguna vez consiguiera recuperarme físicamente de la imagen tan pésima que daba, aquello sería lo único visible que me haría recordar lo sucedido. Pensando positivamente, se trataba de una herida de guerra por la que pude haber muerto y a la que misteriosamente sobreviví.

Me apoyé con las dos manos en el mármol y, cuando respiré hondo, recordé las pastillas que me había recetado el doctor. Las saqué del pequeño bolsillo delantero de la mochila y me llevé una a la boca, me puse bajo el grifo y me la tragué junto con el agua. Tan solo rezaba y suplicaba que aquel horrible y espantoso dolor de cabeza acabase lo más pronto posible.

Si no hubiera sido por que recordaba todo lo sucedido, incluidas las imágenes que había presenciado, diría que no había pasado absolutamente nada cuando llegué hasta la puerta de la clase de Publicidad y relaciones públicas, pues no tenía ni el menor síntoma de dolor.

Al estar frente a mi mesa situada al final junto a la ventana, me di cuenta de que Ana se ocultaba bajo una sudadera con capucha y unas gafas de sol. Estaba claro que le había sucedido algo, pues no era normal en ella.

—¿Y eso? —pregunté sobre su atuendo, dejando a un lado la muleta y poniendo la mochila encima de la mesa. Ella no respondió—. ¿Estás bien?

Tomé asiento, retirando la mochila y colocándola en el suelo una vez sacado el material para la clase.

—Sí, claro —dijo con un hilo de voz.

Pero no levantaba la cabeza, no me miraba, y lo más duro de todo es que presentía que no me decía la verdad. Cuando estaba a punto de retirarle esa capucha de *hiphopera*, la profesora nos interrumpió cuando entró en la clase.

Llevaba un par de carpetas repletas de papeles que tenía que coger con la ayuda de sus dos brazos huesudos. Su extrema delgadez me sorprendió pues, aunque tuviese una constitución floja, aquello podía llegar a ser enfermizo. Su pelo color caoba se recogía con un moño en lo alto mientras dejaba ver su piel blanca que, aunque tenía más de sesenta años, mantenía fuerte y sin arrugas. Aun así el cuello la traicionaba, mostrando unos pliegues que no podía ocultar si no se ponía un suéter de cuello alto.

La profesora Valle dejó el material sobre su mesa y observó a la clase hasta que no pudo evitar reparar en el atuendo de Ana. —Creo que quedó claro al empezar el curso que en este centro estaban prohibidas las gafas de sol, las gorras y las capuchas.

Ana no parecía reaccionar a su aviso.

—Señorita Gómez, si usted no se sentara siempre en ese pupitre, jamás diría que es usted la que se oculta debajo de esa capucha y esas gafas. No se lo repetiré más veces.

Ana, con timidez, fue retirándose la capucha mostrando su cabello rubio y liso, y luego se retiró las gafas, tras lo cual se creó una exclamación de espanto de los presentes. Desde mi pupitre no podía ver qué tanto había asombrado al resto y deduje que tenía algo al otro lado de su rostro. Le cogí de la barbilla y le obligué a mirarme.

—¿Pero qué narices te ha pasado?

Su ojo derecho lo cubría un enorme morado, al igual que la mejilla del mismo costado. —Señorita Gómez... luego me gustaría hablar con usted. Ahora empezaremos la clase.

El timbre del pasillo sonó, indicando la finalización de la clase. La gente empezó a recoger hablando unos con otros, comentando lo que harían el fin de semana. Yo no esperé ni un segundo más para sonsacarle lo ocurrido.

—Ana, ¿vas a contarme qué te ha pasado? —pregunté poniendo un tono más tranquilo, pues, aunque padeciera una extrema preocupación, no quería mostrársela para no alterarla.

—Hace dos noches salí con unos amigos y estuvimos en un club —comenzó a explicar—. Puesto que al día siguiente tenía clase me fui más temprano para casa y, aunque mis amigos me dijeron que me acompañaban,

me negué. No quería estropearles la noche. No me imaginaba que aquello iba a ser una mala decisión hasta que... pasó.

Se detuvo sin saber cómo seguir. Observé que había intentado ponerse maquillaje sobre esos morados, aunque de forma fallida.

—¿Pasó? ¿Qué pasó?

—Unos hombres me atacaron aprovechando que no había nadie alrededor.

—¿¡Qué!?! —no pude reprimir mi espanto—. ¿Por qué no me habías dicho nada?

—Tú tienes tus propios problemas, Laila... Realmente llevo dos días sin venir por lo mismo, pero ya estoy mucho mejor. —¿Cómo que estás mucho mejor? ¿Tú te has mirado? ¿Sabes quiénes eran? ¿Lo que querían? ¿Te robaron? ¿Te hicieron algo? ¿Acaso te han...?

Sentía gran espanto y preocupación, y me ponía a suponer todo lo peor. Las preguntas salieron disparadas una detrás de otra hasta que no pude pronunciar la última, pues no me podía imaginar lo más horrible de todo.

—Tranquila, por suerte o por desgracia me llevé tan solo estos moratones por intentar que no me cogieran el bolso, aunque fue irremediable... Digamos que me tocaron lo imprescindible como para salir corriendo antes de que apareciera alguien —volvió a colocarse la capucha—. No quería... que nadie me viera así.

Se volvió a ocultar bajo aquellas gafas de sol.

—Debiste haberme llamado...

La visión que tuve cuando me tocó la mano... La explicación es idéntica a lo que vi. Pero no podía ser cierto, tan solo le pegaron dos veces para que soltase el bolso y lo que yo vi era... No. Lo que vi fue un forcejeo en un callejón. ¿Podría ser...? —¿En dónde me has dicho que te atacaron?

—En un callejón cerca de casa... ¡Encima, eso! Estaba tan cerca de casa...

Me quedé más blanca que la nieve. ¿Habría podido ver el futuro? ¿Había tenido eso que llaman una premonición? ¿Entonces no se trataba del estrés ni del cansancio? Si fuera así podría haberlo evitado (aunque habían pasado siete días desde que lo vi). Aquello era muy extraño y empezaba a creer que

lo que me estaba pasando no me lo podían explicar unas radiografías ni las muestras de sangre ni el doctor, sino una compañía llamada Google. Necesitaba encontrar información, saber que no soy la única a la que le suceden estas cosas; personas que me dijeran que no estaba loca y que no eran imaginaciones mías.

Presentí que alguien me miraba. Aparté la vista de Ana y observé que apenas quedaba gente en el aula, tan solo algún rezagado y el grupo «matón» que hablaba con Dimitri. Los cuatro, de pie en una esquina en el otro lado de la clase, hablaban de algún tema mientras Dimitri, con sus ojos penetrantes, los clavaba en mí, observando cada uno de mis movimientos. Cuando Omar y los otros dos se dieron cuenta de su falta de atención giraron sus cabezas para averiguar adónde miraba él, lo que les condujo a mí. La maldad que me transmitían me hizo desviar la mirada y empecé a recoger las cosas.

—¿Te llevo? —me propuso Ana.

—Claro.

—Señorita Gómez —le llamó la profesora.

—Te espero fuera —le dije tranquilizándola.

Cogí la mochila y crucé el aula, sintiendo aquellas miradas penetrarme en mi sien. Me quedé en el pasillo a la espera de Ana, pero antes de que ella pudiera salir, lo hicieron aquellos chicos que, inexplicablemente, me tenían un odio irracional. Contuve la respiración a la espera de otro de sus ataques, pero solo me echaron vistas fugaces al salir.

«Respira», me dije. Solté el aire contenido y mi cuerpo se destensó.

Me puse en el lado del copiloto y me coloqué el cinturón mientras Ana encendía el motor. Cuando estaba a punto de salir del aparcamiento, el Audi R8 plateado nos pasó por un lado a gran velocidad, y provocó un frenazo inesperado por parte de Ana, algo que me dejó sin respiración.

—¡Gilipollas! ¡Será imbécil el niño! ¡Mucho coche pero pocas luces!
—gritó aterrada—. ¡Niño!

Yo no pude decir nada, ella ya echaba toda la adrenalina por mi parte.

Cuando más o menos se calmó, continuó con su maniobra para salir del aparcamiento.

—Si fuera de los otros me lo podría esperar, pero de él...

—decía todavía asustada—. ¿Le han dado el carné en la tómbola o qué?

—Bueno, tranquilízate. No ha pasado nada...

Aunque el susto se me había pasado antes que a ella, mi voz sonaba entrecortada.

—No, en serio, se comporta de una manera muy extraña desde que entraste en coma. Y ya no te digo nada desde que volviste... ¡Si ni siquiera se acerca a ti!

—¿A qué te refieres?

—Hombre, si no recuerdo mal, hiciste mejores migas con él antes que conmigo y ahora no os veo cruzar palabra. Por tu parte lo entiendo si no le recuerdas, pero ¿y él?

—¿Éramos amigos?

Su revelación me desconcertó, pues no me imaginaba siendo amiga de un grupo como ese.

—Lo cierto es que los chicos cada vez son más raros y más difíciles de entender... Créeme, tengo un hermano de quince y es un atontado perdido.

Se me escapó una risa al ver que hablaba con experiencia en tratar con chicos a pesar de que tan solo conocía a un adolescente, cosa que podría ser suficiente para conocerlos a casi todos.

Llegué a casa, cerré la puerta y escuché cómo el coche de Ana se alejaba. Lucky me dio la bienvenida como siempre, dando esos saltos y moviendo la cola con energía.

—¡Mamá, ya estoy en casa! —dije mientras acariciaba la cabeza de Lucky para calmarlo, pero no recibí respuesta—. ¿Mamá?

La busqué en la cocina, el comedor y el baño, pero al no encontrarla decidí subir al segundo piso. Continué llamándola, pero seguía sin recibir respuesta.

No estaba en ninguna de las habitaciones, así que debería haber salido para hacer algún recado, o podía ser que el trabajo le hubiese retenido. Ella estaba de secretaria para un importante directivo en la ciudad, pero solía venir

a casa a comer conmigo. Probablemente la faena había sido mayor que de costumbre y no le dio tiempo de venir. Antes apenas paraba en casa, pero desde el accidente (o intento de asesinato) venía cada día, y me había acostumbrado a su compañía.

No tenía ganas de ponerme a cocinar cuidadosamente y me hice algo rápido. Me dirigí al estudio, donde tenía una gran cantidad de CD y DVD piratas en una estantería, y una mesa en el lado opuesto de la habitación con varios portalápices llenos de bolígrafos, la mayoría inservibles, y una impresora y un ordenador al lado de la ventana cuyo paisaje daba a la parte delantera de la casa. Desde siempre me habían gustado más las películas que los libros, pues odiaba leer, lo único que me atraía de ellos eran sus portadas, y no todas, entonces ¿gastarme quince o veinte euros para tener uno de adorno? Prefería una película que me entretuviera unas horas de aburrimiento y que me podía descargar de Internet cuando quisiera y de manera «gratuita».

En el salvapantallas del ordenador mi nombre rebotaba incansablemente, dando vueltas y poniéndose en miles de posiciones. Moví el ratón y me mostró la pantalla principal. Me acomodé en la silla acolchada y me puse manos a la obra.



No sabía cómo empezar a buscar, pues el tema era un territorio desconocido para mí y no sabía si realmente iba a encontrar algo acerca de lo que me estaba pasando. Empezaría por lo que no podía decir al doctor.



¿¡Cuatro millones de resultados!? Qué pereza...

Entré en unas cuantas, pero no había nada relevante salvo algunas personas que habían experimentado visiones y que comentaban que podían cumplirse a largo plazo pero que, aun así, desconocían fecha y hora. Aquello no me llevaba a ningún sitio, así que probé con otra búsqueda:



Se abrieron cerca de cien mil resultados, número más reducido que el de la búsqueda anterior, aunque todavía muy amplio. Probé con otras búsquedas, pero tan solo se hablaba de los sueños o, en todo caso, de sensaciones e intuiciones.

Al fin encontré algo interesante: el caso de una mujer a la que le pasaba algo parecido, pues al tocar a alguien o mirar a los ojos podía ver imágenes o, como ella indicaba, el futuro inmediato; al momento, decía, le parecía un sueño pero, cuando despertaba del trance, ocurría a los pocos segundos. De todas formas, aquello podría ser una invención y no hablaba de tener síntomas después de esos trances. Necesitaba la opinión de un experto pero lo único que conseguía era opiniones de gente o experiencias ajenas a ellos.

Estaba buscando mal. El hecho de haber tenido visiones no significaba que estuviera relacionado con las premoniciones ni con otra cosa paranormal, aunque pudieran ser la raíz de mis síntomas. Debía de tener alguna explicación científica, algo que me pudiera aclarar todo este embrollo.

Entonces cambié de táctica. Preferí buscar el origen de los dolores de cabeza y las náuseas para poder explicármelo y, según un profesor de

Neurología, los dolores de cabeza podían ser por contracciones y tensiones musculares en los que se relacionaban el estrés, la depresión o la ansiedad. Sobre las náuseas, estas podían ser causadas por el equilibrio, entre otras cosas.

El primer día que me desperté en el hospital, el doctor me estuvo explicando que la bala apenas me alcanzó el lóbulo temporal. ¿Podría ser que aquello fuera el causante de todo esto?



Y me salieron alrededor de ciento cuarenta mil resultados, el primero de los cuales era una definición que aparecía en la enciclopedia Wikipedia.



Entre esta definición cabía destacar la siguiente frase:

«...Es el "centro primario del olfato" del cerebro. También recibe y procesa información de los oídos, contribuye al balance y el equilibrio, y regula emociones y motivaciones como la ansiedad, el placer y la ira».

Si la bala llegó hasta el lóbulo temporal, habría podido afectar estos sentidos, con lo cual... ¿había alguna posibilidad de que las emociones, la audición y el olfato se me hubiesen desarrollado de alguna forma?

Observé otros resultados, esta vez de unos tales Kolb y Wishaw, que identifican cinco puntos controlados por el lóbulo temporal y que parecían tratar de lo mismo, cosa que me hizo recordar que cuando me dirigía esta mañana al Centro de Audiovisuales se me alteraron los sentidos del oído y el olfato. Probablemente también se me vio afectado el campo de la memoria, por eso no logro recordar el último día, y tampoco a Dimitri, Omar y su grupo. Por otro lado, el habla, la visión y la comprensión las seguía teniendo intactas.

Luego en una página encontré algo muy curioso: «Percepción extrasensorial». Allí se indicaba claramente que no implicaba a nuestros sentidos conocidos y que tan solo se hablaba de cuatro casos: telepatía, clarividencia, psicoquinesis y precognición. Me resultaron interesantes las definiciones de la segunda y la última opción, pues se asemejaban a mis vivencias.

Clarividencia: Se refiere a la percepción de hechos remotos, visión de cosas ocultas o lejanas en el espacio y que no estimulan directamente los órganos sensoriales.

Precognición: Conocimiento anticipado de la ocurrencia de un hecho futuro; si se refiere a los pueblos enteros o a conglomerados de personas, se llama profecía.

Louise Rhine, pionera de la parapsicología científica, analizó en los años sesenta unos siete mil casos de percepción extrasensorial espontánea. En su mayoría se trataba de premoniciones, seguidas de comunicaciones telepáticas.

Seguía pareciéndome irreal... No podía ser que realmente esos dones existieran, aunque siempre había escuchado que el cerebro humano es un músculo que, si se utiliza el cien por ciento en vez del diez por ciento, podría hacer eso y más. No quería creerme que aquello estuviera sucediéndome a mí, pero parecía tan acertado...

No soy el único bicho raro ni la primera a la que le pasaba y, aunque estaba claro que no era normal que las tuviera en estado de consciencia, me limité a pensar que a cada uno se le podían dar casos diferentes y que era una ciencia inexacta en la cual se tenía que profundizar más.

Llevaba horas delante de la pantalla, leyendo casos, experiencias, ejemplos científicos, etc. Cada vez estaba más convencida de que la clarividencia y la precognición tenían algo que ver conmigo. Estaba muy cansada para seguir explorando y apagué el ordenador. Bajé al comedor y me eché en el sofá para ver una película, mientras Lucky se colocaba a mi lado, tumbado sobre la alfombra.

Ensimismada ante la acción de la película, apenas escuchaba a Lucky ladrar junto a la puerta hasta que, en uno de los momentos en que los personajes de la película hablaban, no me dejaba escucharlos.

—¡Lucky, calla! —grité, pero el aviso únicamente provocó que viniera a mí y me lamiera las manos. Se dirigió de nuevo a la puerta para poderle ladrar al pomo—. ¡Calla! ¡No hay nadie! —dije, desconociendo realmente si era así, intentando concentrarme.

Decidí subir un poco más el volumen, pero parecía que los ladridos de Lucky también lo hicieron junto con la intensidad de la tele.

—¡Vamos, Lucky! ¡Calla de una vez!

Me giré y lo vi junto a la puerta de la entrada dando vueltas a su eje y parándose ante el pomo de la puerta, ladrando desesperado hacia él y hacia mí. Había estado muchas horas metido en casa y lo más seguro es que tan solo quisiera tomar algo de aire, pasear por el jardín y correr un poco, como era lógico en los perros. Apreté el *pause* del mando y, cuando me levanté del sofá, Lucky se vino corriendo adonde yo estaba, y empezó a saltar de alegría.

—Vale, ya te saco. Tranquilo —dije con algo de dificultad para caminar, pues se ponía en medio y me obstaculizaba el paso. Se puso junto a la puerta moviendo con fuerza la cola y sacando la lengua, llenándolo todo de babas—. ¿Quieres salir? —dije casi llegando. Lucky volvió a ladrar sin saber para dónde mirar, si hacia la puerta o hacia mí—. Venga, ¿ves?

En cuanto la abrí, Lucky salió con muchísima prisa hacia al jardín. Eché un vistazo afuera para saber la posible amenaza que percibía, pero allí no había nadie, o eso creí al momento. El corazón me dio un vuelco cuando le vi dirigirse a la carretera persiguiendo a un gato gris, intentando cruzar hacia el otro lado con gran rapidez. En ese momento deseé no haber abierto la puerta.

Una camioneta naranja se aproximaba y él estaba a punto de cruzar.

—¡Lucky! —grité para captar su atención, pero fue inútil. Con un golpe seco abrí la puerta de par en par y empecé a

correr, pero mi cojera no me permitía ser rápida... No había avanzado dos metros cuando se escuchó el frenazo de la camioneta, el claxon y, a continuación, el aullido de dolor de

Lucky...

Mi cuerpo se detuvo bruscamente. La desesperación e impotencia se convirtieron en un abismo incapaces de movilizarme del sitio. Todo había pasado muy rápido y no veía el cuerpo de Lucky por ninguna parte, tan solo la furgoneta parada en medio de la carretera. Sentía los latidos de mi corazón golpeándome en la cabeza y en el pecho; el aire dejó de soplar por un instante, el canto de los pájaros se había acallado, la calle se había inmovilizado ante el accidente y toda máquina que estuviese en funcionamiento se había parado para mis oídos. El lugar había sucumbido en un silencio aterrador, solo aquel latido que me agujereaba el alma rompía la tensión del momento. Mi mente se mantenía vacía mientras mis ojos intentaban buscar a mi fiel y buen amigo Lucky al otro lado de la calle, esperando verle saltar o dirigirse a mí. Pero no ocurría.

El conductor de la camioneta, un hombre mayor y con problemas de sobrepeso, vestido con un mono tejano, camisa a cuadros y una gorra gris, se bajó con dificultad del asiento, asustado, mirando la parte delantera de su coche. Empecé a notar mis músculos. Mis pies dieron los primeros movimientos, permitiendo desplazarme despacio. Cuando mi corazón volvió a masajear con fuerza, palpitando cada vez con más intensidad, con terror, aumenté la marcha hasta correr al lugar de los hechos. Mis labios solo podían pronunciar su nombre con la esperanza de que saliera de alguna parte del vehículo sin ningún rasguño, pero mis súplicas no estaban siendo escuchadas.

El hombre se agachó por la parte del capó para observar las ruedas hasta que al fin alcancé la furgoneta.

—Oh, dios mío... —dijo el hombre desanimado, que volvía a ponerse en pie, pasándose la mano por la frente mientras se quitaba la gorra de la cabeza.

Me acuclillé con temor para mirar. Allí estaba. Su cuerpo inmóvil

permanecía cercano a la rueda.

—¡Se me cruzó de repente! —se excusó—. ¡No lo he visto!

Lo siento, yo no...

Lo único que hacía era repetir lo mismo y yo apenas le prestaba atención, pues mi mente estaba con Lucky, a quien no lograba ver respirando... Me puse por el lado en el que estaba y una parte de mí se alegró al notar que la rueda no le había alcanzado. ¿Aún había esperanzas?

—Lo siento, de verdad —dijo de corazón.

—Venga, ¡retire el coche! ¡Dé marcha atrás para que lo podamos sacar!

—Pero...

—¡Hágalo! —le ordené con lágrimas en los ojos.

«Podría haberlo evitado... ¡Si no fuera tan imbécil lo podría haber evitado! Ha sido culpa mía...». Estas mismas palabras no paraban de repetirse en mi mente. Era consciente de que ya lo había presenciado, pero no había prestado la suficiente atención.

La furgoneta hizo marcha atrás, pero la parte de arriba rozaba el cuerpo del animal y, si continuaba, le causaría más daño. Golpeé la chapa del vehículo con fuerza tres veces para que parara, además de ordenárselo, y me obedeció enseguida. Estiré mis brazos para intentar alcanzarlo y llegué para agarrarle del cuello. Lo cogí con las dos manos y ¡lo noté...! ¡Estaba vivo! Lo arrastré con sumo cuidado hacia fuera. Al tenerlo liberado me volví más positiva a pesar de que las lágrimas no paraban de caer por mis mejillas. Tenía heridas en las patas, los muslos y la cabeza. Al tenerlo en mis brazos parecía que ya estaba a salvo, pero lo cierto es que su respiración era muy débil y temía que no llegase hasta el veterinario. Reuní todas mis fuerzas, lo levanté con los dos brazos y apenas presté atención al gran hormigueo que recorría mis piernas. Me dirigí al lado del copiloto. —Vamos, llévenos hasta el veterinario más próximo. ¡Rápido!

El hombre no musitaba palabra, tan solo obedecía. Durante el camino acariciaba a mi perro para que supiera que estaba con él y que no le iba a abandonar, a pesar de que estuviese inconsciente.

Por suerte el pueblo era pequeño y el veterinario se localizaba a diez minutos, aunque me pareció toda una eternidad el trayecto hasta llegar allí.

Enseguida lo puse en manos expertas y lo introdujeron al quirófano. El hombre se quedó junto a mí, esperando los resultados. No me había fijado hasta ese momento que estaba sudoroso y pálido pues, fuese animal o persona, tenía bajo su consciencia la carga de un atropello.

Llamé al móvil de mi madre y le puse al corriente de lo sucedido. La contestación suya fue: «Hija, ahora no puedo abandonar el trabajo, pero llegaré en cuanto acabe. No te preocupes, seguro que se pondrá bien». ¿Es que tenía que pasar el mal momento yo sola?

El conductor y yo nos sentamos en la sala de espera. Iba contando los segundos, cuya aguja golpeaba con fuerza en mi reloj de pulsera, y ese sonido me torturaba la cabeza. Aquel paso del tiempo se convertía en una espera interminable, aumentando mi incertidumbre y mi agonía.

Pasaron treinta y seis minutos cuando salió el veterinario por las puertas de las que no había apartado la vista en ningún momento. En un inicio, las palabras se negaron a salir de mi boca. No estaba segura de querer saberlo o, por lo contrario, de estar desesperada por conocer los resultados.

—¿Está bien? —preguntó el hombre.

Le agradecí que fuera él quien lo preguntara.

—Se pondrá bien. Suspiré aliviada.

—Pero ha sufrido mucho.

Esta última frase volvió a quitarme la felicidad.

—¿A qué se refiere? —pregunté por fin.

—Ha recibido un golpe muy fuerte en la cabeza, se ha roto varias costillas y una pata.

A medida que iba contando, se me iba formando un nudo en el estómago que se convertía en lágrimas.

—Hemos hecho todo lo posible por salvarle la vida, pero ya le digo por anticipado que no será el mismo perro...

—No... no entiendo ¿Cómo que no será el mismo? Pero está bien, ¿no?

—Sí, pero...

—Entonces, ¿cómo puede decir que no será el mismo?

—mis ojos llenos de lágrimas hacían que mi voz saliera con rabia y, al mismo tiempo, con tristeza.

—Su comportamiento será diferente. Probablemente se canse más y no quiera juegos. Aunque sea joven ahora, puede que vea que se envejezca con más rapidez... Pero está vivo y eso es lo que importa.

No creí haberlo entendido bien, aunque ahora me preocupaba más cuándo podría tenerlo en casa.

—¿Cuándo podré venir a por él?

—Dependiendo de la rapidez con la que se recupere. Puedo calcular que dentro de un par de días, como mucho una semana.

—Gracias —agradeció el hombre, y el veterinario se marchó—. Menos mal que está vivo. Aun así, siento mucho lo ocurrido.

—Ya... Ahora ya puede marcharse —le dije sin mirarle a la cara, y obedeció, aunque, para mis formas, tardó en hacerlo.

—Sí... Lo siento.

Ya había limpiado su consciencia sabiendo que estaba vivo, ya no tenía nada más que hacer allí. Aunque sabía que realmente mis palabras salían desde el dolor, pues el hombre se había mantenido junto a mí por culpabilidad.

—Oiga —le llamé y él se detuvo—. Gracias por traerlo...

—Era lo mínimo que podía hacer.

Me senté de nuevo en aquella silla en la que había pasado mis peores treinta y seis minutos, apoyando los codos en las rodillas y tapándome la cara, aliviada por las noticias, pero preocupada por los resultados. ¿Qué iba a envejecer antes de tiempo? No entendía... o más bien no quería entenderlo. Lo único que me importaba era que estaba vivo y que pronto regresaría.

Llamé a mi madre desde casa para comunicarle que ya había regresado y que no fuera al veterinario. No le expliqué nada más puesto que quería hacerlo personalmente una vez llegara para la cena.

Aquella noche no pude dormir, pues el pensar que había estado en mis manos decidir que ocurriese o no el accidente de Lucky me quitaba el sueño. Pero ¿cómo identificar el momento en el que ocurrirán los hechos? ¿Acaso tan solo podía ver las cosas con antelación para poderme preparar sin poder ni siquiera evitarlo? Entonces aquello era una maldición. Para empezar, saber antes de tiempo los sucesos quita la chispa de la vida y, segundo, ¿por qué

verlos si, hagas lo que hagas y cuando lo hagas, no vas a poder evitar que ocurran? Entonces ¿para qué verlos? Nada tenía sentido y todo aquello me tenía confundida.

A las seis de la mañana, cuando recién salía el sol iluminando levemente el cielo, me levanté para poderme airear de mis pensamientos y, sin la muleta, me fui a dar una vuelta por el parque central. Me sorprendí al notar que, cuando se me calentaban los músculos, la cojera desaparecía, recuperando la mayor parte de la fuerza perdida. Prácticamente estaba recuperada y, aunque había costado, el alivio que se sentía al no depender de ninguna maquinaria no se podía comparar con nada.

Me detuve en mitad del puente cuya altura era de más de tres metros hasta llegar al río, y me apoyé en la valla para poder contemplar el amanecer, pues desde allí se veía y se disfrutaba sin obstáculos.

Colores naranja y amarillo se mezclaban con los tonos verdosos del césped. El cielo estaba cubierto de algunas nubes de algodón que dejaban de tener el blancor puro por los mismos colores que recibía el césped, expandiéndose por toda la superficie como si fuera un manto que lo cubriese. El olor era más fresco ahora pasadas las horas; el viento pasaba suave entre las ramas, empujando a las hojas en todas direcciones. Las que caían al río formaban anillas que enturbiaban el agua pero, cuando se empezaron a propagar por todo el río, algo me dijo que aquello ya no era normal.

«Ahora no...», pensé.

La vista, como si fuera un *zoom* de un prismático que funcionara sin control, me alejaba y me acercaba del agua. El lugar tan tranquilo se convirtió en un agujero lleno de gritos y desesperación. El dolor de cabeza me aumentó hasta el punto de tener la sensación de que me fuera a estallar. Me llevé las manos a las sienes y mi cuerpo se estremeció, tensando todos mis músculos. Me agarré a la valla y una sucesión de imágenes se aparecieron ante mí. Apenas podía distinguir las cosas, tan solo veía edificios en ruinas. Algunos los reconocía del pueblo, pero no todos eran de aquí. La gente llamaba a los suyos y corría para refugiarse sin saber cuál era el mejor lugar, y yo no podía distinguir los rostros a causa del movimiento inquieto. El dolor que las personas sufrían me lo transmitían de alguna forma u otra, provocándome

una gran presión en el pecho. Cuando las imágenes y los gritos cesaron, fue un alivio notar que mis oídos volvían a estar en mitad de aquella paz que tanto abundaba en el parque. Me vi arrodillada en el puente cogida todavía a la valla. Cuando la solté tenía los dedos engarrotados.

Hasta ahora no había vivido las visiones con tanta intensidad... Había podido sentir el miedo de la gente, el terror...

Al parecer no podía ver tan solo lo que le iban a suceder a las personas individualmente, sino también al mundo entero... Tan solo esperaba encontrar algún sentido a lo que había visto pues, si estaba en lo cierto en que no podía cambiar el futuro, el hecho de ver al mundo en sus peores condiciones tan solo aumentaba mi impotencia.

Capítulo 2

El aroma del café y su sabor eran de los mejores del lugar. Su fama se había extendido por todos los pueblos vecinos, lo cual explicaba siempre lo abarrotado que llegaba a estar. «El rincón del menú», pues así era como se hacía llamar, era un punto de encuentro para muchos jóvenes y, además de ser famoso por sus diferencias con respecto al resto de establecimientos públicos, estaba situado en la misma avenida de la Constitución. El decorado era rústico, de paredes forradas de madera donde colgaban cuadros con fotos antiguas, entre las cuales cabía destacar el antes y el después del pueblo de Ejea y algunos personajes importantes en el transcurso de la historia, como Newton, Copérnico, Cristóbal Colón o Isabel la Católica. La barra estaba perpendicular a la entrada, al fondo de la planta, donde el barman hacía sus espectáculos a partir de la medianoche. Una escalera iniciada a dos metros de la entrada, también tallada en madera, alcanzaba a un segundo piso donde, además de los baños públicos, había más mesas a disposición del cliente, y casi siempre se llenaba a la noche. Mientras «El rincón del menú» se mantenía durante el día como cualquier otro bar con un par de camareros trajeados, a la noche se transformaba en todo un show ambientado al antiguo oeste.

Ana y yo alcanzamos un buen sitio en la primera planta junto a la ventana y, aunque el café fuera la especialidad de la casa, ambas pedimos un buen chocolate caliente.

Ese domingo recibí su llamada con intenciones de pasar un rato agradable y despejar nuestras mentes de aquellos deberes que la profesora Valle y el profesor Soto nos habían encomendado. Si fuera tan solo por este pequeño motivo hubiese optado por quedarme en casa refugiándome de las frías temperaturas de la calle, las cuales calaban en los huesos con intensidad; pero mi estado de ánimo estaba muy por debajo de lo que deseaba, así que

quedarme en casa tan solo podía empeorarme. Dicho esto, su llamada me alegró más de lo que ella podría llegar a imaginar.

Ana ya no llevaba aquella capucha en la que se ocultaba. Apenas se podían ver, con el poco maquillaje que llevaba, los moratones de su encontronazo. Ahora ya lucía una camiseta ajustada de mangas largas y escote de diferentes tonalidades de lila, pero, puesto que el tiempo no iba a su favor, había necesitado traerse una chaqueta negra que colgaba ahora en el respaldo de su silla.

El tintineo de la campana que colgaba por encima de la puerta sonó cuando un chico entró al establecimiento, llamando la atención de casi todos los ojos adolescentes. Era alto, de pelo castaño y corto, con ropa de marca, un pañuelo en el cuello y un cinturón de D&G. No debía de tener más de veinticinco años y su porte era de modelo. Ana suspiró.

—Qué pena de hombre...

Le dio un sorbo al chocolate.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿No lo ves? Se ve de lejos que es gay... —Eso no lo sabes.

—Venga ya. Míralo. Delgado y alto, gomina, cejas depiladas y brazos fuertes. Con un culo perfecto —hizo una mueca con la boca soltando un bufido y devolvió la taza al plato—. ¿Metrosexual y con pañuelo? No es muy complicado saberlo.

Le eché un vistazo para observarlo. Era cierto que tenía un buen físico, aunque demasiado delgado para mi gusto. Dos chicas situadas al fondo del bar y que habían estado atentas a la puerta, empezaron a llamarle mientras le hacían señas con la mano para mostrarle su posición. Otro joven que las acompañaba tuvo que darse media vuelta para poder divisarlo. Este era moreno, de duras características faciales, y seguramente un imitador de Gokú por sus cabellos en punta de veinte centímetros.

El recién llegado se dirigió hacia ellos con unos andares que no le diferenciaban de los demás hombres bien varoniles. Después de un breve saludo, y antes de acomodarse en el hueco reservado que había junto al joven *gokú*, fue a la barra para pedirse algo con una sonrisa tan encantadora que me quedé deslumbrada por la blancura de sus dientes.

Se veía al típico niño de mamá, pijo; para no ir muy lejos, a alguien que quería cuidar su imagen. Puede que algo fino, lo cual podría hacer ver que tuviese «pluma», pero, ante todo, se podría decir que lo que tenía era más de pijo que de un chico de la otra acera.

—No sé, yo... El simple hecho de que se depile las cejas y vista bien no significa que tenga que ser gay...

—Bueno, pues entonces en el caso de que sea hetero sería un hetero-metrosexual, con lo cual siempre llegan a ser aquellos que se quieren a ellos mismos y no son recomendables para nadie.

¿Resultado?: «Qué pena de hombre...». Pero casi puedo asegurarte de que es gay.

Hice una mueca de rendimiento ante su conclusión, pues fuera cual fuese la sexualidad de aquel chico, no me interesaba. A pesar de ello, entre Ana y yo se había iniciado el juego de la cuerda de «estira y afloja», y aquello me encantaba. Así que seguí con dicho juego y me volví para observar al joven: no tenía gestos que le delatasen ni mandaba señales de que fuera homosexual. Estaba segura de que Ana se equivocaba, al menos esta vez.

—Diez euros a que no lo es.

Estuvo a punto de escupir el chocolate cuando consiguió tragar y soltar unas cuantas carcajadas. Me miró como si intentara averiguar la seriedad de la apuesta y, cuando vio que no bromeaba, su sonrisa se hizo más profunda.

—Hecho.

Mi sudadera gris y mis pantalones chándal no era un buen conjunto de seducción, pero por suerte llevaba una camiseta de tirantes debajo con un poco de escote. Me quité la sudadera dispuesta a sacar todas mis armas de mujer, o las que podía lucir en aquel momento, y me la até a la cintura para tapar un poco el pantalón de chándal. Me coloqué bien la coleta y el flequillo, tapándome la herida. Me subí los pechos y me bajé un poco más el escote. Mientras me levantaba le eché una mirada desafiante a Ana, que sonreía de oreja a oreja, divertida. ¡Se iba a tragar sus palabras!

Me acerqué a aquella mesa sin ningún tipo de pudor, moviendo la cintura como si fuera una modelo y exhibiendo mi escasa silueta bajo aquel

atuendo. Las chicas que le acompañaban me vieron venir y mi atrevimiento se vio menguado por un momento. ¿Quién me mandaría a meterme en estas apuestas?

Cuando estuve a su altura, me llené de coraje y apoyé una mano en la mesa acaparando toda la atención de él. Todos se quedaron sorprendidos ante tal acción, así como yo, que no podía creer lo que iba a hacer ni a decir. Le miré de manera provocativa y le puse el canalillo estratégicamente al nivel de sus ojos. Hasta la persona más tímida desviaría su mirada más abajo de la barbilla antes de mirarme a los ojos, pero aquel no lo hizo. Ante todo, conseguía mantenerse firme y aparentar ser educado.

—Hola, guapo. ¿Qué tal si te vienes conmigo a otra mesa y conversamos mientras te invito a tomar algo? —dije atrevida.

El chico se quedó cohibido durante un par de segundos por el atrevimiento, al igual que sus amigos. Me sorprendió ver que el joven miró a sus compañeros, pero más intensamente al chico de al lado. Colocó su mano sobre la de su amigo de manera suave y tranquilizadora, y me miró sin intenciones de agacharla ni un centímetro.

—Lo siento, pero ya estoy acompañado —dijo educadamente con una leve sonrisa y con una voz que ya le había definido antes como persona pija.

¡Mierda! Ana tenía razón... No me lo podía creer.

—Ya veo... Perdona.

Volví a mi sitio y me quedé observando la taza de chocolate, sonrojada por la vergüenza.

—¿Qué? —dijo intrigada—. ¿Qué ha pasado?

La verdad es que no me fastidiaba haber perdido la apuesta, sino que Ana tuviera razón en decir «qué pena de hombre». Y yo lo diría en plural, pues el chico *gokú* también lo era y este era un poco más mono que el pijo: «¡qué pena de hombre-S!». El mundo estaba perdiendo el norte...

—Bueno, ¿qué? ¿Vas a decirme algo? —me insistió intrigada y encantada por la situación.

Saqué mi monedero y, de él, dos billetes de cinco euros. Desgraciadamente eran mis últimos diez euros. De repente sentí un vacío, pero lo prometido es deuda, así que se lo entregué rendida.

—¡Ja! Lo sabía.

Sus ojos decían «te lo dije», y cogió el dinero triunfante.

—Te odio...

—Sí, sí... yo también —dijo mostrándome los dos billetes, burlona y mofándose de mí. Y coincidimos en unas risas.

—Lo cierto es que me has sorprendido. Le has echado huevos.

—Bueno, cuando me propongo algo le pongo ganas.

—No hace falta ni que lo digas —reímos—. Venga, pidamos otro chocolate. Invito yo.

Me guiñó un ojo, juguetona. Le sonreí como señal de aceptación.

Mientras ella intentaba llamar la atención de algún camarero, eché un vistazo a la calle, que estaba casi desierta ante aquel frío fuera de temporada, cuando cuatro chicos de gabardina de cuero negro caminaban por la acera de enfrente sin apenas cruzar palabra entre ellos. Los reconocí al instante, pues el duro rostro de Omar, que encabezaba el grupo, el pelo largo y negro del indio, el chico que siempre ensuciaba las calles con su saliva mientras masticaba algo, y la mirada de Dimitri, como siempre intensa, eran inconfundibles.

El hecho de que no entablaran conversación significaba que tenían algo entre manos. Sus andares tan decisivos me hicieron presentir que algo no iba bien. Lo cierto es que eran unos chicos bastante misteriosos y yo tenía una enorme curiosidad por saber lo que ocultaban.

—Oye, ahora vengo.

—¿Adónde vas? —dijo extrañada, al ver que me levantaba sin previo aviso.

—Solo será un momento.

La puerta del bar se cerró automáticamente tras de mí, provocando el tintineo de la campana. No sabía por qué se me encogía el corazón al ver que, fueran donde fuesen, iban tan decididos. Cuando observé que se desviaron por una calle no me lo pensé dos veces para cruzar la carretera y seguirlos, sin apenas prestar atención a la poca circulación de coches.

Puesto que ya había decidido desde el accidente de Lucky que aparcaría la muleta, había avanzado mucho en mi recuperación y me resultó más fácil y

rápido seguir sus pasos. Me iba escondiendo tras las esquinas, siendo precavida para evitar que me descubrieran. La poca gente que se cruzaba en mi camino apenas se daba cuenta de mi presencia, así que imaginé que mi intento de no llamar la atención estaba siendo factible.

El grupo tomó un desvío y se introdujeron en un callejón. Al alcanzar el lugar observé que habían desaparecido. Ante aquel largo e interminable pasillo, no se divisaban por ninguna parte. El lugar era de paredes estrechas y sucias baldosas; la humedad y los vapores de las tuberías que colgaban a lo alto de los dos edificios le hacían tener un aspecto más ruinoso, incluyendo las escaleras de emergencia de ambos edificios que estaban oxidadas por el tiempo; y el picor de la nariz que me producía la combinación de olores residuales que desprendía el alcantarillado, como la del pescado podrido, me era difícil de aguantar si no me la cubría con la mano, pues parecía que se me hubiese introducido gran cantidad de pimienta y no saliese de mis fosas nasales. No cabe duda de que el sitio era bastante desagradable y me preguntaba qué era lo que estaban haciendo allí, en un lugar tan escondido a los ojos del pueblo.

Corrí por el callejón para observar que no hubiese otro desvío, pues la idea de haberse esfumado sin más era poco realista y, aún menos, convincente. A medida que me adentraba, el olor se iba intensificando. Iba dando saltitos, evitando algunos charcos de agua tan sucia que parecía tinta negra acumulada en los socavones. Un extraño sonido, parecido al pito de un pato de goma, me previno de la proximidad de una extraña criatura por detrás. Al girarme no pude evitar saltar y estremecerme mientras soltaba un pequeño grito. El vello se me puso de punta, mi rostro se desfiguró por la repugnancia y mi estómago se revolvió. Una rata más grande que el puño de un boxeador y una cola más larga que mi brazo pasó por mi lado con grandes prisas. El revuelto de mis tripas se transformó en un nudo que subía hasta la boca del estómago, paralizándome por un par de segundos. No digo que sean criaturas infernales, pero bien que viven bajo tierra, y un animal así, que se pasea por los desperdicios y se alimenta de ello, tan solo puede acarrear enfermedades. El susto se me fue aliviando a medida que se iba alejando de allí.

Me encaminé de nuevo, esta vez más lentamente, pero, cuando miraba hacia atrás para observar cuánto me había alejado de la avenida y repasar lo recorrido por si me había dejado algo por alto, una fuerza inesperada me llevó la espalda contra la pared. Distraída por la prudencia, había descuidado volver a mirar al frente, donde un callejón, oculto a mi derecha, tan solo se podría haber visto una vez estado casi a su altura.

Mi cuerpo respondió al sobresalto con un hormigueo que me recorrió desde la punta de los dedos del pie hasta el último pelo de mi cabeza. Dimitri, que me inmovilizaba colocando su brazo en mi cuello y su otra mano agarrando con fuerza mi brazo, me miraba asqueado.

—¿Por qué nos persigues? ¡Te dije que no te acercaras a nosotros!
—dijo entre dientes.

—Lo... lo siento... Yo no...

Las palabras se me atragantaban pues, a pesar de que me fastidiaba que me pillaran antes de averiguar nada, era evidente que me asustaba el hecho de que me pudiera hacer daño. Dimitri fue disminuyendo su ira al mismo tiempo que su fuerza, hasta que finalmente me soltó. Su mirada era fija y decisiva, pero a la vez pensativa. Un silencio abismal se cernió ante aquel callejón. En aquel momento podría haber escapado de allí, pero parecía que mi cuerpo inmóvil esperase una decisión por parte de él, algo que no tenía por qué hacer.

—Vete.

Su voz sonaba insegura, y aunque su orden la hubiese cumplido de inmediato, mis piernas seguían sin responder.

—¡Te he dicho que te vayas! Tienes suerte de que los demás no se hayan dado cuenta. Venga, ¡vete de aquí!

Mis pies despertaron con su último aviso y corrí hacia la avenida sin mirar atrás. Pero aquel comportamiento que me había resultado protector me hizo avivar todavía más la curiosidad.

¿Qué intentaba ocultar? ¿Es que los demás chicos eran tan peligrosos que hacía falta que Dimitri me ahuyentara? Y lo que más me carcomía era que, si tan amigos éramos al principio, ¿por qué tanta rivalidad ahora? Puesto

que no era el momento para que nada de aquello se me contestase, regresé nerviosa ante el bar, en cuya puerta Ana me esperaba impaciente.

—¿Dónde estabas? ¿Es que querías darme plantón? —preguntó con la voz burlona intentando disimular su preocupación. —Ya sabes que no. Tan solo me pareció ver a alguien que creía que conocía...

Miré hacia el callejón, pero no percibía ningún movimiento.

—¿Y bien...?

—¿Y bien qué?

—¿La alcanzaste? —preguntó como si fuera evidente lo que pretendía saber.

—No. Le perdí de vista...

—Bueno, mejor. Si le hubieras alcanzado quién sabe si ahora estarías aquí conmigo... Si fuera un chico guapo y apuesto, yo lo haría —se rio.

—¡Qué sinvergüenza! ¿Me abandonarías por un tío?

Me cogió del brazo y rompió a carcajadas, evitando así una respuesta que a lo mejor me podría resultar dolorosa, aunque en realidad tan solo llegaría a ser molesta e incómoda.

Mientras paseábamos por las calles, a Ana le llamó la atención un escaparate de ropa, ante el cual se detuvo sin pensárselo dos veces.

—¡Mira qué camiseta más guapa! Y esos tejanos tampoco están nada mal... —decía pegando el dedo índice en el cristal mientras me lo señalaba encantada—. Aunque es algo caro...

Ensimismada ante los maniqués, había ignorado por completo un cartel pegado en aquel vidrio.

—Ana... ¿qué es esto?

Sus ojos se centraron en aquel informativo.

Del 10 al 12 de abril

FIESTA DEL AGUA

Lugar: Ayuntamiento de Ejea de los Caballeros

—¡Anda! ¡Es de aquí a dos semanas!

—¿Y qué es?

—Es una conmemoración al Canal de las Bardenas y causante de la extensión del regadío en nuestras tierras. Aparte de organizar bailes tradicionales, música, conciertos, actividades y atracciones, está el certamen coral del pueblo. —¿El qué?

—Sí. En los años setenta se puso en marcha el certamen de música polifónica de carácter nacional, y viene una multitud de corales de toda España. Digamos que lo que comenzó como un pequeño concurso se ha convertido en la actualidad en uno de los mejores concursos de música coral de nuestro país. Ya verás.

¡Alucinarás! —dijo emocionada.

—Sí que estás informada.

—Es mi pueblo —comentó con lógica—. Yo te guiaré para que no te pierdas nada. A no ser que quieras apuntarte a alguna actividad como el atletismo.

—Sí, claro. Como si pudiera.

Lo había dicho entre risas, pues mis piernas no estaban todavía preparadas para una carrera. Además, nunca me había gustado correr.

—Y si se le llama «fiesta del agua», ¿dónde está el agua?

—pregunté esbozando una sonrisa.

—Tú ya lo verás.

Su sonrisa se volvió amplia, guardando misterio al asunto.

Mis pensamientos flotaban junto con aquellas nubes blancas que se

desplazaban con rapidez en aquel cielo azul, observándolas desde detrás de la ventana de una de las clases a las que estaba asistiendo y que temblaba a causa de los azotes del viento.

Lucky volvía a estar en casa después de haber pasado cinco días en observaciones. A pesar de que me habían dicho que estaba fuera de peligro, no podía dejar de preocuparme hasta verlo en casa. Pero cuando le vi entrar por la puerta en brazos de mi madre todos mis miedos se apaciguaron, aunque cada vez que lo miraba me apenaba verlo envuelto en vendajes como si fuera una momia. Apenas se movía, cosa comprensible si se había roto las costillas y una pierna, pero su mirada expresaba tristeza y no me gustaba verle así. Tan solo esperaba que se recuperara lo antes posible.

Por otro lado, las premoniciones cada vez eran más frecuentes y, aunque no todas tenían la misma intensidad de percepción, empezaba a acostumbrarme a convivir con ellas. Había aprendido incluso a detectar, aunque no en todas, el momento en que iban a ocurrir pues, las ropas de la gente que me rodeaba, relojes y números me ayudaban para averiguar el día y la hora en que iba a pasar todo. Había otras a las que denominé «premoniciones de futuro inmediato», pues tan solo transcurrían a los varios minutos de haberlas visualizado. A excepción de la que tuve aquel día en el parque y que volví a tener tres días más tarde, todas las demás ya se habían realizado. Una de ellas tenía toda la pinta de que iba a suceder de aquí a una hora. Solían ser casi siempre pequeños accidentes o sucesos insignificantes, aunque no por ello le quitaba la poca importancia que tenían. Puesto que sabía que el destino quería que aquello sucediera, nunca había hecho nada por evitarlo, simplemente me había limitado a observar cómo un jarrón se hacía pedazos contra el suelo o cómo alguien se cortaba con la hoja de un papel, o solo dejaba que algunas personas interrumpieran o se introdujeran en conversaciones ajenas envenenando los pensamientos de los demás. Tampoco fueron lo suficientemente importantes como para querer evitarlo a toda costa. Aunque mi primer impulso siempre fuera impedirlo, mis músculos se detenían antes de hacerlo.

—Laila, ¿puedes explicarme lo que acabo de decir?

La voz del profesor Soto me provocó un respingo, acalorándome del

sobresalto. Se había dado cuenta de mi ausencia, mis pupilas se dilataron poniéndose como platos y de mi boca tan solo salían vocales. Era evidente que no sabía lo que estaba explicando pues, desde que perdí el hilo de la clase había pasado media hora y las definiciones que había en la pizarra y las palabras sueltas escritas en los márgenes de esta no me ayudaban a averiguarlo.

—Que sea la última vez que no escucha. Si le pilló otra vez mirando las musarañas la mandaré al despacho del director. ¿Queda claro?

—Sí.

Se escucharon risas entre los alumnos y agaché la cabeza avergonzada, pues no me gustaba acaparar toda la atención, y menos por cosas así. Estábamos en un centro de estudios por propia voluntad, no en la E.S.O...

Cuando la asignatura finalizó con el aviso del timbre del pasillo, hubo una avalancha por parte de los alumnos, que se levantaron de tal manera que provocaron un gran estruendo con las sillas. A pesar de los avisos del profesor Soto para que no ocurriera, los estudiantes le ignoraron, ya que, aun teniendo cinco minutos para poder recoger las cosas y llegar a la siguiente clase, el miedo que le tenían a la profesora Valle en caso de llegar tarde era más grande. Por el contrario, yo tenía mis razones para ir con toda la tranquilidad del mundo. —Venga, Laila, ¡espabila! —dijo Ana, ya con la chaqueta en la mano y la mochila colgada.

—Tranquila.

«Hoy llegaremos antes que ella», pensé.

—¿Cómo lo voy a estar si vas a paso de tortuga? —me dijo mirándome impaciente—. ¡Venga! No te me encantes...

Me cogió del brazo sacándome prácticamente a rastras de allí. Nos dirigimos hasta el aula de Publicidad y relaciones públicas y, definitivamente, aquel era el día. Mi premonición me dio una pista suficientemente válida como para poder averiguar cuándo ocurriría: la ropa de Ana. La explicación que nos daría la profesora Valle sería que a su hermano le había surgido una urgencia y, puesto que el hijo de este no se quedaba al comedor del colegio, le había encargado a ella que fuera a recogerlo y lo dejara con los abuelos del niño. La visión sucedió mientras le daba a la profesora un trabajo que nos

había mandado a realizar y, sin querer, rocé su mano con la mía. Curiosamente, siempre obtenía visiones cuando tocaba a alguien, y siempre de manera involuntaria. Era algo que no podía controlar y que temía que la gente percibiera. Aún tenía que aprender mucho.

Ana no se percató de mi adivinación, tan solo se limitó a contentarse por el hecho de que aún no estaba presente y sentarse en el puesto de siempre: en la última fila del aula.

Al pasar cinco minutos sin saber nada de la señora Valle, la gente empezaba a ponerse nerviosa. Había la típica regla de instituto, universidad o curso, que consistía en que si los primeros quince minutos faltaba el profesor, el estudiante podía marcharse a casa sin que le pusieran falta, a no ser que se pusiera un comunicado específico que mencionase el tener que quedarse para hacer algún ejercicio. Como aquel no era el caso, los alumnos estaban impacientes por que pasaran aquellos diez minutos restantes para regresar antes a casa. Puesto que yo sabía que iba a llegar a tiempo, no me molestaba en poner cara de impaciencia. Además, si iba a faltar más de lo debido yo lo habría visto y ni siquiera estaría en este mismo instante sentada junto a la ventana con el material preparado encima de la mesa, así que apoyé la cabeza en mi mano y me limité a seguir contemplando a aquellos nerviosos estudiantes, carcajeándome en mi interior por aquellas falsas ilusiones que se creaban a cada segundo que pasaba.

—Laila, mira esto.

La voz de Ana hizo que me incorporara y observara una pequeña caja que sujetaba entre sus manos en cuya cubierta se podía apreciar un lindo lazo rojo. En un principio pensé que había tenido un bonito gesto al regalarme algo sin motivo aparente, pero algo me decía que aquello no era para mí.

—¿Qué es?

Levantó la tapa y me enseñó un precioso reloj dorado de bolsillo al que se le podía dar cuerda en uno de los costados. —Hoy es el cumpleaños de mi padre. ¿Crees que le gustará?

—¡Es precioso! ¿Le gustan los relojes?

—¡Claro! Bueno, como ves, no es un reloj muy común... Es de bolsillo y me ha costado noches enteras de Internet encontrarlo. Mi padre es un

coleccionista de relojes y tiene de todo tipo y de todas las épocas. Tan solo le faltan dos para acabarla y este es uno de ellos. Curiosamente lo encontré gracias a una propaganda *online* sobre una tienda en la que vendían muchos objetos antiguos. Me lo han enviado desde Ámsterdam.

—¡Vaya! Pues sí que te lo has currado... Hombre, si le falta en la colección seguro que se pondrá muy contento. Además, yo no entiendo de relojes, pero el color y el diseño son muy bonitos. —Mira, mira. Aún no has visto lo mejor.

Me enseñó la parte trasera del reloj, en que apenas se podía apreciar una inscripción: *Juntos eternamente. 1854.*

—¡Es un reloj con historia! ¡Único! —expresó.

Fui a cogerlo para poder leer mejor aquellas palabras cuando visualicé cómo, aún en la clase, aquel reloj resbalaba de las manos de Ana y se hacía pedazos en el suelo. Ella lloraba con gran tristeza por sus esfuerzos, que quedaban desvanecidos ante aquel trágico final, pues los días y horas que había tardado en encontrarlo se habían esfumado en cuestión de segundos, eso sin contar lo que le había costado económicamente traerlo a España y que, por ser una antigualla, se habría gastado todos sus ahorros.

Cuando salí del trance, observaba aquel reloj entre mis manos. Al tacto se notaba antiguo pues era rugoso, todavía sin pulir (lógico, tenía doscientos años), pero le habían hecho un repaso al baño de color dorado, respetando cuidadosamente aquella inscripción. Algo de lo que más me fascinaba era que aquel reloj había viajado desde 1854 pasando por millones de lugares y manos hasta llegar a Ana, manteniéndose en conservación. Hasta hoy...

—Me contó el dependiente que pertenecía a una pareja de enamorados. Esto era lo que para nosotros sería actualmente una pulsera de «No me olvides». ¿No es romántico?

—Así que un amor que sobrevive al tiempo... —dije, contemplando la inscripción todavía más apenada—. Curioso, viniendo de una inscripción situada en un reloj.

—Sí —dijo mientras se reía y me extendía la mano para que se lo devolviese.

Obedecí a su gesto sabiendo el resultado de aquel objeto y la duración

tan corta que le esperaba en sus manos, pero no podía quedármelo eternamente con tal de evitar lo irremediable. Lo que más me apenaba era que su padre nunca lo llegaría a ver...

—Ten cuidado.

Pero sabía que aquella advertencia no iba a servir de mucho. Solo deseaba que lo guardase antes de que pudiera caerse. Mi corazón decía que luchase por salvar el objeto que había sobrevivido a tantas cosas, pero mi cabeza razonaba ante aquellos sentimientos y, coherentemente, concluía con lo siguiente: «No te entrometas en el destino. Todo está escrito».

En cuestión de segundos vi cómo sus manos hicieron un movimiento extraño que causó el resbalón del objeto. Mis reflejos fueron más rápidos que mis pensamientos, siendo mi corazón el que mandase esta vez, y entonces me lancé hacia él y lo alcancé antes de que llegara al suelo. Me quedé paralizada, sin entender lo que acababa de suceder. Había evitado algo que consideraba ya insalvable. Mis músculos habían respondido a tiempo por primera vez. A cada segundo que pasaba con el reloj todavía entre mis manos, sin crearme que había cambiado su destino, el corazón se me aceleraba como si fuera un caballo desbocado. Lo que había tomado siempre como algo inevitable se me mostraba, a través de un simple reloj, como todo lo contrario. Entonces, ¿podía cambiarlo todo?

Volví a dejar el objeto en manos de Ana.

—¡Vaya, qué reflejos...! —dijo sorprendida—. Muchas gracias.

Se fue recuperando del susto mientras lo guardaba en la caja.

—No sé qué habría hecho si se me hubiese llegado a romper después de lo que me ha costado encontrarlo.

—Ya...

Estaba tan sorprendida que tan solo pude contestar aquello con un hilo de voz. Empezaba a arrepentirme de muchas cosas que podría haber evitado y que no hice. La culpa de lo que le pasó a Ana y después a Lucky se agrandaba por momentos.

—Habría sido una lástima que el amor de esta pareja acabase de esa forma, ¿no te parece? —dijo con una risa nerviosa.

No le respondí ni tampoco asentí. No importa qué hubiese dicho, habría

sido una pérdida de tiempo puesto que ella no me estaba mirando ni escuchando. Concentrada en guardar la caja cuidadosamente en su mochila, parecía que la apreciara más a cada segundo que pasaba. Por primera vez noté que mis premoniciones no servían únicamente para ponerme enferma.

Presentí que alguien me estaba observando de algún rincón del aula. Recorrí la mirada buscando aquellos ojos fisgones, cuando me crucé con los de Dimitri. Su rostro mostraba confusión, sorpresa o extrañeza. De alguna manera presentía que me había visto reaccionar antes de lo debido ante aquel irremediable accidente. ¿Podría haber visto algo en mí que los demás no habían podido? Ni siquiera Ana, que estaba enfrente...

Imposible. Nadie podía saber aquello. Lo pensaba yo porque sabía lo que me pasaba. Él no lo podía deducir. Lo que vio fue mi rapidez y se sorprendió por mis reflejos, no había más que eso y era todo lo que había pasado a plena vista. De todas formas, no quería que se enterase nadie de que podía ver cosas y todavía menos que lo averiguase el grupo de Dimitri. Tenía que disimular más mis sensaciones en presencia de los demás. Pero aquello todavía no sabía cómo hacerlo, pues cuando viene no hay manera de detenerlo.

Faltaba un par de minutos para marcar el cuarto de hora y algunas personas se adelantaron en recoger. Sin embargo, se llevaron un chasco al ver que la profesora entraba por la puerta en aquel mismo instante. Desilusionados, volvieron a sus puestos. Después de escuchar las disculpas de la señora Valle por su tardanza, empezó la clase como de costumbre.

El viento era cada vez más intenso y se escuchaban fuertes crujidos de aquellas ventanas viejas, como si unas fuerzas invisibles quisieran arrancarlas de su lugar empujándolas en todas direcciones. Aquello me dificultaba el escuchar con claridad a la profesora, pero no era el único factor que me distraía ya que, en ese momento, había otras cosas en mi cabeza.

Ana empezó a recoger a toda prisa sus cosas en cuanto escuchó el timbre del pasillo y se despidió de mí de camino a la puerta, disculpándose por no poder acompañarme a casa. No se lo iba a tener en cuenta, pues no era una obligación y menos aún hoy, siendo un día tan señalado para ella y su

familia. Al menos esperaba que, después de evitar la torpeza de su hija, le gustase el regalo al señor Gómez.

Me aliviaba bajar y subir las escaleras como siempre, sin tener que llegar veinte minutos antes a clase por mi flojera y, a pesar de que ya no utilizaba las muletas, seguía en desacuerdo en no poner un ascensor sin dedicar una mínima atención a los discapacitados. Al menos podrían poner rampas en lugares poco escalonados...

Salía ya por la puerta principal del centro cuando escuché a alguien llamarme. Me sorprendió que fuera Dimitri, que parecía que me había estado esperando en la salida. Allí de pie parecía un chico salido de las revistas, con sus gafas de sol y su camiseta azul marino metida por dentro de sus tejanos, y el viento moviendo su melena de un lado hacia el otro dándole un toque de misterio a su persona. Miré alrededor y, extrañamente, no iba acompañado por sus amigos. Supongo que su grupito ya se habría marchado o quizás todavía estaba por salir. Fuera como fuese, ambas opciones me hacían llegar a la misma situación.

—Vamos a dar una vuelta, ¿quieres? —me dijo con una voz tensa y seria mientras me cogía del brazo bruscamente.

¿Para qué preguntaba si no me dejaba otra opción? Apenas podía articular palabra, me había sujetado de tal forma que las venas de su brazo sobresalían de manera aterradoramente, pero era más el efecto visual lo que me atemorizaba que la fuerza que ejercitaba. Desconocía las razones por las que mis piernas empezaron a temblar y mi corazón se disparó a gran velocidad. No era producido por el miedo, al menos no que supiese conscientemente; en cambio, me invadía la curiosidad por saber las razones que le llevaban a tener esa reacción conmigo en un lugar público cuando siempre intentaba evitar peleas o que yo corriera peligro. Pero lo que más me impresionaba era que su mano, en contacto con mi piel, no activó mis visiones.

¿Qué querría de mí? Me había dejado muy claro que no me acercara a ellos.

Miraba a su alrededor, como si estuviese vigilando que no llamara mucho la atención, mientras me arrastraba junto a su coche.

—¿Qué...? ¿Qué estás haciendo? —me atreví a preguntar mientras abría

la puerta del acompañante.

—Vamos, sube —me ordenó mientras me empujaba hacia el interior.

Cerró con un portazo y, a continuación, se subió en el lado del conductor. Algo me decía que no echara a correr y que le diera una oportunidad de explicarse; además, me invadía una gran curiosidad todo lo que estaba relacionado con él. Aquella sensación fue la razón por la que no volví a abrir mi puerta y huir, aunque había que reconocer que no había una disculpa a su manera de tratarme.

—Ponte el cinturón —ordenó mientras lo hacía él.

Puesto que parecía alterado, le obedecí soltando un resoplido, sumisa a sus palabras pero incrédula a lo que pasaba. Se retiró las gafas hacia atrás, puso en marcha el motor del coche y salió del aparcamiento. Su mirada se fijaba en la carretera mientras aumentaba la velocidad a medida que avanzábamos. Se metió en la avenida de la Constitución y empezó a recorrerla desobedeciendo las señales de tráfico.

Su imprudencia no me dejaba apartar la mirada de la carretera y me causaba una subida de adrenalina. Me agarré con una mano a la guantera para así notar más seguridad, aunque tan solo fuese un mero gesto inútil. Sin entender nada de lo que estaba ocurriendo ni adónde nos dirigíamos, mi voz se convirtió en un nudo en mi garganta incapaz de salir. También me desconcertaba su serenidad, a pesar de la velocidad a la que íbamos y la cantidad de infracciones hechas. Finalmente, cerré los ojos con fuerza intentando desvanecer el miedo, tragué saliva para deshacer el nudo y mi voz salió improvisadamente para ordenarle que se detuviera.

El cartel de Ejea de los Caballeros mostraba la salida del pueblo y fue entonces cuando empezó a aminorar la velocidad. Mi respiración fue volviendo a su ritmo habitual, desvaneciéndose así la subida de adrenalina.

—¿Adónde me llevas?

Mi voz sonaba temblorosa, mostrando el miedo que había pasado. Sin embargo, él no musitó palabra.

—Por favor...

Su silencio me hizo recomponer la postura y recordarle algo que al parecer había olvidado:

—Dijiste que no me acercara a vosotros. Nunca —puntualicé. —Lo sé.

Al fin había roto su inquietante silencio, mostrando un tono menos alterado.

—Entonces, ¿qué quieres?

Pero volvió a sumirse en su silencio. Si no pretendía hablar conmigo, ¿por qué estaba en su coche? Era una pérdida de tiempo estar allí si no se iba a llegar a ninguna parte. —Para el coche —ordené, pero él no parecía escucharme—. ¡Te he dicho que pares el coche!

Pensé en abrir la puerta y, si hiciera falta, saltar con el coche en marcha, pero era algo demasiado arriesgado para llevarlo a cabo. Además, puede que lo estuviera llevando a extremos exagerados, así que desistí de la idea.

—Si no piensas hablar conmigo, ¿para qué me has forzado a subir a tu coche?

—Lo siento, no pretendía asustarte, pero...

—¿Pero qué?

Parecía que, fuera lo que fuese aquello que quería contarme, le costaba arrancar.

—Oye... yo no os he hecho nada... Tú y tu grupo me habéis tratado a las patadas desde que volví y ni siquiera sé el porqué.

—Para ello tendrás que recuperar las lagunas que el coma te creó.

—¿Las lagunas?

Era cierto que las tenía, pero él no podía hacer nada al respecto.

—¿Y cómo piensas ayudarme? ¿Con secuestros? Quiero volver a casa...

—Sé que no te acuerdas de nosotros, al menos conscientemente —parecía ignorar mi ruego.

—No, e inconscientemente tampoco —aclaré. Dimitri hizo una mueca.

—Venga, no mientas. Desde tu vuelta tienes la sensación de que nos conoces.

¿Cómo podía saber aquello? Tan solo lo había hablado con Ana y ella no mantenía ningún tipo de relación ni conversación con ellos. Quedarme en silencio ante aquello significaría que le daba la razón, así que tenía que responderle rápido.

—Claro que no.

Cada vez estábamos más alejados del pueblo y el paisaje se volvía desolador. Tan solo existía una carretera asfaltada que conducía directamente al siguiente pueblo, rodeada de inmensos campos de arena con algunas malas hierbas y pequeños grupos de árboles que ambientaban el desierto. Una gota fría recorrió mi espina dorsal y me provocó un hormigueo por todo el cuerpo pues, por alguna razón, era su nombre el que me venía a la cabeza como causante de lo que me llevó al estado de coma, y el miedo me hizo pensar que me había secuestrado para acabar el trabajo. Puesto que no estaba en condiciones para negociar ni hacerle chantaje, la única manera era pedirle perdón por lo que fuera aquello que le había molestado y rezar para que me soltara.

—¡Oye, lo siento!

Mis ojos, inquietos, lo único que hacían era moverse hacia la carretera y hacia él, aflorando desconfianza y angustia por el lugar al que quisiera llevarme.

—Siento todo aquello que te haya podido herir u ofender, pero por favor, no me hagas nada... Te juro que...

—¿Cómo dices? —me interrumpió sorprendido—. No voy a hacerte daño.

Pero mi mente no asumía su respuesta. ¿Cómo confiar en su palabra?

Finalmente detuvo el coche a un lado de la carretera donde el desierto todavía estaba presente. —Pues, si es así, ¿por qué estamos en un descampado?

—Tan solo quiero hablar contigo sin dar posibilidad a interrupciones, mirones o... espías —quitó la llave del contacto. —¿Espías? A esto se le llama secuestro, ¿lo sabías?

—Perdona, no quería que Omar y los otros nos vieran y tuvieran la oportunidad de seguirnos —sus palabras sonaron sinceras.

—¿Es que tú también les tienes miedo?

En aquel momento supe que mi instinto antes de subir al coche no me había fallado. Parecía que únicamente quería mantener una conversación a pesar de sus malas maneras de llevarlo a cabo.

Tenía ganas de decirle un par de cosas que funcionarían en el caso de

que quisiera evitar esos malentendidos, pues el hecho de cogerme a la fuerza y obligarme a subir al coche no era una buena forma de aparentar lo contrario. Puesto que quería saber las razones por las que le había llevado traerme hasta aquí, mis labios se quedaron inmóviles a la espera de su explicación.

—Lo cierto es que no sé cómo decírtelo para que no suene a locura —comentaba mientras se frotaba la nuca.

—Tranquilo... Hasta ahora lo estás haciendo muy bien —dije con ironía.

—Los demás no sé si lo aceptarán o me perdonarán por habértelo comentado, pero creo que en estas circunstancias es lo mejor... Mira, mis amigos y yo estamos metidos en un asunto algo peligroso, pero somos gente legal, aunque te parezca mentira. No somos bandidos ni ladrones, ni nada de lo que se te haya podido ocurrir. —Cuando dices a tus amigos, ¿te refieres al grupito con los que siempre vas? —Sí.

—¿Y por qué me lo cuentas? Por saberlo no me habré ganado la persecución de tus compis ¿no?

—No, no. Tranquila —sonrió—. Tú formabas parte de nosotros antes de entrar en coma. —Perdona, ¿cómo dices?

—Está claro que no te acuerdas de nosotros, pero te he estado observando y sé que has vuelto más fuerte que nunca —tragó saliva y me miró de reojo—. Sé que ves cosas...

Me llevé una gran sorpresa al escuchar aquellas palabras de su boca e inmediatamente negué toda verdad con un simple movimiento de cabeza. No sabía cómo podría haber llegado a tal averiguación.

—Creo que te estás confundiendo de persona... —No, no. Escúchame. Sé que te resulta complicado, pero el día que te dispararon fuiste a averiguar algo y creo que lo conseguiste. Necesitamos saber qué fue. —¿De qué me estás hablando? ¿Qué sabes de mi accidente? —Mira, necesitamos que recuperes tu memoria para poder averiguar lo que ellos no quieren que sepamos.

—¿Ellos? ¿Averiguar? ¿De qué narices me estás hablando? —dije más alterada—. ¿Y de quiénes?

Me sentía perdida y asqueada. ¿Dimitri sabía lo que me había pasado y la razón de ello? ¿En qué estaba metida? ¿Quiénes eran «ellos»? ¿Quiénes eran Dimitri y sus amigos? Demasiadas preguntas para formular y demasiada información dada en un solo momento.

—Podemos ayudarte si nos dejas.

No podía saber de ninguna manera si era cierto el hecho de su «asunto peligroso pero personas legales» en el que supuestamente yo había formado parte, algo que me gustaría confirmar, pero de lo que sí estaba segura era de que no podía saber nada de mis poderes.

—Me resulta algo difícil después de haberme sacado a rastras de la escuela. Y, puesto que estás desvariando, creo que no es el mejor momento para que me lleves a casa. Tan solo tienes que encender el contacto —lo alcancé con tranquilidad y le di media vuelta—, abrirme el pestillo —lo ejecuté—, y yo solita me iré.

Cuando conseguí abrir la puerta diez centímetros, Dimitri se me echó encima para poderla cerrar.

—Escúchame, por favor —dijo echando su aliento contra mi cara y se quedó en aquella postura que me pareció provocativa y sensual—. El tiempo se nos está acabando.

—¿Pero es que no te estás escuchando? ¡Parece que estás viviendo una película de ciencia ficción!

Volvió a su asiento casi derrotado y por un momento me desilusioné de su lejanía.

—Dices que veo cosas... ¿Qué cosas? ¿Acaso te piensas que soy Superman o algo por el estilo?

—No estoy loco, tan solo intento decirte que tú eres la única que nos puede guiar. —¿Pero guiar adónde? ¿De qué me estás hablando? —Otra vez... Ahora no puedo contártelo. Si quieres saberlo antes tendrías que recordar quién eres.

—Sé quién soy. —Él negó con la cabeza—. Soy una chica de padres divorciados que empezó este año en el Centro de Audiovisuales, y me pegaron un tiro en la cabeza sin ninguna razón, o al menos eso es lo que espero recordar si es que algún día lo consigo... Una chica que vive con su

madre y su perro Lucky. ¡Esa soy yo! Una chica normal y corriente con sus problemas como todo el mundo y a la que estás reteniendo en contra de su voluntad, por no decir que tienes secuestrada, en tu coche. O bien, si lo prefieres, me puedo creer lo que dices y llegar a la conclusión de que tu «asunto peligroso pero gente legal» fue lo que ocasionó mi balazo. Cosa que, si fuera así, me haría pensar que no es muy aconsejable estar en tu compañía, así que estarás de acuerdo conmigo cuando digo que sería mejor seguir siendo la chica normal que siempre he sido.

Apoyó sus manos en el volante y miró al frente, quizás de manera decepcionante o quizás desvaneciendo toda esperanza por mi forma de ver la realidad. Una realidad tan consciente y humana como la tendría cualquier otra persona. ¿Por qué le costará tanto verlo? ¿Es que, después de todo, estaba hablando con un demente?

Su mirada se perdía en la lejanía, pensativa, intentando llegar a alguna conclusión de algo que me resultaba inalcanzable. Su decepción y preocupación me dieron a entender que su argumento podría ser cierto y que sabía más cosas de mí de lo que yo podía recordar, algo que me hizo dudar de si quería escapar o no en ese momento. El coche me estaba asfixiando y mi cabeza estaba hecha un lío. Necesitaba salir. Necesitaba volver a casa para pensar. Necesitaba caminar.

Abrí la puerta, salí y me dirigí en dirección al pueblo. Estaba claro que no estaba huyendo de Dimitri, pero no quería volver a casa con un posible demente y, puesto que parecía que estábamos lejos, tenía tiempo para darle vueltas a todo este tema. Dimitri no hizo ningún movimiento para evitar que lo hiciera, tan solo salió del coche y se quedó junto a la puerta.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? Hay ocho kilómetros hasta llegar a tu casa —alzó la voz para que le escuchara. «¿Ocho kilómetros? Quizás es demasiado... No, Laila... no puedes volver con él. No sabes quién es y, al parecer, no te está contando toda la verdad».

Crucé la carretera para ponerme en el carril contrario, aminoré el paso y di media vuelta para responderle.

—¿Sabes qué? Tenías razón. Pienso que estás loco. Y me volví para seguir mi rumbo al pueblo.

Tras de mí, el sonido que hacían las ruedas de su coche en un intento de dar media vuelta, en mitad de la carretera, parecía como si fuera una trituradora de piedras. Aceleró en mi dirección y se colocó a mi lado rebajándose a mi paso. —Déjame ayudarte. Vamos, sube —mi silencio lo decía todo—. Al menos déjame llevarte a casa.

—¿Crees en serio que me subiría de nuevo a tu coche después de cómo me has tratado? Ni lo sueñes.

Cogí el móvil dispuesta a llamar a mi madre para no preocuparla por mi tardanza, pues me quedaba un buen rato de camino.

—Laila, aquí no hay cobertura...

Comprobé que apenas llegaba a una línea, con lo cual me era insuficiente para poder llamar. ¡Maldito Dimitri! Moví el móvil de un lado a otro, pero parecía que cuanto más lo movía menos cobertura tenía. Lo guardé indignada por lo poco factible que resultaban ser estos aparatos en momentos de gran necesidad, y seguí caminando ignorando su presencia.

—Está bien —desistió—. Entonces, cuando estés preparada para hablar, avísame. Solo espero que no te mates antes de que lo haga tu madre.

Aceleró, dejando una pequeña polvareda a su paso. Me detuve y observé en ambas direcciones, pero no parecía que fuera a aparecer alguien por aquella carretera desértica.

Era evidente que, si no podía llamar a casa, mi madre se pondría toda una furia, además de preocupada. Por otro lado, desde que desperté, supe que había algo oculto en mí que desconocía y que no lograba recordar. Quizás Dimitri tan solo intentaba ayudar, aunque las formas de hacerlo no habían sido las más correctas. Además, de alguna manera u otra sabía lo de mis visiones, algo que ni siquiera mi madre conocía. Me había abierto la curiosidad con el tema del asunto tan misterioso que se tenían entre manos y en el que, supuestamente, yo había intervenido. Y por si fuera poco, la sensación que tenía cuando estaba junto a él... Las veces que me había tocado y no me había provocado premoniciones. A pesar de que no le conocía, su mirada y su voz me llenaban de sentimientos desde la primera vez que le vi, cosa que no lograba comprender. Entonces, había que reconocer que algo inquietante había en todo aquello, algo que mi memoria

se negaba a recordar y algo que Dimitri se moría de ganas por contar pero que era incapaz de hacer. Todos estos pensamientos me hicieron gritarle y, al escucharme, se detuvo al instante. Durante un par de segundos no mostró indicios de movimiento hasta que se encendieron las luces traseras y empezó a desplazarse marcha atrás. Me quedé inmóvil para dejar que volviera a ponerse a mi altura. Bajó la ventanilla de la puerta del acompañante y se inclinó para visualizarme.

—¿Te lo pensaste mejor?

Su sonrisa vencedora hirió mi orgullo; a pesar de ello, no podía dejarle marchar. Él tenía respuestas que yo quería y era el único que, desgraciadamente, conducía por aquella zona. Me apoyé en la puerta, inclinándome para mirarle y mostrarle mi rostro más serio.

—Iré contigo con una condición.

—¿Cuál?

—Que me lo cuentes todo. Y cuando digo *todo*, es todo: las razones por las que tengo la sensación de conoceros, las razones por las que antes íbamos juntos y por las que ahora actuáis como si fuera un bicho raro al que hay que aplastar. Quiero que me expliques lo que me pasó aquel día. Todo.

Dimitri se había ido incorporando a lo largo de mi condición, borrando su sonrisa y mirando al horizonte pensativo.

—Eso es más de una...

—Viene todo en el mismo *pack*. —Bueno, también tengo la opción de dejarte aquí y que vuelvas solita a casa. ¿No te parece? —Si haces eso, ya puedes despedirte de que os ayude, sea lo que sea lo que tengáis entre manos.

Finalmente hizo una mueca con la boca produciendo un ligero sonido de rendición.

—Vamos, sube.

Mi corazón se inundó de emoción, satisfacción y nerviosismo. Por otra parte, tenía un pequeño nudo en el estómago que me advertía de algún peligro. Tenía que ser prudente... Así que quise añadir más condiciones antes de subir.

—Nada de engaños.

—Tranquila... —dijo serio.

—Ni raptos.

—No te he raptado —se alteró un poco ante tal acusación. —Y, por supuesto, no te esperes a que después de todo esto os vaya a ayudar para otras cosas. Esto es una dirección de doble sentido. Nos conviene tanto a ti como a mí, así que...

Dimitri apretó el acelerador, haciéndome saber la indirecta.

—Vale, vale.

Abrí la puerta con rapidez y me acomodé en el interior de su Audi. Él me miró y esbozó una sonrisa.

—Hablas demasiado...

Puso la marcha inicial y pisó el acelerador a fondo, quedándose las marcas de las ruedas traseras grabadas en el asfalto. En un momento nos adentramos de nuevo al pueblo. Bajábamos todo recto la avenida de la Constitución cuando se pasó de largo la calle que conducía a mi casa.

—Oye, ¿no íbamos a ir a mi casa? —dije, observando cómo nos alejábamos de ella.

—Antes quisiera ir a otro lugar.

—Bueno, mientras me lo cuentes todo...

—No me resultará nada fácil, pero me gustaría intentar algo que a lo mejor te puede hacer recordar. Así que ten paciencia.

No me atrevía a preguntar lo que quería hacer, pues tenía una gran habilidad para provocarme desconcierto.

Me sorprendió estar ante el parque central, un lugar que solía frecuentar. A pesar de ser la hora de comer, había más gente que por la mañana. Parejas jóvenes paseando, otros haciendo picnic bajo la sombra de aquellos árboles y sobre el césped tierno, personas mayores acomodadas en aquellos bancos mientras descansaban contemplando el río, e incluso algunos practicando *footing* bajo aquel sol que, en cuanto el aire se detenía, desprendía un calor apetecedor.

Una vez aparcamos, caminamos hacia el puente que cruzaba el río llevándome hacia el otro extremo del parque donde la cantidad de gente era menor. El hecho de que Dimitri escogiese aquel lugar de entre tantos hacía

que se ganase mi asombro, pues estaba segura de que no haría nada alarmante ante ojos ajenos.

—¿Qué hacemos aquí?

—¿No recuerdas este sitio?

—Suelo venir, así que no me resulta desconocido.

Dimitri se situó junto al único álamo blanco de tronco grueso que había en el lugar, acariciándolo. Los demás de su especie, aunque diferentes a él por su delgadez y verdor, se localizaban más cercanos al río, algo razonable si mostraban gran avidez por el agua. El fuerte aire azotaba las ramas, provocando la caída de las hojas y dejando al árbol prácticamente pobre y con sensación de desolación a pesar de estar en primavera.

—Tenía la esperanza de que ver este lugar te haría reaccionar —dijo con decepción—. Aquí fue donde te conocí hace cuatro meses.

Miré a mi alrededor como si todavía no lo hubiera visto antes, observándolo con otros ojos, pero solo era otro apartado más de aquel parque.

—Te observaba desde ese puente —me lo señaló—. Se te había caído un papel al agua. Algo que habías escrito —dijo sin darle la más mínima importancia, encogiendo los hombros. Sus palabras transmitían afecto.

«—¿Necesitas ayuda? —dijo con una sonrisa.

Laila le miró fugazmente y volvió a intentar alcanzarlo. —No, gracias. Casi... lo tengo —dijo esforzándose. Dimitri no veía que fuera a conseguirlo.

—Si coges un palo quizás te vaya mejor —dijo, exponiendo la solución más lógica al ver el gran esfuerzo que estaba realizando. Observaba que se mordía el labio inferior y su ímpetu le resultaba encantador.

—Ya he dicho... —alargó más el brazo— ...que no necesito... ayuda.

Su peso accedió hacia delante, lo que provocó su caída inevitable al agua.

Dimitri empezó a reír y fue a buscarla. Laila había caído de bruces hacia delante, hizo un chapoteo de rabia y cogió el folio. Por suerte, el agua no medía más de medio metro y algunas partes de su cuerpo se salvaron de ser empapadas por un agua gélida.

—Creo que habrías ganado tiempo si te hubieras metido desde un principio ¿no crees? —dijo extendiéndole un pañuelo.

Laila salió a la orilla, malhumorada, empapada y congelada; observó aquella pequeña tela y, con una mirada de incredulidad, le dijo:

—¿En serio?

—Si hubiera sabido que una chica guapa iba a bañarse en el río bajo estas temperaturas, sin duda me hubiese apuntado y, posiblemente, me hubiera traído una toalla, pero...

Dimitri movió un poco el pañuelo para que viera que era lo único que podía ofrecerle. Laila accedió sin remedio y, mientras se dirigía al grueso tronco para recoger sus cosas, se secaba la cara y las manos, ya medio congeladas. Sus dientes castañeteaban y toda ella empezó a temblar. Dimitri se sacó la chaqueta y se la colocó por encima».

—Nos hicimos muy buenos amigos desde entonces —decía con nostalgia.

—¿Y por qué no te recuerdo? —pregunté sabiendo que, bajo aquella fachada de amistad, se escondía algo más.

—No lo sé... —su mirada se clavó en mí, con tristeza.

—Dimitri...

A las palabras les costaban salir de mi garganta, pero tenía que saber.

—¿Hubo algo más... entre nosotros dos... que deba saber?

Se acercó con cautela y me cogió de las dos manos con sumo cuidado, como si fueran a romperse; las miró con anhelo, y suspiró. Mi corazón empezó a latir con fuerza y me quedé sin aliento. Su contacto era como una sobredosis de adrenalina. Me miró y, cuando me acarició la mejilla, todo mi cuerpo se puso a temblar.

—Me resulta muy difícil verte cada día... y no poder besarte ni una sola vez. Fingir que apenas nos conocíamos y que, además, te quisiera fuera de mi vida.

Su rostro, tan cerca, hacía que su aliento chocara contra mis labios. Sus ojos me miraban con deseo y yo tenía tantas ganas de corresponderle... pero,

a pesar de que era cierto que había algo que me atraía hacia él, quizás algo que había olvidado pero mi corazón no, tenía que ser realista. Aún faltaban muchas piezas del puzle, y seguía sin saber quién era él y qué tenía que ver yo en toda esta problemática.

Dimitri se distanció, algo que agradecí, pues necesitaba despejar mi mente, y con él tan cerca mis pensamientos se nublaban. Ya me quedaba claro que entre Dimitri y yo había existido una relación, pero no era el asunto de más importancia. Me llevé la mano a la frente, despejándomela del flequillo y enfocándome en otros asuntos. Mis dedos rozaron la cicatriz. —Me dispararon —le miré. Él tenía que saber algo—. Quiero saber quién.

—No lo sabemos, suponemos que fueron los agentes.

—¿Qué agentes? ¿En qué estaba metida? Dimitri suspiró.

—En salvar vidas —dijo al fin.

—¿Cómo? —exclamé desconcertada.

La forma en que tocaba aquel árbol y sus hermosos ojos observando al milímetro la naturaleza me hicieron recordar la única premonición que tanto dolor me había causado y que ocurrió la primera vez aquí, en este mismo lugar.

—Sí, exacto —dijo como si supiera lo que estaba pensando—. El mundo que conoces desaparecerá y así ocurrirá si no hacemos nada —añadió cuando se apoyaba en el tronco—. Ahora que sé que has sobrevivido y que has venido con un don, un don que nos puede ser de gran ayuda, te vamos a volver a necesitar.

Se pasó las manos por la cara, como si no pudiera creer lo que estaba proponiéndome. Entonces dijo cabreado: —Estábamos dispuestos a dejarte marchar, asustarte si hiciera falta, para que te fueras y no supieras nada de esto.

Se acercó de nuevo, me cogió de las dos mejillas, apoyó su frente contra la mía y cerró los ojos, como si sintiera un gran dolor.

—Ver que casi te mueres por culpa de todo esto, por culpa mía, por haberte implicado... —se quedó sin palabras—. Me prometí que no volvería a ponerte en peligro...

—Dimitri —dije con un hilo de voz mientras le retiraba sus manos con

delicadeza para que me prestara atención—, si lo que dices es cierto y, con ello, mis visiones te apoyan... quiere decir que estoy en peligro igual...

Me miró como si fuera en ese mismo instante que captara la razón de mis palabras.

—Oye... —le dije—, no sé quién es esa gente que, según tú, está poniendo en peligro la Tierra, pero si con mis visiones puedo ayudar a evitar cualquier desastre, lo haré.

Después de aquella confesión, me intrigaba la seguridad que tenía al confirmar que yo tenía el don de la clarividencia.

—Por cierto, ¿cómo lo supiste?

A pesar de que había cambiado el rumbo de la conversación, él lo captó al momento, como si estuviera en mi misma onda.

—Al principio no estaba seguro. Pero te delataste al salvar aquel reloj de tu amiga.

Sabía que lo había notado. Tendría que haber disimulado mejor, aunque, si no hubiese sido en esa ocasión, estaba segura de que lo hubiera averiguado por otros medios. Se pasaba la vida observándome...

—Y me lo acabó por confirmar tu tranquilidad por la tardanza de la profesora. Sabías que vendría a tiempo, ¿no es así? Se dibujó una sonrisa torcida en su rostro.

—¿Lo sabe... alguien más? —pregunté temerosa.

—No, pero pronto lo sabrán Omar y los otros.

—¡No! —grité atemorizada—. Nadie debe saberlo. ¡Si esto se extiende...!

No pude acabar la frase. Me era imposible imaginar las consecuencias que me causaría aquello. Dimitri me estremeció al retirarme el flequillo de la frente, haciendo visible la cicatriz, y mientras me miraba de manera tranquilizadora, mi corazón me golpeó el pecho. —No te preocupes. Ellos, al igual que tú, también tienen algo que ocultar.

Jamás podría imaginar lo que podrían estar ocultando. Quizás han estado en la cárcel por un robo a una tienda, un coche o un banco; matones a sueldo, asesinos sin escrúpulos... Vaya, lo típico. Me encanta cuando me pongo

irónica. —No son tan mala gente como han querido pretender ser. Tan solo querían asustarte para que te alejaras de aquí.

Mi cabeza empezó a darle vueltas a todo aquello, intentar encajar las piezas, algo que me resultó imposible, pero siempre llegaba a la misma cuestión: ¿quiénes eran? Estaba claro que no eran normales, se comportaban de manera extraña y tenían demasiados secretos.

—Demasiada información de golpe. Has de asimilar muchas cosas ahora. —Sí... pero aún hay muchas cosas por saber.

—Poco a poco, ¿vale? —me rodeó con el brazo—. Vamos, te llevo a casa.

Tenía la cabeza que me iba a estallar y, aunque no quería marcharme sin saberlo todo, accedí a su oferta. A pesar de que todavía había muchas cuestiones que aclarar, ahora tenía que asimilar toda la información que había recibido. Le seguí hasta el coche, permitiéndole que me acompañase hasta casa. Miré la pantalla del móvil y... ¡¡tenía diez llamadas perdidas!! ¡¡Realmente debía de estar muy furiosa...!!

—Llámame si algún día quieres hablar o necesitas ayuda sobre algo —dijo mientras me extendía un papel con su número de teléfono móvil.

Lo acepté sin dudarlo, ya que había muchas otras cosas que necesitaba saber.

Cuando crucé por la puerta de la entrada, mi madre se me abalanzó con rapidez y me estrechó entre sus brazos dejándome apenas sin respiración. —Mamá... ¡Mamá! Vale... ¡Me estás ahogando!

—¿Dónde te habías metido? —dijo apartándose de mí y mostrándome una cara desencajada—. ¿Sabes lo que casi provocas? ¡Me tenías muy preocupada!

—Lo siento... Iba a llamarte, pero después me lie con otras cosas y... No volverá a pasar. Te lo prometo.

Estuvo un buen rato repitiéndome sin cesar lo preocupada que la tenía mientras comíamos juntas. Después de disculparme centenares de veces y dejarme el plato medio lleno, ya que el hambre no aparecía, subí enseguida a mi cuarto e, ignorando por completo los aullidos de Lucky, que estaba a dos habitaciones de la mía, donde se acomodaba descansando de sus lesiones, me

dejé caer encima de la cama inundando mi mente de pensamientos que se contradecían unos con otros.

Dimitri esperaba a que estuviese preparada para poder contarme algo que consideraba sumamente importante.

Había empezado a explicarme muchas cosas y, en resumidas cuentas, yo parecía ser la clave que podía parar a esa gente, cuya identidad desconozco, y evitar que provocaran la mayor catástrofe de la humanidad. Él esperaba a que recuperase mi memoria, al menos parte de ella, para así poder acceder a esos datos por los que me intentaron matar, pero aquello acarreaba tiempo, y no sabíamos con cuánto de ello disponíamos. ¿Quién podría ayudarme al respecto? ¿Un psicólogo? ¿Un hipnotizador? Estaba claro que tenía que acceder a ese fragmento de memoria fuera como fuese, pero todo esto también me lleva a hacer otra pregunta: ¿por qué no recuerdo a los chicos?

Mi corazón palpitaba desbocado ante un terremoto que ocurría en algún lugar del planeta. Sentía que mi cuerpo no estaba presente pero sí mi alma, con lo cual podía sentir el terror de la situación y la desesperación de la gente que corría de un lado hacia el otro. El ruido era ensordecedor. Los gritos de auxilio; automóviles, personas y casas cayendo en enormes grietas que se abrían paso en el suelo. Todo lo que había por encima de alguien —plantas, techos, barandillas— caía al vacío, alcanzaba a algunas personas que intentaban huir y les provocaba la muerte en el acto, o bien quedaban inconscientes o mal heridas, desprotegidas ante tal catástrofe. Muchos cuerpos yacían entre los escombros de la villa.

Un repentino silencio absoluto cubrió el lugar, calmando el movimiento sísmico y provocando un gran desconcierto en cada uno de los supervivientes. Se levantaban del suelo y apartaban sus manos de sus orejas para comprobar que no eran ellos los que se habían quedado sordos ante tal mudez de la naturaleza. Sentía y escuchaba los corazones de la gente en mi

interior, con su ritmo frenético imposible de parar ante tan inquietante calma, pues teníamos la certeza de que faltaba la traca final. Aunque muchos se preguntaban si ya había acabado todo.

El sonido del agua, como si de una cañería rota se tratase, se empezó a intensificar a medida que pasaban los segundos, mostrándonos la evidencia de que estábamos en lo cierto. Entonces, los rostros de la gente se horrorizaron al ver un muro de agua que se acercaba acechante, calmada por arriba y rebelde por abajo, destrozando y haciendo desaparecer las casas a su paso como si fueran de papel. Algunos empezaron a correr hacia todos los lados, esperanzados por seguir con vida, sin aceptar el único final al que conllevaba aquello. Fueron pocos los que se quedaron inmóviles ante aquel acontecimiento atroz, familias que sabían que no habría escapatoria tras aquella ola gigantesca y que se veían en las calles con sus hijos, tanto pequeños como grandes, personas mayores, perros que, tras su ignorancia, ladraban a la amenaza o huían despavoridos. Todos los que estaban acompañados y decidieron dejar de luchar por la vida se fundieron en abrazos, mientras los más atrevidos se quedaban contemplando la ola que marcaba sus últimos segundos de vida. Cuando apenas estaba ya encima, una niña de seis años se abrazó a mi pierna mientras observaba a su alrededor en sollozos. Estaba sola. Sus padres no parecían estar cerca... Mi instinto me impulsó a abrazarla para protegerla, aunque sabía que era inútil. Como si de un gran puñal se tratase, el agua chocó contra mi espalda tan dura como si fuera una pared de hormigón, arrastrándome por las calles junto con los escombros y las ruinas que encontraba a su paso. Fui incapaz de sujetar a aquella niña... Fue arrancada de mis brazos con crueldad, alejándola de mí... No podía respirar... Me movía en círculos chocándome contra objetos punzantes... ¡Cuánto dolor...! ¡Agonía...! ¡Me estaba ahogando!

—¡Laila!

La voz de mi madre me sacó del trance, arrancándome del agua como si me expulsaran con fuerzas invisibles del lugar. Cogí una bocanada de aire en cuanto me desperté, dando un salto en la cama. Cuando vi que todavía seguía en la habitación, me alivió saber que todo aquello no había pasado y respiré

hondo para calmar los latidos del corazón, al igual que el terror en que me había sucumbido.

—¡Laila!

Su voz sonaba más clara ahora, aunque lejana, puesto que provenía del primer piso.

—¡Ahora bajo! —grité mientras me incorporaba en la cama.

Me llevé la mano al pecho y noté el corazón bombear con fuerza. No conseguía tranquilizarme. Había sido tan intenso y tan real que todavía no podía creer que aquello hubiese formado parte de un simple sueño. Miré el reloj de muñequera y me sorprendió comprobar que tan solo había estado dos minutos durmiendo, si es que llegaba. ¿Y si había sido una premonición? Había sido más fuerte que la vez pasada en el parque, pero bien que tenían relación. Además, Dimitri me habló de lo mismo hacía tan solo unos minutos...

Cogí el móvil que había dejado encima de la mesita de al lado de la cama, saqué el papel del bolsillo que me había dado con su número de teléfono y empecé a marcar. En el otro lado contestó una voz seria y atractiva que me golpeó el pecho y me erizó el vello. Era evidente que había algo en él que me hacía sentir como una niña.

—¿Dimitri?

—Dime, Laila. ¿Pasa algo?

—Sí... Oye... Creo que he tenido otra visión. No sé qué está ocurriendo ni cómo unas personas pueden hacer todo lo que estoy viendo. En mis visiones, queda claro que todo son catástrofes naturales y no parece que haya nada detrás. —Créeme: lo hay.

—Vale, si es así no sabemos de cuánto tiempo disponemos ni si podemos hacer algo para impedirlo, pero... esos niños... esa gente... —recordaba esa angustia y el miedo que pasaban aquellas personas ante el tsunami—. Tenemos que intentarlo y para ello necesito saberlo todo.

Desconocía las razones por las que sabía que Dimitri, desde el otro lado del teléfono, estaba entrando en conflicto consigo mismo, luchando con sus pensamientos e intentando llegar a la solución más acertada y adecuada para todos nosotros pues, aunque sus labios no articularan palabra, su silencio era

abismal. Me había dejado claro que él no quería volver a introducirme en todo este tema pero, quisiera o no, ya estaba dentro.

—Está bien —dijo finalmente—. Quedemos a las seis enfrente del bar. Te llevaré junto a los chicos.

Mi rostro automatizó una leve sonrisa como satisfacción por su respuesta, contrariando al miedo que estaba empezando a sucumbir en ese mismo instante.

Al fin iba a saber la verdad pero... ¿La única manera en la que podría reaccionar era atemorizarme por lo que podría descubrir? ¿Por qué ahora, que sabía que no había marcha atrás, el miedo surgía en mi interior? ¿Es que no quería saberlo? ¿Qué era a lo que tanto temía? Aquello tan solo podía ser algo beneficioso para todos. Estaba a punto de saber quién era esa gente y qué me pasó ese día, así que podía estar tranquila. Además, si era cierto que van a suceder catástrofes como las que he visto y podía hacer algo por evitarlo, creo que tendrían que saber lo que estoy viendo.

Quizás ellos tengan una explicación más lógica. Quizás pueda salvar a esa niña.

Quizás...

Capítulo 3

Pasaban cuatro minutos de la seis y mi impaciencia empezaba a desbordar. Mis manos congeladas sudaban ante el nerviosismo, así que intenté darme

un pequeño masaje en las palmas para ver si me tranquilizaba. Por otro lado, no había conseguido aplacar el temor de la última premonición, lo que había provocado que a la rica comida que mi madre me había preparado se le dificultara su paso por mi estómago y ocasionase el malestar que en ese momento padecía. Todo eso conllevaba que se intensificara un extraño frío que recorría todo mi cuerpo, a pesar de que, delante del bar, el termómetro del banco de La Caixa situado en la parte superior de su puerta marcase 15 °C. Deseaba que aquella espera acabase pronto.

Cuando al fin Dimitri decidió aparecerse ante mí, me sorprendió que lo hiciera a pie y a solas.

—¿Y tu coche? —pregunté cuando llegó a mi altura, con su porte sereno y arropado con su gabardina de cuero negro que le favorecía indiscutiblemente.

—Al lugar al que vamos no lo necesitamos. Está aquí mismo. ¿Estás segura de querer hacerlo ahora? Si quieres podemos dejarlo para mañana...

—No. Pensé que los chicos vendrían contigo.

—Están reunidos en otro sitio. Te llevaré con ellos. Vamos.

Cruzamos la carretera y nos introdujimos por el callejón al que les había seguido a él y a su grupo días atrás. Me resultaba irónico que el lugar de encuentro fuese el sitio en el que intenté averiguar a hurtadillas. Aquel lugar seguía teniendo aquel peculiar y repulsivo olor. Nada había cambiado, aunque no se divisaban los enormes roedores de las cloacas.

Nos desviamos por la calle que había ignorado ese día, donde Dimitri se abalanzó hacia mí y me pilló in fraganti. Era más estrecha que la anterior y el olor no llegaba a ser ni la cuarta parte de insoportable a pesar de tener el aire más concentrado. La iluminación era vaga; sin embargo, se podía vislumbrar el abandono, pues un pequeño riachuelo de agua putrefacta recorría un desagüe que se abría paso en mitad de aquel callejón, y unas cajas húmedas y rotas se encontraban desechadas al lado derecho de la calle, las cuales tuvimos que rodear con dificultad poco antes de alcanzar una puerta metálica situada en el lado opuesto.

—Perdona el desorden... Normalmente esas cajas no están ahí —resultaba incoherente disculparse por algo que tan solo hacía más evidente la existencia del caos—. Es aquí —indicó abriendo la puerta metálica hacia el interior, dejando salir una luz tenue del lugar.

Parecía que estaba dispuesto a dejarme pasar a mí primero, pero, puesto que desconocía el territorio, le miré mostrándole mi falta de confianza, y con ello le di a entender que se podía guardar su actitud de caballerosidad por esta vez.

Siguiendo sus pasos me introduje en el interior de aquella habitación y observé una gran sala de paredes blancas, amueblada únicamente por una mesa metálica empotrada en uno de los costados. El espacio estaba iluminado por fluorescentes blancos, dando a los rostros de las personas que nos estaban esperando un tono más pálido y terrorífico de lo que ya me parecían en el exterior.

Omar se apoyaba en aquella mesa cuya limpieza no era lo que podría destacar de ella, pues herramientas para la mecánica, trapos sucios y lijas se extendían a lo largo de sus tres metros de longitud. El líder escuchaba atentamente las palabras alteradas del muchacho de los ojos color miel, ignorando mi entrada. El indio, por otro lado, se apoyaba contra la pared mostrándose impasible ante la aparente discusión. El flequillo recogido por una pequeña coleta hacia atrás y su melena negra azabache, que caía por su espalda hasta la altura de la cintura, me tenían cautivada.

La sala podría haber sido un taller de mecánica que habían desalojado y, al parecer, dejado en el olvido, incluyendo algunos objetos en el recorrido,

aunque no podría haber pasado mucho tiempo, debido a que la central eléctrica seguía suministrando luz al local. Para Omar y los demás, descubrir el lugar les había proporcionado un buen escondite para llevar a cabo todos sus trapicheos.

El indio les interrumpió con una tos de aviso y se incorporó.

—Tenemos compañía.

Omar fijó su mirada en mí y el chico enfurecido me mostró su más temible aspecto. Puesto que sus músculos faciales no se relajaban ante mi presencia, supuse que la razón de su irritación y discusión podría haberla originado yo misma. Los tres mantuvieron silencio, provocando una tensión que podía cortar en el aire.

—Laila —empezó Dimitri—, este es Omar.

—Sí, lo sé. Nos conocemos...

Su rostro duro se intensificaba bajo aquella iluminación artificial, dejando que su gresca se desvaneciera con ella. Se incorporó y se acercó deteniéndose a un solo paso de mí, observándome de arriba abajo. Su mirada me congelaba la piel, mostrando así su autoridad y su madera como líder. Acto seguido, desvió su atención hacia Dimitri.

—Luego no nos vengas con tus historias, Dimitri.

—Ya no hay marcha atrás.

Omar volvió a mirarme, esta vez por encima del hombro, se colocó las manos en los bolsillos del pantalón tejano y se retiró para estar junto a los otros dos.

—Ellos son A ka'wi —el indio levantó la cabeza— y Lucas. —Sobran las presentaciones, Dimitri —comentó Lucas—. Sabes que esto está mal. Prometimos no volver a implicarla.

—Sabes que fui el primero en proponerlo. Pero hay algo que no sabéis de ella.

—Sorpréndenos... —parecía que el chico no iba a desistir en su indignación.

Dimitri me miró, transmitiendo una gran fuerza interior y, con gran confianza en sí mismo, se volvió a su grupo.

—Laila no solo es inteligente, sino que, además, ha vuelto más fuerte

que nunca. —¿A qué te refieres? —dijo extrañado el líder.

—Asombrosamente, algo le ha pasado en el transcurso de todo esto y ha desarrollado un don. Quizás no es como nosotros, pero nos puede ayudar, indudablemente.

Los tres se miraron desconcertados por sus palabras. El indio abandonó su actitud serena, arrinconado en la pared, para sorprenderse ante la información.

—¿Cómo...?

—¿A qué don te refieres? —preguntó Omar, curioso.

Dimitri me miró. Yo no estaba segura de todo eso y él lo sabía. Que aquella gente supiera mi secreto me incomodaba, pero si Dimitri estaba seguro de que aquello podía ayudar y, con ello, averiguar todo lo que ha pasado, estaba dispuesta a arriesgarme. Sin embargo, eso no impedía mi nerviosismo y un extraño temblor en mis manos. Dimitri me agarró con fuerza una de ellas, como si hubiera detectado mi inseguridad. Su contacto con mi piel me produjo un hormigueo que recorrió todo el brazo hasta llegar a mi pecho.

—Laila puede ver el futuro —los ojos de los demás se abrieron como platos, asombrados—. Puede ayudarnos a adelantarnos a sus sistemas de defensa. Quizás a entrar en sus instalaciones y evitar lo que está a punto de llegar —con cada palabra que decía sonaba más emocionado. —¿Cómo es posible? —preguntó Omar.

—No lo sé, pero es la mejor noticia que hemos tenido en todo este tiempo. Ya os dije que yo era el primero en no querer volver a implicarla, pero esto lo ha cambiado todo.

—Está claro... —le dio la razón Lucas.

Los chicos no paraban de mirarme, como si con ello pudieran averiguar la razón por la que me había convertido en un bicho raro.

—¿Y qué hay de su memoria? —preguntó Omar.

¿Por qué hablaban como si yo no estuviera aquí? Podían preguntármelo personalmente. Me sentía más envalentonada ahora que Dimitri agarraba mi mano, aunque, de alguna forma, me hacía sentir más cómoda que él hablara

por mí y discutiera con ellos. No había tenido muy buena relación y, ahora, querer hablar de forma amistosa no me resultaría natural.

Dimitri negó con la cabeza. —No recuerda nada. —Bueno, eso no nos viene de nuevo —comentó Omar—. Cuando despertó y nos miró por primera vez me sorprendió que no nos reconociera. La única explicación lógica era que había perdido su memoria.

—Perdonad —llamó la atención Lucas y, con timidez, prosiguió—, eso fue culpa mía.

—¿Cómo dices? —los chicos parecían extrañados y sorprendidos.

Aquello ya había tomado otro rumbo; un rumbo que me interesaba mucho más.

—Bueno, vosotros dijisteis que no queríais volverla a poner en peligro si despertaba. ¿Qué creíais que iba a hacer ella?

Es imposible, no hay medios ni modo. No tenía sentido. ¿Cómo podía ser Lucas el culpable de no poder recordarlos?

—¿Te has dado cuenta de lo que has podido hacer? —dijo cabreado Omar—. ¡Le has podido borrar el último día! ¡Nuestra única pista!

—¡No! Fui muy cuidadoso —se excusó Lucas—. Estoy seguro de ello... Ya sabéis cómo funciona eso... —sus ojos suplicaban comprensión de los demás.

Parecía que los chicos lo entendían, aunque les fastidiara la noticia. ¡Pero yo no! ¿Cómo alguien podía borrar unos fragmentos de memoria concretos? Era imposible. Aquello no tenía ni pies ni cabeza, y me estaban poniendo los nervios de punta.

—Esperad, ¿alguien puede explicarme todo esto? —mi tono de voz sonó más alterado de lo que me hubiera gustado—. No entiendo absolutamente nada. ¿Lucas me borró la memoria? ¿Cómo? ¿De qué va todo esto? —Es una larga historia —dijo Omar.

—He venido para que me contéis esas historias. Quiero saber qué ocurre —mi paciencia se había agotado y estaba cansada de tanto secretismo.

A ka'wi se cruzó de brazos y volvió a su forma impassible a los ojos de los demás. Apoyándose contra la pared, se guardó los pensamientos para él.

—Esa historia es irrelevante —contestó Omar—. Lo que sí podemos

decirte es que tu secreto estará a salvo con nosotros y que intentaremos hacer que recuperes la memoria. No necesitas saber cómo.

Aquello me dejó intrigada, pero a la vez furiosa: ¿cómo que no necesitaba saber cómo? ¿Por qué tanto secretismo? Solté la mano de Dimitri, mis manos volvían a sudar.

—No queremos exhibirte más de lo que estás —dijo Dimitri—. Es mejor que sepas lo justo.

—Vale, entonces explicadme qué me pasó el día que me dispararon. ¿En qué estaba metida? ¿O eso tampoco podéis decírmelo? —les dije provocativa. —Mejor di: «¿en qué estábamos metidos?» —dijo A ka'wi, abandonando su postura pasiva.

—Será mejor que te sientes —me ofreció Omar un puesto en la mesa.

—No, gracias. Estoy bien así —con lo molesta que estaba mi cuerpo no podría estar ni dos minutos sentada.

—Por favor... —insistió.

Miré a los demás y sus ojos expresaban total seriedad. Parecía que aquello, fuera lo que fuese que Omar me iba a contar, era prometedor, así que finalmente accedí y me acomodé a su lado.

—Hace tiempo fuimos conscientes de unos hechos que, por tu seguridad, será mejor que no conozcas —prosiguió el líder—. Supimos de la existencia de una base militar situada bajo tierra cuyo único objetivo era proporcionar protección a una organización que hacía experimentos bastante... —intentaba buscar la palabra más acertada— ...inhumanos. Utilizan maquinaria muy agresiva que provoca un sufrimiento al corazón del planeta. Esta máquina va enganchada a un conducto con una profundidad de un kilómetro hacia el interior. La vibración que desprende cada vez que se usa altera por completo los ritmos circadianos. La última novedad que tenemos es que la entrada podría estar cerca de aquí y creemos que tú la descubriste, eso o algo bastante importante.

—¿Yo? —no me lo podía creer—. Si lo supiera lo sabría.

—No necesariamente. El día que lo descubriste te dispararon.

Un escalofrío me recorrió toda la espina dorsal y mi mente empezó a ponerse en todo lo peor.

—Esta gente... ¿sabe que estoy viva?

—Sin duda —dijo A ka'wi—. Algo así no se les escaparía, y lo más seguro es que te estén vigilando para saber si recuperas la memoria.

—Entonces saben que estoy aquí, con vosotros, volviendo a planear algo, ¡y de nuevo querrán matarme!

El corazón empezó a bombearme más deprisa de lo normal y la respiración se me aceleró. Me faltaba el aire.

—Oye, tranquila —Dimitri me cogió de los brazos—. No te pasará nada, ahora nosotros estamos contigo. —¿En serio? —dije desafiante—. ¿Cómo? ¿Como el día que me dispararon? ¿Dónde estabais ese día?

Dimitri me soltó, como si se sintiera culpable.

—No podéis protegerme...

—No —dijo Lucas—. Pero lo intentamos, de la misma forma que intentamos salvar a este puto planeta —completó con rabia, como si estar metido en todo esto no fuera una opción, sino una obligación.

—Lucas... —le llamó la atención Omar—. Laila, si no paramos a esa gente, no solo dejaremos de protegerte a ti, sino también al resto de las personas. Si lo que dice Dimitri sobre ti es cierto, ya habrás visto cosas, cosas malas —mi silencio le daba la razón—. Tenemos que averiguar qué descubriste aquel día. Te encontraron en el parque, pero pensamos que alguien pudo desplazarte hasta allí para despistarnos, así que es sumamente importante que no confíes en nadie. Cualquiera podría formar parte de ellos.

¿En el parque? Aquel dato me cogió desprevenida. ¿Qué tendrá ese lugar que siempre acabo allí? Todo aquello parecía sacado de alguna película de ficción. Costaba creer, pero no podía negar que muchas cosas encajaban.

Mis visiones enfocaban a esa organización como culpables directos de las catástrofes, y había que averiguar qué pasó aquel día en el que descubrí algo importante.

—¿Has visto algo en estos días que crees que podría ayudarnos? —prosiguió Omar.

Miré a Dimitri y luego al resto. ¿Algo como qué? Si hasta ahora no había sido consciente de lo que pasaba, no podría haberme percatado de nada,

a no ser que se refirieran a mis visiones y, aparte de haber visto catástrofes, no había nada relevante.

—¿A qué te refieres?

—A tu don.

—No... nada sobre esa organización.

Había algo en todo aquello que no me cuadraba: ¿qué tenían ellos que ver en todo esto? Seguía sin saber quiénes eran, ¿y cómo podía ser que unos chicos de veinte años estuvieran metidos en ese tipo de líos? ¿De dónde habían salido y cómo había llegado a meterme en esto? No serán jóvenes aprendices de agente secreto... ¿no? Me los quedé mirando y, por sus apariencias, no tenían pinta de serlo. Además, iban a mi centro de estudios y se comportaban como críos muchas veces. Imposible.

Algo me dijo que las respuestas a todas estas preguntas no se me iban a contestar, pues, tal y como me había dicho desde un inicio Omar, había una larga historia detrás de todo esto. En realidad, aquello era lo que más carecía de importancia, pues lo que verdaderamente afectaba era parar a aquella organización y ponerle fin, tanto a los experimentos inhumanos que estuvieran realizando como a mis visiones.

No había nada más que indagar por el momento, tan solo quería que cumplieran con lo que me habían prometido: protegerme. Y ya no solo a mí, pues también sufría por mi familia. Estaba de acuerdo con que, hiciera lo que hiciera, mi vida corría peligro, pero no quería que por culpa de mis actos mi familia acabara padeciendo las consecuencias. Tan solo quería que todos estuvieran a salvo. ¿Era mucho pedir?

Aquella noche me costó conciliar el sueño. Demasiadas cosas que pensar, demasiadas cosas que averiguar... Pero, sobre todo, demasiadas vidas que salvar. Estaba claro que tenía que evitar esos terremotos y esos tsunamis que a tanta gente se podían llevar. Así que, dejando de lado todas las cuestiones sin resolver, había una que aparecía en mi mente bien grande y en negrita:

¿cómo evitarlo?

Las palabras de la profesora Ramírez, de Comunicación audiovisual, se esfumaban como el viento sin poder retener el significado que conllevaban. Desde que la clase empezó a las 08:00h, mi mente había abandonado el lugar, adentrándose de nuevo en la realidad que ahora me rodeaba. Si era todo cierto, el mundo se acabaría en un par de días, semanas o, como mucho, en meses. Mi futuro, mis sueños, los propósitos que tenía en la vida... no quedaría nada. Entonces, todo lo que conocíamos se extinguiría.

Estar allí, sentada en la clase, haciendo ver que hacía vida normal cuando en realidad todo mi mundo había cambiado, me parecía una pérdida de tiempo. Pero también era verdad que, si esa gente nos vigilaba, teníamos que hacer como si no pasara nada y no tuviéramos intenciones de realizar ningún plan. Por si no fuera difícil ya averiguar la entrada de esa ratonera y evitar de alguna forma las consecuencias de sus experimentos, también teníamos que ir con pies de plomo, vigilando nuestras espaldas y ser sumamente sigilosos. Aquello parecía un tema de espionaje y ni yo misma me creía que todo aquello estuviera pasando, pero mis visiones no mentían y, por desgracia, coincidían con la historia de esos chicos.

—¿Qué te ocurre? Parece que hoy estás en las nubes... —dijo Ana.

Todos los alumnos de la sala ya recogían las cosas, dispuestos a asistir a la siguiente clase, que tendría lugar en el aula de al lado. Había ignorado por completo el timbre y me quedé rezagada ante los demás.

—¿Ya es la hora?

—Pues sí... ¿Estás bien?

Me levanté enseguida e introduje lo más rápido posible los materiales dentro de la mochila.

—Es que esta noche no he dormido muy bien, ¿sabes?

—¿Y eso? ¿Alguna pesadilla?

No podía explicarle lo ocurrido, por mucha confianza que nos tuviéramos. Era algo que tenía que quedar entre el grupo de Omar y yo si no quería perder la cordura, al menos ante los ojos de los demás.

—Sí...

—Dicen que si lo cuentas en voz alta no se cumple.

Coloqué el bolígrafo y el lápiz en el interior del estuche mientras sonreía agradecida por sus buenas intenciones.

—Sí, eso dicen. La pena es que no logro acordarme de qué trataba —Ana puso cara de decepción—. Mi memoria ya no es como la de antes —había sonado a vejez y solté unas risas que la tranquilizaron, ocultándole mis verdaderos sentimientos.

Ambas nos colocamos las mochilas y nos dispusimos a cruzar el aula. —Si quieres, después te puedo llevar a casa. Así me paso ya por la farmacia. —Como quieras. Por cierto, ¿le gustó a tu padre el reloj?

—¡Sí! Le encantó. Por un momento llegué a pensar que se iba a casar con él, si fuera posible aprobar esa relación, claro —y sonrió divertida por su comentario—. Gracias a ti pude ver su cara emocionada, casi tiene la colección acabada. Aunque le importó bien poco la historia del reloj... Estos hombres llegan a ser tan poco románticos...

—Eso sí que se ha olvidado.

—Bueno, tengamos la esperanza de que pueda haber alguno extraviado...

Nuestras risas resonaron en aquella aula ya vacía, y nos dirigimos a la clase contigua.

Las siguientes asignaturas fueron algo más eficientes que la primera. Aunque hubo algunos momentos en que mis ojos no podían evitar desviarse hacia los chicos: Dimitri, que, sentado en aquella esquina, estaba oculto ante los rostros de sus compañeros mientras escuchaba al profesor sin coger ni un solo apunte; A ka'wi, por el contrario, no paraba de anotar. Por su parte, Lucas estaba jugueteando con su bolígrafo e inmerso en sus pensamientos, y Omar, por el hecho de tener la responsabilidad de su equipo, parecía ser el que tenía la cabeza más sentada de todos ellos, aunque tuviera puntos de flaqueza.

Ana y yo salimos por la puerta principal una vez finalizadas todas las clases cuando una voz aterciopelada surgió a mis espaldas y me erizó el vello. Al volverme, un bocado envuelto en papel aluminio chocó contra mi

pecho y logré cogerlo antes de que cayera al suelo. Dimitri me había estado esperando en la salida, apoyado contra la pared de manera chulesca. —Ana, ¿te importaría que hoy llevara a Laila a su casa? Tenemos que hablar.

En un principio, mi amiga no parecía saber qué contestar y me miró para averiguar lo que debía hacer. Después de que ellos me dejaran de lado inexplicablemente luego de mi coma, le hacía dudar de sus intenciones, algo que consideraba lógico si desconocía los nuevos acontecimientos que nos unían.

—Tranquila, estaré bien.

—¿Seguro?

Asentí con la cabeza y se me acercó a la mejilla con intenciones de darme un beso de despedida.

—Te acabo de poner un espray de pimienta en la mochila

—me susurró, me dio el beso y se apartó—. Bueno, llámame luego.

Me sorprendió su lado protector y desconfiado hacia Dimitri, aunque él ignoraba lo que acababa de ocurrir pues, ante sus ojos, Ana tan solo me había besado en la mejilla. Vi cómo descendía la calle, decidida, para ir junto a su coche aparcado en la acera contraria.

—Será mejor que avises a tu madre. Hoy comerás fuera —y él también se dirigió a su coche.

Miré el bocado que todavía sujetaba entre mis manos y empecé a comprender.

Aunque a mi madre no le gustó la idea, tuvo que acceder a ello si no quería pretender tenerme siempre encerrada en casa. El miedo que ambas teníamos (curiosamente ella más que yo) a la calle y al tirador, que todavía seguía libremente merodeando las calles de Ejea, era demasiado grande como para hacer la vista gorda, pero al decirle que no iba a estar sola parecía que su temor disminuía, a pesar de seguir latente en su corazón. —Me cae bien —dijo Dimitri mientras conducía por la avenida de la Constitución en dirección al parque.

—¿Quién?

—Tu amiga. Es buena chica.

—Sí que lo es.

—El hecho de que dude de mí hasta tal punto de meterte un spray defensor en la mochila demuestra lo que te quiere. Tienes suerte.

—¿Lo viste? —dije sorprendida. —Soy muy buen observador... —Solo quiere protegerme.

—Hace bien —me miró de manera tierna y su sonrisa fue sincera.

Solo con ese gesto me subieron los calores a las mejillas. Me impresionaba el efecto que este chico causaba en mí con una simple mirada...

Mis ojos cerrados percibían con más intensidad cómo el aire acariciaba mis mejillas mientras se introducían por los orificios de mis oídos, produciendo un ligero cosquilleo en el vello interno; parecía que me estuvieran susurrando. Captaba el movimiento de las hojas que luchaban por no caer de las ramas, a los pájaros revolotear por la zona y a las pequeñas crías de aves llamando a sus madres, hambrientas en sus nidos. El olor a hierba fresca y el polen de las flores salvajes hacían una mezcla en el ambiente que resultaba reconfortante y saludable para los pulmones. Me rodeaba una gran paz y tranquilidad.

Sin embargo, entre todo aquello también escuchaba un corazón palpar que no era el mío, una respiración que no correspondía con la mía y un olor diferente al de la naturaleza, pero igual o más atrayente que ella. La simple presencia de Dimitri hacía que mi concentración flaqueara. Se sentaba en el césped cómodamente apoyado en el tronco de un árbol situado frente a mí mientras que yo, en una pose incómoda pero que, según él, efectiva para el proceso de una buena concentración, estaba junto a un álamo blanco, al otro lado del río. Las piernas cruzadas se me dormían y mi espalda se cargaba de tensión. A pesar de conseguir agudizar todos mis sentidos, su simple presencia hacía que mi incomodidad aumentase considerablemente. Además, el bocadillo lo tenía atragantado, apenas había tenido un respiro desde que

llegamos. Por suerte no había gente merodeando por la zona, con lo cual mi única distracción era Dimitri.

—Lo siento, no puedo hacerlo.

—¿Pero qué dices? Claro que puedes. Vuelve a intentarlo. —¿Pero cómo pretendes que tenga una visión de ese lugar si ni siquiera tengo ninguna referencia sobre ellos? Tendría que tener una tela, una foto, algo que me una con esa gente.

Dimitri se puso en pie y yo le seguí con la mirada. Parecía estar pensando en alguna solución. Estaba claro que lo que me pedía era muy difícil y, por mucho que me concentrara, en el caso de conseguir tener una visión, podría ser de cualquier cosa si no tenía una guía. Quedaba claro que no era una experta en mi don, tan solo hacía unas semanas que lo tenía, pero había aprendido mucho sobre él y no funcionaba así.

—Está bien. Úsame a mí.

—¿Perdona?

—Yo sé quiénes son, he estado allí.

—¿Cómo que has estado allí? —me miró intentando explicármelo, pero sus palabras no salían—. Es una larga historia, ¿verdad?

Se acercó y se sentó junto a mí, extendiéndome sus manos.

—¿Crees que sería suficiente?

Suspiré y contemplé sus manos, relajadas y dispuestas a ofrecermé más información. ¿Funcionaría? Hasta ahora su contacto no me había producido visiones.

—Está bien, probaremos. Pero he de confesarte que, con las veces que te he tocado, no he podido ver nunca nada. Dimitri sonrió.

—Será que yo no te lo he permitido. Me hizo reír.

—Fanfarrón —respiré hondo—. Está bien... vamos allá.

Aclaré mi garganta, relajé los hombros, accedí al contacto de las manos de Dimitri y cerré los ojos para mayor concentración.

El aire puro se introdujo en mis orificios produciendo un ligero cosquilleo en mi interior. Mis pulmones dieron de nuevo la bienvenida de aquel aroma a hierba fresca y a flores silvestres, y lo volví a sacar conteniendo una salida demasiado violenta. Volví a inspirar inundando mi

cuerpo de más de aquel aroma, y lo volví a soltar con ligereza y precaución. Inspiré. Expiré. Mi cuerpo se iba relajando a medida que iba controlando mi respiración y mis oídos intentaban alejarse de los sonidos ajenos. Poco a poco, los débiles rayos de luz que mis ojos percibían al estar cerrados iban menguando, sucumbiendo a una oscuridad mayor.

La sensación de pesadez corporal desaparecía a cada segundo que pasaba, empezando a notar una extraña ligereza en él; una sensación de estar flotando en aquel espacio vacío. Los cánticos de las aves iban desvaneciéndose, ahogadas por la oscuridad, que cada vez se hacía más pronunciada. El olor que desprendía la naturaleza iba perdiendo su sabor a fresca, convirtiéndose en un ambiente sin vida alguna.

Un haz de luz me asustó, pero seguí con la concentración. De nuevo otro haz de luz acompañada de unas imágenes: una camilla en movimiento, pero se desvaneció.

De nuevo la misma imagen. Parecíamos correr por algún pasillo de paredes blancas. Volvió a desvanecerse.

El rostro de una mujer de bata blanca gritando a la camilla mientras corría junto a ella. Oscuro.

El pitido de una máquina. Oscuro.

Yo... no me sentía yo. Estaba tumbada en aquella camilla que movían con tanta rapidez. Me miré el pecho y tenía enganchado varios cables. Era un hombre... No tenía pelos en el pecho, podría ser un adolescente. Oscuro.

Seguíamos corriendo en la camilla. La mujer me gritaba mientras nos movíamos con rapidez. Oscuro.

Luz. Seguía en la camilla, pero el espacio había cambiado. Habíamos dejado de correr y me rodeaban aparatos y enfermeros. Una enfermera se aproximó para poder inyectarme algo. Sentía miedo y aturdimiento. Sentía que, si no era en ese momento, no podría volver a intentarlo. Cuando la enfermera estuvo lo bastante cerca, reuní todas las fuerzas que me quedaban despiertas y la empujé, provocando su caída encima de la mesa de herramientas de operaciones; salté de la camilla y me quité los cables del pecho.

La imagen volvió a desvanecerse.

Luz. Corriendo por un pasillo. Me deslumbraban los fluorescentes blanquecinos. Notaba la ansiedad del joven y su desesperación por escapar. Iba descalzo y resbalaba de vez en cuando en aquel suelo frío.

Oscuro.

Cuando noté que el césped se había convertido en un suelo más endurecido y helado, abrí los ojos para observar el lugar, aunque, por un instante, dudé de que así lo hubiera hecho. Tenerlos cerrados o no, no cambiaba nada mi entorno. Una oscuridad abismal seguía envolviéndome por todos lados. Me levanté cuidadosamente, asegurando mis pies en una superficie que se camuflaba con el espacio. No entendía cómo había podido llegar allí, aunque deducía que estaba en un lugar intermedio entre aquel álamo blanco y lo desconocido. La ausencia de sonido era tan profunda que mis músculos se pusieron tensos, llegando a tal punto de sentir una verdadera claustrofobia, a pesar de estar convencida de que no había paredes que limitasen el lugar.

Por mucho que observara mis alrededores, no conseguía distinguir nada que pudiera guiarme hacia un punto en concreto. No entendía por qué mis poderes me habían traído a un sitio tan escalofriante y solitario. Hacía un momento era un joven escapando de algún lugar... ¿y ahora?

Al ambiente silencioso lo interrumpió lo que parecía ser la caída de una gota de agua al precipitarse en alguna superficie encharcada, lo cual producía un eco que perdía intensidad a medida que se alejaba, expandiéndose por todo el espacio. Una segunda gota volvió a causar el mismo efecto y así empezó a ocurrir repetidamente. Capté su procedencia y, por primera vez, di un paso hacia alguna dirección. Me percaté de que ni siquiera mis movimientos producían algún sonido en aquel lugar sombrío, tan solo aquellas gotas de agua interrumpían brevemente la incomodidad de estar allí. Ellas eran mi punto de referencia, mi guía hacia algún destino sin saber a ciencia cierta si era de confianza.

A pocos metros apareció, como si acabase de traspasar una niebla muy espesa, una puerta de madera. Las gotas de agua procedían de su interior, así que continué hasta llegar a su altura. Me la quedé observando unos instantes, desconfiada. Por la sencillez con la que había sido tallada y la ausencia de

decoraciones, deduje que su apariencia era simbólica y que tan solo me conduciría a la salida de aquel angustioso lugar. Posé mi mano en su pomo redondo y bien pulido cuando las gotas cesaron. Aquello me hizo dudar de mi decisión, pero sabía que no era el momento de echarse atrás. Abrí cuidadosamente hacia el interior cuando una luz cegadora surgió de su interior, tiñéndolo todo a su paso de una blancura deslumbrante. Parecía como si algún coche hubiese puesto las luces largas en mitad de una noche cerrada, produciéndome un enorme dolor en los ojos.

Intenté esforzarme por acomodar la vista al nuevo espacio. Al principio no conseguía distinguir nada, hasta que una figura muy borrosa se dibujó no muy lejos de mí. En aquel momento deseé saludar para llamar su atención y así averiguar quién se ocultaba bajo aquella fachada, pero el temor de que pudiera ser alguien peligroso me retuvo. Puesto que no se movía del lugar y no conseguía ver si estaba de frente o, por el contrario, ignorando mi presencia allí, empecé a introducir un pie.

Antes de que pudiera apoyarlo en aquella superficie camuflada por la luz deslumbradora, el espacio se desvaneció en cuestión de segundos y apareció en su lugar el parque central de Ejea. Aunque el panorama había cambiado el árbol que había en frente de mí por el del río, me asombré al encontrarme con un pie suspendido en el aire, sobrevolando el agua. La mano de Dimitri me sujetaba del brazo y me empujó hacia él, salvándome de una peligrosa caída.

—¿Estás bien? —parecía asustado.

—Qué... ¿qué ha pasado? —me encontraba aturdida.

—Has estado a punto de caerte al río.

—¿Y cómo he llegado hasta ahí?

En ese momento me di cuenta de que seguía en sus brazos, mis ojos se posaron en sus labios húmedos y mi corazón empezó a latir con fuerza. Estaba claro que él era mi única distracción...

Me alejé de él discretamente para apartar mis pensamientos más profundos y así evitar que él pudiera descubrir mis verdaderos sentimientos. Aunque me fue imposible impedir que mis mejillas se acaloraran de tal forma que llegaran a convertirse en dos tomates.

—Estabas en trance... ¿Qué has visto?

—No estoy segura. —A veces las visiones pueden confundir. ¿No hubo nada que te llamara la atención?

—Vi fragmentos. No sabría decirte dónde estaba ni quién era. Solo sé que era un joven que iba en una camilla y que intenté escapar —él me escuchaba con atención—. Puede que fuera un hospital... no sé si tiene relación. Luego todo se puso oscuro. Había alguien allí pero no he estado el tiempo suficiente como para averiguar quién era.

—¿Nada más?

Parecía que había estado esperando más de mí. —No... ¿Hay algo de todo esto que te diga algo? —No soy yo quien debe contestar a esa pregunta, ¿no crees? Más de la mitad de las visiones no son tan esclarecedoras como nos gustaría que fueran. A veces tienes que indagar en las sensaciones, en las emociones, en lo que te rodea... Tienes que estar atenta a todo, no esperes que las cosas se te aclaren a la primera.

—Para no ser tú quien las tiene, sabes mucho sobre ellas. Visualicé una breve tensión en su cuerpo.

—Siempre me interesaron temas paranormales. Mi mandíbula se desencajó de sorpresa.

—¿Paranormales? —me acerqué a él y empecé a empujarle de manera juguetona mientras él me esquivaba—. Así que yo para ti soy paranormal, ¿eh? —Bueno, reconoce que muy normal no eres —me dijo con una sonrisa provocativa.

—Ah, así que para ti soy paranormal y anormal —volví a darle un par de empujones entre risas y él volvió a esquivarlas.

—¿Por qué te pones así? ¿Será que no es cierto...?

—¡No!

Empezamos una guerra de empujones y rechazos, entre risas y provocaciones. Era la primera vez en semanas que me reía de verdad y sentía que mi mente se liberaba. El nerviosismo que había pasado salía con cada carcajada hasta que Dimitri me agarró del estómago y me empujó contra el tronco del árbol, acorralándome. Intenté empujarlo y alejarlo de mí, pero él me agarró de las muñecas y me las colocó por encima de la cabeza para que no pudiera moverlas. Aquello me cogió por sorpresa y me bloqueó.

Nuestras miradas se cruzaron y las risas empezaron a menguar. Su proximidad era intimidante y mi corazón empezó a latir con fuerza, bombeando desbocado dentro de mi pecho. La adrenalina de tenerlo tan cerca me hizo un nudo en el estómago y unos cosquilleos me recorrieron todo el cuerpo. Reconocía que Dimitri me atraía... y mucho. Me confesó que habíamos tenido algo, pero que yo no lo recordaba. También me confesó que le estaba siendo duro verme y no poder besarme, pero yo, a pesar de sentir lo que sentía, no sabía muchas cosas de él. Mientras hubiera secretos no podía dejarme llevar, y deducía que podían ser bastante importantes.

Dimitri apoyó su frente contra la mía mientras cerraba los ojos, soltó el aire comprimido y dejó que bajara los brazos. Parecía que había leído en mi mirada la inseguridad y había abortado el intento.

—No sabes lo difícil que está resultando esto para mí.

—Lo sé... Lo siento...

—Tú me conoces mejor que nadie... Por favor, recuérdalo.

—Lo intento...

Y realmente lo intentaba, pero había una gran laguna que no daba indicios de desaparecer. Verle así me afectó, pues me demostró que realmente estaba sufriendo por no poder tocarme. Ante todo me respetaba y estaba dispuesto a esperar lo que hiciera falta.

Después de aquello, me hizo retomar la concentración para continuar con el trance. Entendía que no había tiempo que perder si queríamos averiguar el paradero de aquella gente, pero estaba demasiado cansada para seguir. Además, con solo pensar que podía aparecer en el mismo lugar escalofriante de antes, mi mente se echaba hacia atrás cada vez que presentía un pequeño impulso de videncia. No estaba preparada.

El móvil sonó de improviso e hizo que me sobresaltara por el cambio tan brusco que creó en el ambiente. Incluso los pájaros acallaron sus cánticos para echarse a volar asustados. —*Hola, cariño.*

—Hola mamá...

«Tan oportuna como siempre», pensé.

—¿Qué haces?

—Estoy en el parque con un amigo. Creí que ya te lo había dicho...

—Sí, sí. *Es verdad* —parecía nerviosa—. *Tan solo quería saber si estabas bien.*

—No te preocupes. Estoy bien —pero su voz había sonado temerosa—
¿Ocurre algo?

—No, no... *No llegues muy tarde. Pronto anochecerá y sabes que no me gusta que estés por ahí a altas horas...*

—Sí... —entendía su control sobre mí, pero su comportamiento a veces llegaba a agobiar—. Dimitri es un buen chico y me acompañará hasta casa. Después nos vemos, ¿vale? —*De acuerdo. Ten mucho cuidado. Te quiero.*

—Y yo a ti. Un beso.

Colgué y volví a introducir el móvil en mi bolsillo. —No te quejes por la protección que te da tu madre —dijo Dimitri.

—Pero si no lo hago. Comprendo perfectamente por lo que está pasando —respondí con los ojos cerrados, intentando evadir aquella conversación y atenerme a lo que me correspondía en aquel momento.

—Pero no por ello dejas de pensar en lo agobiante que te resulta toda la situación.

—Dimitri... no me gusta que espíen mis pensamientos, así que haz el favor de evitar hacer comentarios como ese. Mi cabeza es una zona privada.

—Tu cabeza puede ser privada, pero tu cuerpo habla por ti.

A veces su capacidad de observación sobrepasaba los límites de la intimidad.

Pasó una hora cuando desistí de mis intentos, que fueron fallando uno detrás de otro. Por desgracia no había conseguido nada más, a pesar de los consejos que Dimitri me proporcionaba.

—Laila...

Su voz sonó dulce y atractiva en mitad de un silencio en el que me había sumido. Abrí los ojos y reparé en su mano extendida hacia mí.

—Venga, vamos a dar un paseo —su propuesta fue tentadora, pero a la vez extraña.

—Pensaba que no había tiempo que perder...

—Lo perderemos si sigues así de colapsada.

Correspondí a su gesto, me agarró con fuerza y me ayudó a levantarme

de aquel suelo que empezaba a humedecerse. Me sacudí el pompis para quitar los pocos restos de tierra y hierba que podría haber en las ropas, y estuvimos paseando por la orilla del río, observando el paisaje.

—Siento ser tan insistente a veces.

—No pasa nada. Lo entiendo —Dimitri sonrió—. ¿Qué te hace gracia?

—Eres muy comprensiva.

—¿Ah, sí?

—Entiendes a tu madre, a tus amigos y ahora a un extraño. Aquello me hizo gracia y solté unas pequeñas risas.

—Bueno, tú ya no eres tan extraño... —¿Ah, no? —cruzamos miradas de complicidad—. Se está haciendo tarde. Será mejor que te lleve a casa.

Un coche de policía, aparcado delante de la puerta de casa, me encogió el corazón, sucumbiendo al terror y al miedo de lo que podría haber hecho llevar a aquellos agentes a asistir a mi casa.

—Mamá...

Abrí la puerta del coche y salí corriendo hacia el portal en cuanto Dimitri paró. Revolví la mochila, desesperada por encontrar las llaves de casa, sin éxito. Golpeé la puerta con ímpetu y reanudé la búsqueda. Escuché un tintineo al fondo y palpé por la zona hasta que el frío acero llegó a las yemas de los dedos. Las cogí, arrancándolas del final, pero antes de introducirlas en el lugar preciso, la puerta se abrió, dejándome ver a un joven uniformado y armado. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y, sin atender a lo que su autoridad importaba, le empujé hacia el interior y llamé a mi madre desesperada.

Lucky, casi recuperado de sus heridas, se interpuso en la entrada de la cocina, impidiéndome el paso.

—Lucky, ¡ahora no! ¡Sal de aquí!

—Cariño.

Su voz, que procedía del comedor, produjo un ligero calor en mi pecho, aliviando un poco la sensación de gravedad en el asunto. Me dirigí con urgencia hacia su procedencia para poder comprobar que no había sido causado por el miedo.

Me la encontré acomodada en el sofá junto con un policía de mediana

edad. No sabía qué estaba ocurriendo, pero al parecer no había pasado nada alarmante como para que aquellos dos señores interrumpiesen en el hogar. Me acerqué a ella y me acuclillé para estar a su altura.

—¿Estás bien?

—Sí, hija. No pasa nada —me besó en la mejilla.

El policía que estaba junto a ella se incorporó y me extendió la mano.

—Laila, soy el señor Barney, de la comisaría —correspondí a su saludo—. Y él es el señor Núñez. Sentimos haberla asustado, no era nuestra intención.

El señor Barney parecía ser un hombre de mediana edad. El inicio de la caída de cabello provocándole unas pequeñas entradas en la frente, y sus bolsas y ojeras de debajo de los ojos, hacían que aparentara un cansancio, posiblemente crónico. Apostaría que el color de su pelo había estado cubierto de canas antes de teñírselo de negro, rejuveneciéndolo diez años; eso quería decir que, a pesar de todo, era alguien que cuidaba mínimamente su aspecto.

El joven, todavía de pie junto a la entrada del comedor, observaba la escena con las manos apoyadas en el cinturón donde la porra y la pistola llamaban la atención de cualquier ojo inocente. Ambos rostros me sonaban de haberlos visto en otra ocasión, pero no conseguía recordar dónde.

—Hija, estos señores estuvieron en el hospital para tomarte declaración de lo ocurrido, ¿te acuerdas?

Claro... el hospital. Habían pasado tantas cosas desde mi estancia allí que apenas me acordaba de ellos.

—Sí... Ahora que lo dices, sí.

—Hemos estado haciendo nuestras investigaciones, pero no nos han llevado a muy buen puerto sin su ayuda —continuó el comisario—. Tomamos declaraciones de algunas personas que estuvieron por los alrededores, pero no recuerdan haber visto nada. ¿Ha recordado algo sobre lo ocurrido? Cualquier cosa nos puede servir de gran ayuda en estos momentos.

En mi mente se dibujaron los rostros de Omar y los demás pues, de la misma forma que no recordaba el último día, tampoco lo hacía con la amistad que tuve con ellos. Aquello me hizo observar la ausencia de Dimitri, que había ignorado la presencia de la policía en mi casa y se había marchado

como si nada hubiese ocurrido. Quizá esperó fuera para no dar una reacción equivocada. Fuera cual fuese la excusa, su comportamiento me seguía resultando algo extraño.

—Si han hecho bien sus averiguaciones, deben de saber que no recuerdo nada acerca del último día. ¿Ha dicho que interrogaron a gente que estuvo cerca?

—Sí, así es.

—¿Dónde ocurrió?

—En el parque, al otro lado del río.

—¿Y alguien vio algo? —preguntó mi madre.

—Por desgracia, no. ¿Se acuerda por qué estaba allí? —continuó el señor Barney.

—Desde que estoy aquí suelo ir a ese parque. Si había ido por alguna razón en concreto, no lo recuerdo.

—Puede que hubiera quedado con alguien allí —concluyó el agente Núñez. —Ya le he dicho que no lo sé.

—Quizá le sea desagradable que le hagamos esta pregunta, pero tampoco podemos descartarla... ¿Estaba metida en algún asunto turbio?

—¿Cómo? —mi madre se exaltó—. ¿A qué se refiere con lo de «turbio»? ¿Adónde intenta llegar con eso?

Aquella pregunta me hizo saltar la alarma. ¿A qué venía esa pregunta? ¿Sabían algo que no decían? ¿O acaso eran agentes de los que no me podía fiar? Fuera como fuese, aquel interrogatorio me estaba activando la precaución y, tal y como me advirtió Omar, no podía confiar en nadie.

—Que yo recuerde, no estaba metida en nada —contesté eligiendo bien las palabras. —Que usted recuerde... —analizó la frase—. De acuerdo. De todas formas, no dude en llamarnos si logra recordar algo. Cuanto antes lo consiga, más pronto lograremos meter a esa persona entre rejas.

—Claro —contestó mi madre por mí—. Eso es lo que queremos.

—Pues no les entretengo más.

Mi madre los acompañó a la puerta, algo molesta. —Hacen su trabajo —dije, intentando tranquilizarla—. Es normal que quieran descartarlo todo.

—Pues, mientras ellos van descartando, el asesino sigue suelto. No

duermo tranquila por las noches pensando en eso, y menos si siguen por ese camino —dijo mientras se dirigía a la cocina—. ¿Es que esto no va a acabar nunca?

Fui con ella para apoyarla cuando vi que se había puesto a fregar los platos que había en el fregadero, un acto que me hacía deducir su nerviosismo y preocupación.

—Mamá, tranquila. Ya verás cómo le cogen. La policía hará bien su trabajo y lo encerrarán.

—No sé cómo puedes estar tan entera. Si yo fuera tú estaría peor de lo que estoy ahora. Eres tan fuerte... —me miraba con admiración.

Tenía ganas de decirle que solo me hacía la fuerte y que, en realidad, estaba muerta de miedo, pero no quería que ella cargara con todo ese peso. Además, iba tras una pista, conocía a cuatro chicos que podrían ayudarme a desenredar todo este asunto, pero comentarle aquello la inquietaría más, ya que no dejaba de ponerme en peligro.

—Míranos. Tendría que ser yo la que te apoyara a ti y te tranquilizara. Decirte que todo va a salir bien —sus manos se detuvieron y sus ojos empezaron a humedecerse—. Soy una mala madre, ¿no?

—¡No! Para nada —le di un fuerte abrazo—. Tan solo estamos pasando por un momento duro. Es normal que estés inquieta. Te entiendo perfectamente.

—No... No supe cuidar de ti —y rompió a llorar—. No supe cuidar de ti...

—Mamá... claro que sí —la preocupación que le inundaba me llenaba de tristeza—. Si no fuera por ti no sería la persona que soy ahora. ¿Acaso pretendes ser una heroína a prueba de balas para estar protegiéndome continuamente?

—Si fuera posible... —Sí, claro —y salieron unas risas de las dos—. Venga, no llores más. Todo se arreglará.

La aparté lo suficiente como para verle los ojos rojos repletos de lágrimas.

—Una buena madre te alejaría de este sitio —se le iluminó la cara

cuando pronunció aquella frase—. Sí, exacto. Siempre queda la opción de irnos de aquí.

—¿Irnos adónde? Mamá, aquí tienes tu trabajo y a tu hermana Rosalía. Después de lo que te ha costado conseguir esto no voy a permitir que esa persona nos hunda.

—Lo que yo no voy a permitir es que tenga la posibilidad de volver a hacerte daño. No voy a ponerte en peligro una segunda vez. Así que, si es necesario cambiarse de sitio, lo haremos.

No podía permitir que mi madre tomara esa decisión tan a la ligera, estando en juego todo lo que había. La entendía perfectamente, pero ahora había algo más importante que mi propia vida. No podía irme de Ejea. Necesitaba una tregua.

—Mamá, espera al menos a que la policía se pueda mover con más facilidad. Dale tiempo. No tienen las cosas fáciles.

—Por eso mismo, Laila. Ese asesino probablemente no sepa que perdiste la memoria y puede estar buscándote. Podrías haberle visto la cara, ¿no lo entiendes? Mientras no recuperes la memoria, no sabremos qué pasó: si fue un accidente o algo premeditado, y si puede volver a por ti o no, dependiendo de lo que hubieses visto. Lo más seguro es que estuvieras en el lugar equivocado y en el momento equivocado. Si saben que sigues viva pueden volver a por ti...

Se empezó a secar las lágrimas con el papel de cocina. Tenía que convencerla de quedarnos. Era por el bien de todos. —Mamá, ha pasado... ¿cuánto tiempo? ¿Dos meses? Ejea no es tan grande. ¿Crees que si hubiera una mínima posibilidad de que me estuviera buscando hoy en día no me habría encontrado ya?

Estuvo unos segundos pensando en la decisión, pero si seguía por el mismo camino yo seguiría hasta quitarle la idea de la cabeza. Los chicos me necesitaban aquí.

—No lo sé... —parecía pensativa y confusa—. Les daremos una semana. Si la policía hasta entonces no ha encontrado ninguna pista, nos marchamos de aquí —dijo, y salió de la cocina abatida por la dura decisión que acababa de tomar.

Lo siento... Lo siento mucho, mamá... De momento tendrás que aguantar hasta que logre desenredarlo todo... Mientras, espero que la policía encuentre alguna pista que les conduzca hacia el asesino; si no, se puede poner todo muy feo. Siempre y cuando esa policía sea de fiar...

Los adoquines mojados hacían que, con cada paso que daba, fuera a consciencia para no resbalarme. La lluvia, que ya no me parecía tan fría, me había calado por todas partes y la capucha apenas me cubría de ella, pero sabía muy bien que no la tenía puesta por ese motivo, sino por ocultarme de esa gente.

A pesar de ser mediodía, el ambiente era gris oscuro, gótico; no entraban los rayos de luz a través de aquellas nubes tan tupidas y negras. Los relámpagos aclaraban las calles por décimas de segundo, haciendo del lugar algo más terrorífico. A pesar de ello, andaba decisiva por los adoquines, sin percatarme de los charcos ni del vaho que salía de mi boca, ni siquiera de lo desértica que estaban las calles.

Tenía que darme prisa o no llegaría a tiempo. Me saqué las manos de los bolsillos de mi sudadera y empecé a correr. Fui a cruzar la calle principal cuando un coche frenó ante mí, impidiéndome el paso. El corazón empezó a latirme con fuerza y la adrenalina se me disparó. ¡Me habían descubierto!

Di media vuelta y empecé a correr en dirección opuesta. No me paré a averiguar quiénes eran, ni si habían bajado del coche para ir detrás de mí; el vacío de la calle y el agua que se acumulaba en los adoquines me lo hicieron saber, pues sus pasos resonaban ante el eco de las calles y el chapoteo de sus pisadas me advertía de la persecución. El sonido de un disparo silenciado se produjo a mis espaldas, pasando la bala por mi lado y salpicando el material de la pared. Mi acto reflejo me hizo gritar mientras me protegía la cabeza con los brazos, pero el miedo no podía paralizarme, así que seguí corriendo ignorando ese hecho.

El siguiente disparo me hizo rebotar de la cama, despertándome sudorosa y con el corazón acelerado.

Algo picoteaba de manera muy continua la ventana oculta por las cortinas, lo cual hizo que me levantara de la cama y apartara aquella tela. Estaba oscuro y tan solo las luces de la calle alumbraban las aceras mojadas. Llovía a cántaros y no se veía a nadie pasear por la calle. ¿Qué hora era? ¿Todavía de madrugada?

Lo que había visto podría haber sido una pesadilla producida por mi subconsciente al escuchar la lluvia, o bien, en un día como este, iba a ocurrirme una desgracia. O quizás esa desgracia ya se había producido... No estaba segura.

Me volví a la cama y me arropé hasta el cuello, tapándome de la humedad que entraba por la ventana, y me dormí escuchando caer la lluvia, relajando mis palpitaciones.

Capítulo 4

No estaba segura de si Jonatan podría ayudarme. Pero allí estaba, delante de su puerta donde un letrero colgado en el cristal opaco dejaba claro cuál era su

posición en la escuela: «Psicólogo».

Inspiré profundamente y toqué la puerta. Su voz fresca y natural me dio paso. —Hombre, Laila —dijo con sorpresa—. ¿Tú por aquí?

—Pero si me dijo que me pasara un día de estos después de clase...

—Sí, sí, por supuesto. Por favor, siéntate y charlemos. Y, por favor... trátame de tú.

Había una camilla acolchada a un lado del despacho, pero él me indicó la silla que había delante de su mesa. Le obedecí al mismo tiempo que él me imitaba al otro lado del escritorio. La luz del exterior que se filtraba por la ventana situada a las espaldas de Jonatan hizo que su pelo rubio brillara como si fuera oro. Los molestos rayos me dificultaban enfocar los rasgos de su cara y mis ojos se empequeñecían hasta tal punto de quererse cerrar.

—Perdona, bajaré la persiana.

Se dio media vuelta con su silla giratoria y le empezó a dar vueltas a su eje al bastoncillo de plástico sujeto a la cuerda de la persiana, la cual fue juntando sus divididas piezas horizontales hasta quedar estas totalmente encajadas unas con otras. «Típica persiana de despacho», pensé.

Gracias a su gesto, pude observar con más claridad lo ordenado que era aquel hombre, con sus libros, bolígrafos, cuadros y objetos de escritorio bien colocados. Nada estaba fuera de lugar y nada tenía gota de polvo. Se respiraba tranquilidad y confianza.

—¿Cómo está tu madre?

No era la pregunta que me esperaba nada más comenzar. —Bien.

Bueno, preocupada, como es normal.

—Claro, un susto como ese no es fácil de llevar. Seguro que para ti no fue menor, pero el hecho de que una madre vea a su hija luchando entre la vida y la muerte es desesperante.

—Supongo...

Se quedó unos segundos en silencio, como si esperara alguna respuesta más. No sabía exactamente lo que quería que dijera; evidentemente, entendía por lo que estaba pasando mi madre, ¿pero por qué no me preguntaba por mí? Al menos era lo que tenía entendido. Vas a un psicólogo para hablar de ti y de tus problemas, ¿no? Quizás estuviese tanteando el terreno, algo típico de ellos.

Cuando vio que aquella respuesta era todo, prosiguió.

—¿Y Lucky? Me enteré de que tuvo un accidente. —Bien, el pobre parece una momia andante, pero está bien —y me reí a pesar de su situación, después me sentí culpable por hacerlo.

—Me alegro. Parece que vas a base de sustos. Pero solo son eso: sustos, ¿no? —afirmé con la cabeza. Estaba claro que, mirándolo por el lado positivo, tenía razón, nada había acabado en drama—. Al menos veo que el sentido del humor no lo has perdido, es un gran paso —dijo aliviado. Se levantó de su asiento y se sentó en la esquina de la mesa más cercana a mí—. Bueno, ¿por dónde quieres empezar?

«¿Es que no habíamos empezado ya?» —No lo sé... Tú eres el experto, ¿no?

—Eso dicen, aunque apenas pasan alumnos por aquí para contrastarlo. Así que ya me lo dirás tú.

—Vale —y me sacó otra sonrisa.

Desde el día que le conocí supe que era un buen hombre. Me hacía sentir bien y tenía un don para que la gente le cogiera confianza enseguida.

—¿Sabes qué? Cuando era pequeño también tuve que ir a un psicólogo. Mis padres se habían divorciado y no querían que me convirtiera en un niño malcriado y contestón. Sé que no es correcto decirlo pero no me sirvió de mucho —hizo una mueca graciosa con la cara— porque nadie pudo impedir que surgiera mi rebeldía, aunque ¿qué niño no es un poco rebelde? —sonrió y

yo le correspondí—. Aun así, ¿quién me iba a decir a mí que iba a ser como el que me atendió? La vida te puede llevar por muchos caminos, pero solo tú eliges por el que quieres ir —parecía sorprendido por el transcurso de su vida.

—Yo no tengo ningún trauma acerca del divorcio de mis padres... — aclaré por si su pequeño discurso iba por ahí—. Vale, que fue hace poco, pero fue lo mejor tanto para mi madre como para mí.

—Bueno, solo era un simple comentario —parecía que me estudiaba con la mirada—. Para conocernos sin más. ¿De qué trabajan?

—Mi madre trabaja en unas oficinas de Zaragoza como secretaria del director de una multinacional y mi padre... Bueno, él trabaja en muchas cosas.

—¿A qué te refieres?

—Quizás su profesión sea ser una bala perdida. —Ya... Bueno, a veces es complicado encontrar el camino y un lugar en el cual encajar. Cuando una persona se pierde a veces necesita la ayuda de los que le rodean para encontrarla. Que alguien confíe en él es muy importante.

—Mi padre tuvo todo nuestro apoyo mientras estábamos juntos, pero le aseguro que cuando se pone el alcohol por en medio no hay ayuda posible... —empezaba a incomodarme aquella conversación.

—Lo entiendo...

«Y por eso nos vinimos a Ejea a escondidas de mi padre», pensé.

—Sin duda eres una chica fuerte —dijo tras una pausa.

Parecía que había captado mi incomodidad y mis pocas ganas de hablar de ello. Esa parte de mi vida no merecía ser ni comentada, carecía de valor. ¿Acaso me había estado poniendo a prueba? ¿Quizás quería saber hasta dónde llegaba mi estado emocional respecto al divorcio? Me lo había sonsacado sin apenas esforzarse y ahora estaba en una situación incómoda, contándole mi vida sin relación alguna a la que yo quería recordar.

Inesperadamente el móvil vibró en el bolsillo de mi pantalón, aclamando mi atención.

Dimitri

¿Dónde estás? Te estoy esperando en la salida.

14:25, 08 abr.

Lo ignoré. No sabía qué podría aportarme aquel psicólogo, pero no perdía nada estando allí unos minutos más, aunque con ello hacía esperar a Dimitri.

—¿Tu novio?

—No, no. No es nada.

Se levantó y se dirigió hacia la ventana, abriendo ligeramente una de las piezas de la persiana para poder ver el exterior.

—Supongo que estarías más interesada en descubrir o, mejor dicho, en recordar ciertos momentos de tu vida, y que no es especialmente el tema que estamos tocando, ¿no es así? —me miró para captar mejor la respuesta. —Lo cierto es que sí.

—Está bien, comenzaremos por lo fácil —se volvió a sentar en su silla, abrió una libreta que tenía en su cajón y agarró un boli—. Explícame todo lo que recuerdas desde que llegaste a Ejea hasta que perdiste la memoria.

Aquella situación era un *déjà vu* que se repetía continuamente, pues la policía ya lo había intentado varias veces y no obtuvieron los resultados deseados. Suspiré. ¿Podía confiar en él? Si estaba dispuesto a ayudarme a recordar significaría que no estaba detrás de aquella organización y podría confiar.

—Está bien, intentaré hacerlo lo mejor posible, aunque no será más de lo que ya le he explicado a la policía.

—No estoy aquí para tomarte declaración, Laila, sino para escucharte e intentar ayudarte.

Empecé a explicarle mi llegada al pueblo, el inicio del curso en Audiovisuales y todas las cosas que había estado haciendo hasta un día antes del día borrado. No estaba segura de explicarle la incógnita de no recordar a ciertos compañeros de clase cuando, según por boca de Ana, habíamos tenido buena relación durante el inicio del curso. Sé que Lucas había tenido algo que ver respecto a eso, no sé cómo, y, aunque esa parte de mi historia ya me la

aclararía él cuando llegara el momento, lo comenté igualmente por si Jonatan podía saber cómo se podía hacer eso. Lo único que me guardé fue mi desarrollo involuntario de mi clarividencia, algo que estaba fuera de sus fronteras.

Cuando acabé mi relato, Jonatan se apoyó al respaldo de la silla con confusión.

—Interesante...

—Dímelo a mí...

Se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación mientras razonaba en voz alta.

—Normalmente, cuando uno pierde la memoria, la pierde parcialmente o de manera total, imágenes conjuntas, escenas, sucesos... No se suele eliminar personas de esas escenas.

—Creo... creo que no le sigo.

—Quiero decir que, si tú estás en una habitación con diez personas, no puedes seguir teniendo el mismo recuerdo sin la presencia de todas ellas, no puede faltar nadie, porque tu cabeza lo ha visto así y no de otra forma —se acuclilló ante mí y colocó su mano cerca de mi cabeza—. Es como si tu mente los hubiera eliminado por algún motivo, únicamente a ellos... sin tocar el resto de la imagen. Algo que es... —¿Imposible? —acabé su frase.

Podría haber pensado que aquello era descabellado, pero a ciertas alturas una se lo creía todo. Ahora mismo nada era imposible.

—Está claro que eso no. Tendríamos que mirar por qué tu mente los borró sin más... Evidentemente, no puedo preguntarte si recuerdas algo malo que ellos te hayan podido hacer, porque no lo vas a recordar. Así que tenemos que intentarlo por otros medios... —¿Qué medios? —¿Sabes qué es la hipnoterapia?

—¿Se refiere a la hipnosis? —afirmé—. ¿Cree que eso podría funcionar? —pregunté insegura.

—Puede ser, todo es intentarlo.

—¿No es... peligroso?

—¡Para nada! Es solo hacer que tu mente se concentre en zonas que han dejado de prestar atención y a las que ahora no puede volver.

—Pues... ¿Cuándo podemos empezar?

—La hipnosis no es mi especialidad. Deja que hable hoy con una persona y ver si podemos empezar mañana.

De repente, una breve vibración procedente del móvil me hacía captar la impaciencia del emisor.

—Vale, pues... —me levanté de la silla algo nerviosa, dispuesta a finalizar la reunión. —De acuerdo. Bueno, para empezar no ha estado nada mal. Cuando sepa algo sobre esta persona te llamaré para empezar la hipnosis.

—Vale. Gracias por todo.

Su sonrisa inspiraba tranquilidad. Todo iba a salir bien y, si aquello funcionaba, mis lagunas pronto darían con su fin.

Llegué al exterior del edificio y allí estaba Dimitri, apoyado contra el portal mientras estaba concentrado en escribir por el móvil. No podía evitar que mi corazón me diera un vuelco al verle

y se acelerara irremediablemente... —Deja de escribir... Ya estoy aquí, impaciente. —¿Qué hacías? Si no fuera por tu amiga que me ha dicho que te quedabas un rato más me hubiera ido. Y necesitas entrenar, ¿recuerdas?

—Por supuesto, estoy entrenando hasta cuando tú no estás, así que no te preocupes.

—¿En serio?

—¿Vamos a hacer esto todos los días?

—Todo lo que haga falta. Recuerda que vamos a contrarreloj.

—Sí, sí... Vamos —me adelanté a su paso en dirección a su coche aparcado cerca de la entrada.

—¡He! —ante su advertencia me giré y golpeó contra mi pecho un bocado envuelto con papel de plata, el cual cogí antes de que se cayera al suelo—. Llama —me ordenó.

Me sorprendió su nivel de toma de decisiones, tan seguro de sí mismo aparentaba ser más fuerte; estar a su lado me hacía sentir extremadamente segura. Aquel chico me atraía como la polilla a la luz... pero no podía permitirme aquellos sentimientos.

«¡Laila, no sabes quién es, ni cómo saben todo lo que saben!», me

recordó mi subconsciente. «¡Quítatelo de la cabeza ahora mismo!».

—Oye, si vamos a hacer esto todos los días tendrás que cambiarme la dieta de vez en cuando o me pondré como un tonel.

En sus labios se dibujó una sonrisa y entró en el lado del conductor.

Sentada enfrente del único álamo cuyo tronco era uno de los más gruesos, masticaba el bocadillo de jamón con tomate que me había hecho Dimitri tan atentamente, mientras él se comía el suyo. Esta vez se había acordado de traer un mantel para no coger la humedad que desprendía la hierba tras una noche de lluvia y, así, evitar mancharnos.

A mi alrededor se divisaba alguna pareja que otra y una familia con niños haciendo picnic. Se podría decir que nosotros pasábamos desapercibidos pues, a ojos ajenos, parecíamos unos amigos o, como mucho, una pareja disfrutando de unos bocadillos, compartiendo momentos agradables. Pero tanto él como yo sabíamos que aquello era una mera fachada y que la realidad era muy distinta.

—Ayer te fuiste cuando viste a la policía en mi casa. ¿Por qué no entraste?

—Pensé que, si se hubiera tratado de tu madre, la policía no estaría dentro de tu casa y con la puerta cerrada. Como mucho habría un grupo fuera y otro dentro, buscando pistas, con la puerta abierta y con la casa cercada. Estaba claro que fue ella quien los invitó a entrar; por lo tanto, pensar que podría haberle pasado algo era una probabilidad bastante baja —asombrada por su deducción detectivesca, me dejó sin habla—. Dicho esto, termina, que tenemos faena.

Dimitri se dio cuenta, antes de que pudiera evitarlo, de que me lo había quedado mirando y rehuí de su mirada, sonrojada.

«¡Laila! ¡Céntrate!»; mi subconsciente empezaba a alterarse.

Le miré de reojo y seguía mirándome mientras se llevaba a la boca lo

poco que le quedaba de bocadillo. «Cambia de tema, ¡desvía su... tu atención...!», me decía. —Hoy fui al psicólogo de la escuela —mantuvo silencio—.

Creo que puede ayudarme a recordar... —¿Cómo? —su cara se tensó.

—No sé, quizás con la hipnosis.

—¿Hipnosis? —su cara extrañada me hizo recordar a la que puse yo cuando escuché lo mismo de Jonatan. Se me dibujó una sonrisa en la comisura de los labios.

—Bueno, todo es intentarlo —afirmé.

Se acercó a mí y su gesto me puso nerviosa. Cogió el papel de plata que aún mantenía entre mis manos y lo dejó encima del mantel de picnic en el que estábamos sentados.

—Bueno, chica, se acabó el recreo. Ponte en posición.

Aún con el nerviosismo de su proximidad y decepcionada por el rumbo serio que había tomado el asunto, le hice caso. Era hora de salir del «momento picnic» y centrarme en lo que realmente importaba, así que crucé las piernas dejando las rodillas caídas hacia los lados y, para mi sorpresa, Dimitri se arrodilló ante mí y recorrió sus manos desde mis hombros hasta mis manos, colocándome los brazos en la posición correcta. Su movimiento había sido cauto y sensual. Solo con su tacto había provocado el acelerón de mi corazón y erizarme el vello de una manera vertiginosa. La adrenalina se me disparaba descontrolada. Mi mirada se posó en sus labios carnosos y un gran deseo de besarlos me inundó el corazón.

«Para... No sigas... ¡Para!».

—Así... muy bien —se alejó, y yo sentí un gran alivio de que lo hiciera—. Ahora estás lista —su voz se había vuelto tímida. ¿Por qué?

Se levantó y se alejó de mí para dejarme espacio. Se sentó a los pies de un árbol y, subiendo una rodilla, apoyó un brazo en ella mientras me observaba con aquellos ojos intimidantes, a la espera.

Me iba a resultar difícil ahora que mi corazón había cogido velocidad y mi cabeza lo único que hacía era pensar en el sentimiento que acababa de

tener. Pero tenía que relajarme, era hora de pensar en lo importante. Tenía que salvar muchas vidas.

Cerré los ojos e inspiré profundamente. Los pulmones se me llenaron del aire fresco del lugar, pero me dolía el pecho al hacerlo... Expiré y volví a intentarlo. El pecho me dolía en cada inspiración; no estaba relajada.

Moví el cuello de un lado a otro para calmarme.

—Estás tensa —su voz me hizo abrir los ojos. —Sí... Se me cargan los músculos —moví el cuello de manera circular para seguir relajándolos.

Percibí que Dimitri se movía, y cuando me di cuenta ya se situaba detrás de mí. Posó sus manos en mis hombros y empezó a apretar. Ahora sí que estaba en el cielo...

—Céntrate en el sonido de tu alrededor —imposible si sus manos seguían ese curso, pero su voz era calmada y aquello me tranquilizaba—. Las hojas... —«tus manos...»—. El viento... —«tu tacto...»—. El canto de los pájaros —«tu voz...»—.

Escucha el sonido del río: el agua fluye... Déjate arrastrar por él.

Capté el sonido del agua e hice lo que me dijo. Me dejé llevar por aquel sonido mientras sus manos recorrían mi nuca y volvían a bajar por los hombros

—Y ahora, deshazte de todos los demás sonidos... Quédate únicamente con el curso del río. Deja que tu don te lleve adonde tenga que llevarte.

Todo sonido comenzó a desaparecer, empezando por los ruidos del pueblo, después por el parque y por último... la voz de Dimitri. Solo escuchaba el agua del río. Ya no notaba sus manos en mí, no sabía si era porque ya las había retirado para que sintiera lo único que importaba en ese momento o porque le había eliminado de mis sensaciones. Fuera como fuese, estaba concentrada en aquella agua que recorría el río, que esquivaba, chocaba y sobrepasaba las rocas, provocando un sonido de rebeldía, pero que a la vez tranquilizaba. Avanzaba con ella hasta que una luz cegadora me arrancó del agua y el escenario cambió agónicamente.

El olor que antes podría representar la pureza ahora estaba corrompido y quebraba mi nariz. Ya no había árboles, ni plantas, ni animales... Las llamas nacidas de una masa de lava que avanzaba despiadadamente engullían todo a

su paso. Apenas quedaba algo en pie, pero entre el fuego se podían distinguir pequeñas ramas verticales procedentes de anteriores troncos gruesos que seguían manteniéndose. Todo lo demás, fuera lo que fuese anteriormente, quedaba en escombros o ruinas: casas deshechas, coches vacíos que apenas mantenían la chapa, monumentos inclinados consumiéndose por las llamas mientras se venían abajo... Un infierno teñido por el color del fuego donde las chispas se elevaban por el aire hasta llegar a zonas que todavía no habían sido alcanzadas por la lava, propagándose de esta forma un incendio incontrolado.

El aire elevó las cenizas que había bajo mis pies como si de nieve en polvo se tratase y envolvió el lugar, dejando a la vista un paisaje con el fuego extinto y el suelo ya endurecido con formas onduladas y de remolinos; visto desde lejos se podría decir que era como un manto de nieve, desplazándose con furia por el aire, llegando a zonas intactas y vírgenes a su presencia.

El olor, ya más suavizado, hacía que la percepción de la situación fuera más alarmante, pues lo que estaba contemplando era la muerte personificada. Me encogió el corazón no ver ni un ápice de vida a mi alrededor, cuando una sombra oscura apareció entre la cortina de cenizas que fluía en el aire. Avancé por el nuevo suelo para acercarme a ese ser. Por su corpulencia parecía ser la misma persona que se me apareció la última vez. Debía averiguar quién era.

Cuánto más me acercaba, más me faltaba el aire. Era como si hubiera menos oxígeno.

«Déjame ver tu cara... Déjame ver... quién eres».

A cada paso que daba, más me costaba mantenerme en pie. Cada vez más me faltaba el oxígeno, pero ya estaba cerca. Tenía que hacer un par de pasos más y...

Aquel ser se percató de mi presencia y giró la cabeza, pero una capucha le ocultaba la identidad. «¿Quién eres...?».

—No podréis vencernos —dijo con una voz sombría y tenebrosa que resonaba por toda la superficie.

En un segundo, recorrió los pocos metros que nos separaban para alcanzarme y me agarró de un brazo enseñando una mano humana

deformada. Su piel era pálida y arrugada. Sus uñas oscuras empezaron a penetrar en mi piel, agarrándome cada vez más y más fuerte. Asustada, di un paso hacia atrás y forcejeé para que me liberara.

—¡Suéltame! —le ordené.

Ante aquella lucha desesperada, conseguí mi liberación cuando fui empujada hacia atrás. Enseguida me vi envuelta en un remolino de fuego cuya fuerza arrancaba la lava que había bajo mis pies. Me protegí el rostro con los brazos para que aquel ambiente abrasador no me quemara, pero no podía evadir la sensación de mi piel chamuscándose. Sabía que no estaba ahí, sabía que era tan solo una visión, pero parecía tan real que no pude evitar gritar.

El escenario se desvaneció y aparecí de pie ante Dimitri, sujetándole los brazos como refuerzo. Todas las sensaciones habían desaparecido y ahora volvía a sentirme a salvo. Sus ojos preocupados encontraron los míos.

—¿Qué has visto? —prácticamente podía notar su aliento.

—Creo... creo que están cerca.

—¿Qué? —preguntó desconcertado.

—Creo que... —me interrumpí al darme cuenta de que tenía un extraño dolor en el antebrazo, le eché un vistazo y me sorprendí al ver las marcas de las uñas de aquel desconocido clavadas en mi piel, rodeadas de un pequeño morado.

Miré a Dimitri asombrada... ¿Cómo había podido pasar si solo era una visión?

—Has estado más que cerca, Laila...

—¡No! No puede ser. La Tierra estaba destruida. ¡No era real!

—Entonces tienes más poder de lo que creíamos.

—¿Qué quieres decir?

—Se le llama poder astral. Dejaste un momento tu cuerpo para trasladar tu alma hasta alguien de la organización en un espacio futuro. ¿Sabes lo que significa esto? —agarró mi brazo mostrando la herida—. Significa que saben lo que posees y que, recuerdes o no, ya no estás a salvo...

Dimitri me colocó la mano que tenía libre en mi mejilla y me la acarició

mientras su mirada se volvía cálida. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué me miraba así?

—No permitiré que te vuelvan a hacer daño —dijo.

—Dimitri...

Su proximidad me ponía nerviosa. Una parte de mí quería que se lanzara a besarme y la otra me decía que me alejara, que no me convenía. Pero ninguna de las dos conciencias quería que continuara a esa distancia sin hacer nada, pues la tortura era demasiado cruel. Por favor... Dimitri, ¡haz algo!

Sus ojos se clavaron en mis labios y un cosquilleo me recorrió toda la espina dorsal, pasando por mi estómago hasta llegar a mi entrepierna. ¡Dios! ¿Cómo puede provocarme tales sensaciones con una simple mirada?

«¡No te dejes llevar! ¡Laila!», gritó mi subconsciente.

Di un paso hacia atrás rompiendo aquel momento, asustada por el grito de aquella voz interna. Tenía que mantener los pies en el suelo. Él podía conocerme, pero yo a él no. Había pasado de ser el chico engreído que iba con el grupo de matones de clase, a ser prácticamente mi protector y mentor... sabiendo cosas que solo un agente secreto o alguien salido de ese sitio podría saber. ¿Y si era eso? ¿Trabajaban para ellos y se rebelaron?

¿Qué haría si todo esto funcionara mal y finalmente el mundo acabara entre llamas?

«Podrías aprovechar el tiempo junto a él mientras haya tiempo», me dijo un segundo subconsciente. El sonido de su voz parecía algo más atrevido y chulesco. Le hice callar de inmediato.

Aquella proposición era tentadora, pero era jugar con fuego. —Perdona... A veces me cuesta controlarme —no sabía si apenarme o aliviarme—. Te llevaré a casa.

Su rostro se había tensado en segundos. Estaba claro que se le hacía montaña arriba estar reteniendo sus impulsos continuamente. Y yo, a pesar de desearlo tanto o más que él, seguía testarudamente con la idea de esperar a conocer sus secretos. Era la opción más sensata.

Dispuesta a meterme en la cama, me miraba en el espejo de la puerta de mi armario mientras me rascaba el brazo izquierdo como tic nervioso. Miraba a esa chica que se reflejaba como alguien que desconocía. Su pelo largo, liso y moreno, ocultando parte del rostro; piel pálida a pesar de haber cogido algo de color desde su salida del hospital. Puede que el físico apenas se hubiera alterado, pero interiormente ya no era la misma. Habían cambiado tantas cosas... mi clarividencia había alterado mi forma de verlas y, por mayoría de veces, las veía malas. Esperaba con impaciencia esa llamada del psicólogo para programarme una cita de hipnosis y, entonces, encontrar al fin alguna respuesta.

Me apreté el brazo izquierdo cuando noté un dolor punzante. Me levanté la manga y aparecieron aquellas cuatro marcas... Algo no me gustaba. Aquella persona parecía ser mayor por sus manos y habló conmigo como si estuviera haciendo un viaje astral al mismo tiempo que yo. Algo me decía que no era la única que tenía dicho don y que, en esa organización, había alguien capaz de localizarme y hacerme daño sin estar de cuerpo presente.

Los chicos me comentaron que en esa organización se realizaban experimentos inhumanos. ¿Qué clase de experimentos? Ahora, más que nunca, estaba interesada en los objetivos de esa gente y en las razones por las que son tan importantes que, con tal de conseguirlo, son capaces de destruir el planeta.

Eran las 12:10 del viernes. Las clases habían acabado y, como siempre, los alumnos se habían ido escopeteados para disfrutar de su tiempo libre. En cambio, yo estaba allí, en el despacho de mi psicólogo, dispuesta a someterme a una sesión de hipnosis. Había recibido su llamada aquella misma mañana, algo que había estado esperando con ansias.

Esta vez no estábamos solos. Había también una mujer: Susana. Era una joven de treinta y pocos, morena y con unas gafas rectangulares y discretas. Vestía con una camisa blanca con flecos en la caída de la parte de los botones, cubierta por un chaleco gris y falda de tubo a conjunto. Sus zapatos de aguja me resultaban de infarto y, aunque le hacían ser más alta de lo que

ya era, me preguntaba si podía aguantar mucho rato a tanta altura... ¿No le dolían los pies?

Por su apariencia parecía profesional.

Me acomodaba en el sofá de cuero que tenía Jonatan para ocasiones especiales como aquella. Estaba nerviosa por lo que podría pasar a partir de aquel momento; las palmas de las manos estaban cubiertas por un sudor frío y el corazón me latía fuerte. No sabía cómo eran aquellas sesiones ni qué probabilidades tenía de que surgieran bien.

—¿Alguna vez has realizado alguna sesión hipnótica? —me preguntó la chica. Negué con la cabeza, pues mi voz no lograba salir de mis cuerdas vocales—. Bueno, estate tranquila. Durante la hipnosis no hay ningún tipo de pérdida involuntaria de control. Tú serás dueña de ti misma y por mucho que yo te diga solo harás aquello que aceptes hacer. Primero has de aprender a relajarte —lo que ella no sabía era que aquel concepto lo tenía bastante dominado—. Puedes quedarte sentada o, si te va mejor, puedes tumbarte. Ponte en una posición en la que te sientas cómoda, relajada...

Cogió la silla que había enfrente del escritorio y se puso enfrente de mi butaca. Pensé que si me tumbaba podría estar fuera de peligro a la hora de caídas, pues si me quedaba sentada podía correr el riesgo de levantarme y ponerme a caminar como hacía cuando me concentraba para obtener visiones. Así que me acomodé boca arriba y observé el techo, inquieta.

—Está bien —prosiguió—. Ahora puedes cerrar los ojos y céntrate en mi voz, ¿de acuerdo? —no contesté pero estaba preparada para empezar—. Quiero que te fijes en las sensaciones que sientes, en lo que te dice tu cuerpo —su voz era tranquilizadora y mi corazón empezó a retomar la velocidad adecuada—. Siente cómo respiras. Cada respiración que haces es renovada... Cada respiración que haces te llena de aire nuevo, de aire curativo y regenerador... y cuando dejas ir el aire sale todo lo negativo, todo lo que ya no quieres contigo... —me acompañó junto con mi respiración—. Renuevas cada célula... y dejas ir todo lo que ya no quieras contigo, sacas las preocupaciones y llenas el cuerpo de sensaciones de paz... de relajación... Y ahora empezaremos a relajar cada parte del cuerpo, fíjate en cómo los músculos se destensan... Llena los pulmones con una fuerte respiración y

suelta el aire... con él vacías todas las cosas negativas de ti y respiras llenando los pulmones con todo lo positivo... Y ahora relajemos la cabeza... soltando todas las preocupaciones... la cara... bien relajada... Relajemos el cuello... y los hombros... Notamos cómo se destensan y vamos respirando tranquilamente entrando en este estado de relajación completa... Los brazos pierden el peso y la tensión acumulada... Las manos se relajan... suavemente... La espalda... Notamos cómo se destensan todas las fibras interiores de nuestro cuerpo... La pelvis se relaja... dejando ir toda la tensión, todo el peso acumulado... Las piernas... relajadas completamente... Finalmente los pies... y te sientes muy y muy bien —y así lo hice, cada parte de mi cuerpo era como el peso de una pluma y sentía que empezaba a elevarme—. Bien... ahora ya estás relajada... Quiero que te concentres en mi voz, Laila... Ahora quiero que te imagines que estás en un túnel... Un túnel de intensa oscuridad con una luz al final... Acércate a esa luz poco a poco... Sin prisa —obedecí como una polilla atraída hacia ella—. Poco... a poco... —aquello me sonaba, ya había estado ahí pero esta vez la puerta de madera no estaba cerrada, es más, no existía, pero sabía que aquella era la misma entrada—. Ahora, cuando cuente hasta tres, quiero que la cruces y viajaremos en el tiempo a través de ella. Vayamos a un recuerdo de cuando eras niña, ¿de acuerdo? —estaba tan relajada que no le respondí—. Uno... dos... tres.

Me adentré en aquella luz deslumbradora como ya había hecho antes y, en vez de aparecer aquella figura negra, lo hice en algún lugar de mi pasado.

—¿Dónde estás, Laila?

Su voz sonaba hueca en mi cabeza, como si estuviera en un segundo plano pero, de alguna forma, muy cercana. Me sentía como si fuera una figura irreal en un lugar que reconocí enseguida.

—Estoy... en casa...

Estaba dentro de mi pequeño refugio debajo de las escaleras de mi antigua casa, en Soria. Era un pequeño trastero, tenía la luz apagada y no podía ver nada, solo la pequeña rendija de la puerta que había dejado entreabierto y por la que se filtraba la luz artificial del comedor. Fuera era de noche.

—¿Cuántos años tienes?

—Ocho...

Mis padres estaban discutiendo en la cocina, nunca los había escuchado discutir de aquella forma... Estaba asustada... —¿Qué haces? —Me escondo... —¿De qué?

—De mi padre...

—¿Por qué, Laila?

—Están discutiendo... Mi padre ha vuelto borracho... Últimamente viene borracho... —empecé a sentir malestar. No quería estar allí.

—Laila... ¿Por qué no vamos un poco más adelante en el tiempo? Quiero que vuelvas a imaginarte esa puerta de luz y, cuando cuente hasta tres, nos trasladaremos al día en el que llegaste al Colegio de Audiovisuales. Uno... dos...

La puerta de luz se situaba en medio del comedor y estaba muy asustada para salir de allí. Sabía que si mi padre me veía escuchándole a hurtadillas me pegaría con su cinturón...

Últimamente me pegaba mucho con su cinturón...

—No puedo...

—Laila, estás a salvo... Nadie puede hacerte daño... Estoy aquí contigo... No estás sola. Relájate... Céntrate en esa puerta... Cuando cuente hasta tres... la cruzarás e iremos al día en el que llegaste al Colegio de Audiovisuales. Uno... —repitió— dos... tres.

Esta vez le obedecí, salí del trastero y corrí hacia aquella puerta que me engulló hacia un pasado más cercano.

Era mi primer día de clase. Ya había acabado la de «Diseño de la identidad corporativa», que teníamos a primera hora de la mañana, y me disponía a trasladarme a la de «Teoría general de la publicidad». —¿Dónde estás ahora?

—Estoy caminando por el pasillo de la escuela... Es mi primer día y voy algo perdida... —¿Cuántos años tienes?

—Veinte...

—¿Estás sola?

—Sí...

Al fin encontré la clase y entré. Me senté en una de las mesas del final

junto a la ventana y esperé.

—¿Qué está pasando?

—Estoy esperando...

—¿A qué?

—A que venga la profesora —si hubiera estado despierta me hubiera parecido una pregunta ridícula, pero estaba tan relajada que no podía sentir tales sentimientos, solo me dejaba llevar.

La clase ya estaba completa menos unas cuantas mesas que se quedaron vacías. Qué extraño... pensé que desde el primer día no había ninguna mesa libre, que fue a partir del segundo trimestre que empezó a haber algún pupitre que otro vacío. Ana se sentó junto a mí y me saludó de manera muy alegre. —¿Qué ocurre?

—Ana me ha saludado... Vamos a hacernos buenas amigas... Pero ella todavía no lo sabe —aquello me hizo gracia.

—Dime... ¿Ves a Omar?

—No...

—¿Dimitri? —Tampoco... —¿A ka'wi?

—No...

—¿Y Lucas?

—Ninguno de ellos... Nadie los conoce...

Aquello me provocó un escalofrío. Estaba poniendo algo en peligro, pero ignoraba qué.

—Está bien... Vayamos más adelante. Visualiza la puerta.

Dicha puerta apareció en el otro lado del aula, me levanté y me dirigí con calma hasta ella. Cuando la voz de Susana llegó hasta tres, eché un vistazo de nuevo a la clase pues algo no cuadraba allí... pero no podía quedarme, y me adentré en la luz.

—¿Dónde estás?

—En la cocina.

Seguía siendo el primer día de mis clases, pero en el reloj de la cocina ya eran pasadas las seis de la tarde. Mi madre lloraba desconsolada y yo le abrazaba para darle fuerzas y ganas de vivir.

Me angustiaba verla así.

—Laila, tranquila... Recuerda que estás a salvo. Respira... ¿Qué está pasando? ¿Por qué estás tan angustiada?

—Mi madre... Está llorando... Está sufriendo mucho... —el corazón se me encogía al verla, prácticamente tenía que mantenerla en pie para que no se cayera—. Ahora me necesita a su lado más que nunca...

—¿Por qué llora? —su voz sonaba más lejana pero me daba seguridad.

Mi madre lloraba dejándose las fuerzas en ello, con profunda tristeza dejaba caer una lágrima tras otra. Yo intentaba animarla, dándole esperanzas. Mi padre nunca valió la pena, nos había maltratado y no se merecía que ella se viniera abajo. Pero ella no se perdonaba haberle permitido pegarme como lo hizo durante diez años.

«Tendría que haberle dejado en cuanto te puso la mano encima», me decía. «¡Perdóname, hija!», me sollozaba una y otra vez. Pero yo no tenía que perdonar nada... Intentamos llevarlo a un centro de desintoxicación, pero el buen humor tan solo le duró unos meses. Después volvía a recaer. Era un buen hombre, pero el alcohol le nublabla la mente y no sabía lo que se hacía. Mi madre tenía parte de culpa de lo que ocurrió al permitir ciertas cosas, pero estaba enamorada, éramos una familia y utilizó todas sus cartas antes de tomar la decisión. Luchó por tenernos a los dos, por curar al hombre que tanto amaba y para que su hija tuviera a su padre de vuelta, como lo tuvo durante sus primeros ocho años.

Apenas podía sujetarla hasta que, finalmente, las dos caímos al suelo. Mi madre siguió llorando en mi hombro y yo seguí abrazándola, sosteniéndola. Estaba ahí... jamás la dejaría... Ahora era yo quien tenía que cuidarla.

—Es... demasiado duro... No quiero... No quiero ver esto... —una fuerza invisible me impedía salir de allí. Quería despertar.

—Laila, estás a salvo... Estoy contigo...

—No... —quería dejar de ver esa escena.

—Quiero que vuelvas al túnel. Visualiza el túnel —sus palabras cobraban fuerzas—. Respira hondo... Ya no estás ahí... El túnel ha absorbido esa imagen y la ha bloqueado como si fuera un escudo. No hay nada que pueda hacerte daño... —me envolvía aquella oscuridad de nuevo y

mis músculos volvieron a relajarse—. Ya estás relajada... Nota la sensación de bienestar y respira tranquilamente integrando esta positividad... Las emociones se estabilizan... y te sientes muy bien, en plenitud...

La puerta de luz volvió a aparecer a tan solo unos pasos sin que la voz de Susana lo ordenara. Había una figura en el otro lado...

—Hay alguien... —le comunicó, pues aquel hecho me extrañaba.

—No... No hay nadie, Laila. Estás sola... Solo estás tú... Estás...

—No... Hay alguien más... —le volví a interrumpir. Tenía que acercarme a comprobar quién era.

—¿Qué ves...?

Me acerqué a la puerta y observé a aquella figura... Su energía era más fuerte ahora que en mis anteriores visiones. Estaba muy cerca...

—¿Quién... eres?

Aquella persona notó mi presencia, se dio media vuelta y, a medida que iba extendiendo sus brazos hacia los lados, empezó a soltar un grito de rabia, dolor e ira.

Algo debió de enfurecerle mucho porque se acercó a mí con gran velocidad para poderme capturar. Me estremecí y...

—¡No! —grité saliendo de inmediato de la hipnosis y dando un salto en el sofá.

Volvía a estar en el despacho de Jonatan y tanto él como Susana se asombraron ante mi despertar. El miedo empezó a desvanecerse, pero el tórax me dolía.

—¡Tranquila! Estás a salvo... —Susana me agarraba de los hombros para tranquilizarme, pero aquello no me quitaba el mareo que me había causado el regresar tan bruscamente—. No... ¿No me escuchabas? —me preguntó Susana, atónita—. ¿Qué ha pasado? Intentaba hacerte regresar, pero no respondías.

Mi mente todavía estaba en lo que había sentido, en lo que había presenciado y descubierto. Fijé mi mirada en el suelo para no ver la habitación tambalearse ante aquel mareo. Mientras, mi corazón volvía a su ritmo habitual.

—Respira... —me aconsejaba calmadamente Susana y, poco a poco, mi

respiración fue quitando mis miedos y el mareo se fue desvaneciendo—. Inspira profundamente... y suéltalo muy despacio... —me acompasaba con su respiración para que tomara ejemplo.

—Está aquí... —pensé en voz alta, cuando me di cuenta de que ellos no podían saber nada de esto.

—¿Quién? —preguntó Jonatan.

Tenía que avisar a los chicos y necesitaba respuestas para descifrar mis visiones con exactitud.

—Nada —contesté—. Perdonad, pero acabo de recordar que había quedado para hacer unos recados antes de pasarme por casa y voy a llegar tarde. Así que... —dije mientras me levantaba y cogía mis cosas que había dejado en el suelo cerca de aquel sofá.

—Laila, no puedes irte todavía —dijo Susana—. Tenemos que hablar de lo que has sentido y visto.

—Ya, pero el deber es el deber, así que... nos vemos el lunes —no sabía cómo excusarme, pero tenía que salir de allí. —¿Te encuentras bien? —preguntó Jonatan preocupado.

—Sí —contesté enérgicamente, más de lo que hubiera deseado pues aquello pareció alarmarles más—. Sí, tranquilos —repetí más calmada para convencerles y, aunque no lo hubiese conseguido, no podía quedarme más tiempo allí, así que me despedí, abrí la puerta y me fui.

A medida que me dirigía fuera del edificio escribí un mensaje de texto al móvil de Dimitri.

Reúne al grupo en el lugar secreto. Nos vemos allí en 20 minutos.

Laila.

Prácticamente estábamos todos reunidos. Esperábamos a Lucas, que, por su tardanza, causaba impaciencia en el resto del grupo. Todavía no había comunicado nada a pesar de que, a medida que iban llegando, me

preguntaban por lo ocurrido. Primero fue Dimitri, que se movía por toda la habitación con nerviosismo. Luego Omar, que se sentaba encima de la mesa de herramientas, y finalmente A ka'wi, que, con su gran talento para mantener la calma, la seguía guardando de pie junto a una de las columnas más cercanas a mí.

La puerta se abrió de par en par y entró Lucas disculpándose por la tardanza.

—¿Dónde estabas metido? —le preguntó Dimitri mostrando su impaciencia.

—Lo siento, tíos, estaba en el laboratorio investigando unas cosas... ¿Qué pasa? ¿A qué viene tanta urgencia?

—Laila, ya estamos todos. ¿Ya nos lo puedes contar? —comentó A ka'wi saliendo de su silencio.

Los demás dejaron de prestar atención a Lucas para hacerlo hacia mí. Las palabras del indio me hicieron entender que quizás él no estaba esperando a Lucas, como los demás miembros, sino que únicamente deseaba saber las noticias que yo pudiera traer. Estaba claro que solo se preocupaba y prestaba atención a las razones por las que yo les había querido reunir allí. Tenía un enfoque despierto y una manera de pensar muy abierta, lo cual le llevaba a centrarse en las cosas de una manera más precisa que los demás. Por eso tanto silencio en él... Solo al decir cuatro palabras daba con el punto clave del asunto y así retomaba el camino correcto. Para él y para todos los demás era suficiente.

Sus miradas se clavaban en mí, a la espera de obtener la información que había descubierto. Tanta atención me embriagaba. Respiré hondo y me dispuse a hablar.

—Hoy me hicieron una sesión de hipnosis... y cuando intentábamos hacer que recordara ese último día, apareció la misma persona que me hizo esto —y mostré mi brazo con las cuatro señales de uñas. A juzgar por sus reacciones, Dimitri no había comentado nada de aquello—. Hoy la volví a ver en medio de esa hipnosis, enfurecida y con una energía mucho más fuerte, algo que me hizo preguntarme por qué es más fuerte ahora. Siempre que intenté verla fue en el parque —y miré a Dimitri—. Supongo que es el

lugar perfecto de concentración y donde se me encontró el día que intentaron matarme. Pero ¿y si teníais razón? ¿Y si me dispararon en otro sitio y me desplazaron hasta el parque? Eso explicaría muchas cosas, como el hecho de que sienta la presencia de esa persona más fuerte en la escuela que en el parque. —¿Adónde quieres llegar? —dijo Omar, algo confuso. —La entrada no puede estar en la escuela —comentó Lucas—. A ka'wi ha estado explorando la zona y no ha visto nada, ¿no, A ka'wi? —el indio asintió levemente y volvió a poner su atención en mí esperando alguna explicación.

—No digo que esté en la escuela, sino que ha de estar muy cerca de ahí.

—La rastrearé de nuevo —comentó A ka'wi—. Por lo visto no presté la suficiente atención.

—¿Sabéis quién es? —lancé mi pregunta sin previo aviso. Hubo un incómodo silencio.

—Está claro que debe ser alguien de la organización —aclaró Lucas.

—Sí, pero alguien con el mismo don que yo —dije cabreada. Sabía que me ocultaban muchas cosas, pero era hora de empezar a hablar. Aun así, nadie lo hacía—. Vamos, chicos, ¡no soy tonta! Basta ya de ocultarme gran parte de la información. ¡Esa persona pudo hacerme daño en un viaje astral! —y volví a enseñar la señal de mi brazo—. Creo que merezco alguna explicación.

—Supongo que eso significa que deberíamos tener más cuidado —propuso Omar—. Esa persona puede adelantarse a nuestros movimientos.

—Con alguien así dentro de la organización —continuó Dimitri— es como si intentáramos entrar en un fuerte lleno de minas.

—Si ya era difícil entrar... esto lo convierte en algo imposible —dijo Omar pensativo y a la vez desanimado—. Nos vería antes de poder meter un pie dentro.

—Esperad, ¡Esperad! —llamé la atención—. ¿Eso quiere decir que no teníais ni idea de esta persona? ¿En serio me estáis diciendo que no sabéis quién es?

—Laila, te aseguramos que sabemos muchas cosas —me aseguró Omar— de la misma forma que aseguramos el secreto de estas. No deberían saberse jamás. Pero no lo conocemos todo.

—Entonces... ¿qué hacemos? —pregunté inquieta.

Se quedaron pensativos. Por primera vez podía ver en sus rostros un conjunto de abatimiento y temor; se encontraban perdidos. A ka'wi dejó su postura pasiva para participar en la conversación.

—Seguiría con el plan principal. Por el momento volveré a rastrear el lugar en busca de alguna entrada, luego podemos pensar en cómo hacerlo para que no se den cuenta. Al menos hasta estar lo suficientemente cerca como para destruir esa máquina.

—¿Queréis destruir esa máquina? —me extrañó—. ¿Eso no repercutiría a la Tierra? Por las vibraciones y eso...

—A ka'wi tiene razón —le apoyó Omar, haciéndome caso omiso—. Mientras no encontremos alguna forma de meternos en esa organización, por muchos planes que tengamos, estos no nos servirían de nada.

—¿Alguien puede responderme? —insistí.

—Al parecer, la función más efectiva es destruir esa máquina para que no se vuelva a poner en marcha nunca más —dijo Dimitri—. No sabemos cómo repercutirá eso a la Tierra, pero acabaría con los efectos secundarios.

—Claro... si eso explota, al estar tan cerca del núcleo terrestre puede hacer explotar el planeta y, por supuesto, se acabaron los problemas —saqué conclusiones rápidas, pero lógicas— ¿No se puede desenchufar y enterrarlo todo? Sin más.

—Es una idea que se contempló —comentó Omar con una sonrisa nerviosa—, pero mientras ese lugar exista, siempre habrá gente que querrá acceder.

No podía negar que tenía razón, pero no creo que destruir la máquina fuera la mejor de las ideas. Mientras estuviese cuerda, votaría por otra solución.

«¿Desde cuándo has estado cuerda?», mi subconsciente se mofaba de mí. La acallé. Aunque he debido escucharla más continuamente desde que empezó esta locura...

Mi móvil empezó a sonar con su melodía de circo, interrumpiendo sus órdenes y sobresaltando a los chicos.

—Perdonad... —lo cogí rápidamente y contesté—. Dime, Ana.

—¡Ey! ¿Dónde andas?

—Estoy con unos amigos, ¿Por qué? ¿Ocurre algo?

—Llamé a tu madre y me dijo que no habías llegado a casa...

—Ana... ¿ya me la has preocupado?

—¡No! Le dije que te vi entrar en el despacho del psicólogo y que seguramente seguirías ahí... Así que con unos amigos, ¿eh? —Ana, ¿querías algo? —intenté desviarla de su último comentario. —Bueno, bueno... Pero aun así no tardes en llamar a tu madre o...

—¡Ana! —a veces ponía a prueba mi paciencia...

—¡Vale! Captado... ¿Mañana irás con alguien a la fiesta del pueblo?

—¿Qué fiesta?

—¿A cuál va a ser? ¡Baja de la parra! ¡La fiesta del agua!

Se me había pasado por completo la fiesta de ese fin de semana. Multitud de gente vendría al concurso de coral y todo el mundo estaría en la calle.

Quizás aquello no era tan malo al fin y al cabo... —Oye... ¿Suele asistir todo el pueblo además de gente de fuera? —¡Claro! Ya te lo dije... Es una de las fiestas más famosas. La gente viene de todas partes de España para participar y ver los espectáculos.

—Perfecto. Oye, tengo que dejarte. Nos vemos mañana, ¿vale?

—Ah... pero pensé que podríamos ir juntas.

Su voz sonaba desilusionada, pero a pesar de ello no podía ir con ella... No si pretendía hacer lo que tenía planeado.

—Lo siento, Ana... Es que tengo unas cosas pendientes antes de pasarme por ahí —mentí—. No quiero que te pierdas parte de la fiesta por esperarme...

—De acuerdo, si es por eso... Cuando estés por ahí me avisas.

—¡Eso está hecho!

—Hasta mañana, entonces. ¡Un beso!

Cuando colgué observé que los chicos estaban hablando entre ellos, pero mi silencio captó la atención de Omar que, aunque estuviera escuchando las proposiciones de su equipo, también había estado atento a mis movimientos.

—¿Pasa algo?

—Creo que... sé lo que hay que hacer. Mañana empieza La fiesta del agua.

—¿Y? —preguntó Lucas sin notar la conexión de mi plan.

—Que estará todo el mundo... —dije con lógica.

Para lo que tenía en mente no podía ir sola, cuantos más ojos hubiese, más podríamos ver.

—¿Qué... tienes en mente? —preguntó Omar, curioso.

Observé sus rostros desconcertados, pero me sorprendió ver a Dimitri, con su postura de brazos cruzados, esbozando una leve sonrisa y afirmando con la cabeza. No sé si él había captado mis intenciones, pero parecía que sabía cuál era mi plan y estaba de acuerdo.

—Allí estará todo el pueblo. Si ellos están aquí puede que salgan y asistan. Parece que vosotros tenéis mucha información y, aunque os neguéis a contármelo, deduzco que también conocéis a alguno de ellos. Creo que va siendo hora de pasar a la acción, y reconocer y perseguir a esos capullos que intentaron matarme. ¿Qué os parece? —A mí me parece bien —coincidió A ka'wi.

—Es una locura —se quejó Lucas—. No encontraríamos a nadie ni aunque nos pusiéramos a buscar ahora. ¿Sabes la de gente que irá a esa fiesta? Por no decir que esa gente vive bajo tierra, nunca salen. ¿Creéis de verdad que saldrán por una fiestucha de nada? No pueden arriesgarse a ser descubiertos. Así es como funcionan. Son invisibles ante la sociedad, inexistentes.

—No es una «fiestucha». Es La fiesta del agua, una de las más importantes de nuestro país, a la que asistirán todos. Al menos podemos probar.

—¿Y mientras unos van qué hacemos los demás? ¿Tocarnos las pelotas mientras vosotros hacéis todo el trabajo?

Dimitri ahogó una risa.

—No he dicho en ningún momento que solo vayamos unos cuantos. Iremos todos. ¿Tú qué dices, Omar?

Los chicos le miraron para acatar su decisión. Puesto que era el líder, era el que daría la última orden y, decidiera lo que decidiese, los demás tendrían

que respetarlo. Menos yo. Yo no pertenecía a nadie ni permitía que nadie me mandara, sabía lo que tenía que hacer.

—Bueno... —miró la mesa en la que se sentaba, observó los objetos que había y, de entre ellos, escogió un martillo—. Vamos a ver a quién aporreamos —y lo movió en círculo para que viéramos su decisión final.

—Bien —contesté—. Dicho esto, me gustaría ir esta noche a la escuela para averiguar.

—No tienes por qué ir tú —dijo Dimitri, sacando su lado protector—. Puede ir alguno de nosotros e inspeccionar.

—Ninguno de vosotros puede tener visiones. Si quiero ver algo, necesito ir.

Me miraba a los ojos, de esa forma que solo él podía hacer, intentando inspeccionar lo más profundo que había en mí. Él sabía que no podía hacerme cambiar de parecer, pues para tener visiones necesitaba tocar, y cuanto más cerca estuviera del sitio más fácil me resultaría averiguar dónde estaba la entrada.

—Entonces yo iré contigo.

—Y yo —se apuntó A ka'wi.

—Vale. Ahora sabemos que su energía es más fuerte allí y tenemos que descartar lugares. Hay que buscar subterráneos, plantas bajas, túneles, lo que sea.

Me encontraba entre los matorrales esperando a que llegaran los chicos. Acucillada en medio de la noche, eché un vistazo al cielo, que mostraba un bonito manto estrellado. Hasta la estrella más pequeña se podría haber visto si no fuera por las luces de la calle que las tapaban. Le había dicho a mi madre que iba a casa de Ana a dormir: «noche de chicas». Pero lo cierto es que allí estaba... a las once de la noche, escondida de la vista de cualquier pueblerino de la zona, en la Escuela de Audiovisuales.

Sabía muy bien que estábamos a punto de realizar un allanamiento de morada, en plena noche y en mi escuela, pero aquello carecía de importancia después de lo que había entre manos. Además, me parecía tentador estar en la escuela sin alumnos, sin tropezarme continuamente con los compañeros haciendo saltar mi clarividencia una y otra vez. De esta forma podía hacer que me concentrara mejor en cosas más significativas...

El susurro de dos voces masculinas, y pasos ligeros y medio silenciosos, me hicieron prestar atención de nuevo a la entrada de la escuela. Dos figuras se movían entre la noche bajo la luz de las farolas. Disimuladamente se adentraron al pasillo que llevaba desde la acera hasta la entrada. Cuando estuvieron a la altura de la puerta, salí de mi escondrijo para reencontrarme con ellos.

—¡He, chicos! —dije a media voz, pues no quería que ningún vecino me oyera.

—¡Qué susto! —dijo Dimitri controlando su volumen de voz, poniéndose la mano en el pecho y sobresaltándose.

—Pensábamos que ya estabas dentro —comentó Aka. —¿Cómo iba a estar dentro? Os estaba esperando.

Ambos llevaban ropas negras y guantes. Parecían ladrones de banco sin capucha. En cambio, yo llevaba tejanos azul marino y una camiseta gris —Vaya... veo que habéis venido bien preparados. —¿Vamos a quedarnos aquí fuera charlando o vamos a entrar a ver qué encontramos? —preguntó Dimitri molesto, probablemente aún por el susto.

Dimitri sacó unos alambres y los introdujo por la cerradura. De vez en cuando decía un taco al escaparse el alambre de su posición y eso nos ponía nerviosos, que mirábamos a todos lados para vigilar que nadie nos viera. Al cabo de un rato, no muy prolongado, hizo un chasquido, giró el pomo de la puerta y esta se abrió.

—Las damas primero —dijo alardeando de su proeza.

Encendí la linterna que llevaba a mano y entré de inmediato al edificio. Seguidamente entró Aka y, por último, Dimitri, cerrando la puerta con sigilo y encendiendo su linterna posteriormente. —Déjame ir delante —me pidió Aka'wi, y yo accedí.

Caminábamos por el pasillo principal. Aquello habría estado muy oscuro de no ser por nuestras luces. Aun así, ese punto terrorífico, misterioso y morboso no se desvanecía. Estar allí ilegalmente hacía que fuera más emocionante pero no había lugar para tales sentimientos en esos momentos. Teníamos una misión y aquello me hizo prestar menos atención a las vibraciones que tanto miedo inspiraba el lugar.

Al menos esperaba que no hubiera alarma, de lo contrario...

A ka'wi me miró desconcertado, pero, fuera lo que fuese por lo que se había girado, lo desvaneció enseguida continuando por el pasillo. Parecía que buscara una puerta en concreto, pues apuntaba con la linterna hacia todas las salas por las que pasábamos. Se paró frente a una de las puertas que llevaban a la planta baja donde solo localizaríamos el almacén y en la que se informaba con un cartel: «solo personal».

—Tenemos que bajar —propuse.

—¿Notas algo? —preguntó Dimitri.

—No, pero jamás hemos tenido acceso a esta habitación y es un sótano. ¿Blanco y en botella...?

Los chicos se miraron entre sí, intuyendo probablemente que me había vuelto loca por usar la lógica en vez de mi don. Pero no olvidemos que tener lógica también supone tener un don...

«Aun así, yo les daría la razón», dijo mi conciencia resonando en mi cabeza.

Bajamos uno detrás del otro por aquellas escaleras estrechas y viejas. Tocaba las paredes rocosas para mantener el equilibrio y no bajar rodando llevándome por delante a A ka'wi, que seguía iluminándonos el camino. Sería una forma rápida de bajar sin duda. Aun así, seguí bajando cautelosa hasta que llegamos al almacén.

Los tres nos quedamos decepcionados. Esperábamos un enorme agujero en el suelo, o quizás en la pared que continuara yendo hacia abajo, pero no... Estábamos decepcionados porque lo único que veíamos era columnas de cajas acumuladas, instrumentos musicales, material de clase... muchas cosas, pero nada de lo que buscábamos. Empezamos a alumbrar hacia todos lados, sin dejarnos ningún hueco por descubrir.

Quizás se situaban en otro sitio. Observé a los chicos, que buscaban detrás de las cajas que había junto a la pared, quizás en busca de alguna puerta oculta que les condujera hacia ellos.

—Deberíamos irnos —nos advirtió Dimitri—. No veo nada.

La desilusión me embriagó y pensé que, si me esforzaba, podría provocar alguna premonición, solo si me concentraba lo suficiente... Podía tocar algún objeto o las paredes...

A medida que lo pensaba lo hacía. Cuidadosamente fui posando la mano encima de los objetos: una copa de campeonato, una flauta, caja por caja y columna por columna. Concentraba cada una de mis partículas en las yemas de mis dedos para que me aportara algún tipo de información.

—¿Qué estás haciendo? —se extrañó Dimitri.

Pero no contesté, si lo hacía rompería mi concentración. —Debemos irnos. Ya —insistió.

—Aquí no hay nada —dijo A ka'wi—. Deberíamos seguir inspeccionando otras salas.

Cerré los ojos y toqué la pared, rugosa a mi tacto y algo desagradable al rozar mi mano por ella. Las voces de los chicos se fueron apagando y me concentré en la sala. Mis sentidos se agudizaron y el aire entró más puro por mis fosas nasales, la adrenalina subía y noté cómo el corazón se aceleraba... Ya venía. El tacto de la pared se esfumó como si fuera tragado por alguna fuerza desconocida, dejándome sin punto de apoyo. Abrí los ojos y seguía estando en la misma sala. Las luces estaban encendidas pero los chicos no estaban. Escuché abrirse la puerta que había en lo más alto de las escaleras y bajó como un rayo uno de los profesores del primer trimestre, pasando por delante de mí de una manera borrosa y a gran velocidad, cogiendo algún objeto y volviendo arriba. Se apagaron las luces y al cabo de unos segundos se volvieron a encender. Esta vez bajó el director López, que, de la misma forma que el anterior profesor, buscó por algunos rincones el objeto que requería y volvió a la superficie. Luego la profesora Del Valle. Todo ocurría a gran velocidad como si estuviera viendo lo que había estado pasando en aquella sala durante días, de manera acelerada. Uno tras otro, seguían bajando y subiendo. Aquello era una locura que me provocaba mareo del propio

movimiento y de tanto encender y apagar luces. Los ojos no se me habían acostumbrado a la oscuridad cuando volvía la luz para deslumbrarme.

Salí del trance al ser interrumpida por Dimitri, que me estaba sujetando del brazo, pero apenas pude ver su rostro cuando la habitación empezó a moverse de un lado al otro, como si estuviera bajo unas aguas muy revueltas, y el suelo me parecía arenas movedizas. Empezaba a tener náuseas, me sujeté a sus brazos con fuerza para no perder el equilibrio y fijé su pecho como punto de referencia para mi concentración.

—¡Tenemos que irnos ya! —parecía alarmado—. ¡Creo que se ha debido de activar alguna alarma silenciosa y estamos expuestos! ¿Estás bien para caminar?

No podía ni contestar, tan solo estaba concentrada en no caerme y no vomitar encima de él. La cabeza me daba demasiadas vueltas como para mover siquiera un pie.

—Tiene muy mala cara, Dimitri.

Su voz sonaba lejana, alcé los ojos y pude ver su figura en el primer escalón, aunque no de una manera clara, preparado para salir corriendo hacia la superficie. Volví a mirar el pecho de Dimitri para seguir centrada en un punto.

Cuando me di cuenta, Dimitri me alzó para sujetarme en brazos y empezamos a subir por aquellas escaleras hasta llegar al pasillo. Me agarré a su cuello y su colonia me cautivó la nariz. Olía realmente bien y su fuerte musculatura me hacía sentir segura en sus brazos. Los efectos de la visión y el despertar no deseado empezaban a desvanecerse. Cuando él estaba conmigo... todo desaparecía.

Al salir por la puerta principal nos abordaron dos coches, deslumbrándonos con sus luces azules y rojas y con el sonido de una sirena intermitente. Apenas pudimos actuar cuando los policías que ocupaban los vehículos salieron y nos apuntaron con un arma.

—¡Alto! ¡Quedaros quietos!

—¿Puedes ponerte en pie? —me susurró Dimitri.

—Sí...

Mi voz sonaba poco convincente pero, vista la situación en que nos

veíamos envueltos, era mejor intentar caminar ahora que mi mareo había menguado. Dimitri dejó caer suavemente mis pies hasta llegar al suelo mientras yo seguía sujetándome a su cuello. Cuando noté que el suelo era seguro, me agarré a su brazo para prevenir. Al mismo tiempo, cuatro policías armados se acercaban a nosotros para capturarnos de manera amenazante.

Nos empujaron para que avanzáramos hacia los coches, movimiento que por poco me provoca una caída de bruces si no hubiera estado sujeta a Dimitri, pues seguía debilitada.

—¡He, cuidado! —reclamó Dimitri—. ¡No se encuentra bien!

—Ya, claro. ¡Caminad! —ordenó el más cercano a A ka'wi.

Nos cruzamos miradas de complicidad. Aquello no pintaba bien... ¿Una alarma silenciosa? ¿Cómo podría haberla escuchado si era silenciosa? Quizás había escuchado la sirena de los coches y había deducido.

«Ya, claro, desde el almacén», se burló mi subconsciente. Bueno... tendría buen oído.

«¿Pero los coches no llegaron cuando salíais?» —su tono sonaba pensativo. Y eso me sorprendió a mí.

Debía ir a un loquero...

Nos pusieron contra el capó y nos colocaron las esposas, incomodando el movimiento de las muñecas.

«¿Para qué? Si apenas puedes caminar... como para huir estás tú...». A veces desearía poder controlar mi subconsciente.

Uno de los policías abrió la puerta trasera y me cogió de la cabeza, obligándome a agacharme para que pasara al interior del coche. Le hacían lo mismo a A ka'wi por el otro lado, poniéndolo junto a mí, y a Dimitri lo llevaron hacia el otro coche. El asiento estaba separado de la parte delantera por unas rejas metálicas y las puertas no tenían los tiradores para poderlas abrir desde el interior. Aunque me hubiera planteado escapar de allí, no sabría ni por dónde empezar. Temía lo que podría pasar a partir de ahí pues, aparte de arruinar mi vida quedando marcada por un expediente policial, ignoraba el retraso que nos podría ocasionar esta detención, ¡y teníamos que estar mañana en esa fiesta!

Y después estaba mi madre... ¿Cómo le explicaría esto? Se suponía que

estaba a salvo en casa de Ana...

A ka'wi, silencioso a mi lado, me lanzó una mirada que transmitía tranquilidad. Parecía que aquello no le afectaba, algo que consideré inconsciente por su parte. Sabía que era un chico con los pies en el suelo, inteligente, calmado y paciente, pero aquel acontecimiento podía sacar de quicio a cualquiera... menos a él.

Estábamos allí por mi culpa; yo les traje hasta la escuela para que investigaran.

«Tú no les pediste que te acompañaran», comentó mi primer subconsciente, comprensivo.

«Sí... pero fuiste tú quien los entretuvo más de la cuenta allí abajo», me culpó el segundo. «Que para la visión que tuviste podrías haberte quedado quietecita, guapa... Solo nos ocasionó un mareo del copón y que nos pillara la pasma».

«Ella no controla lo que quiere ver... Si fuera así, todo sería mucho más fácil, ¿verdad?».

¿Mi primer subconsciente me preguntaba a mí? Creo que me estaba volviendo loca... ¡Estaba teniendo disputas conmigo misma! Acallé esas voces que me creaban cefaleas. Lo que he aprendido hasta ahora es que mis visiones nunca fueron para nada, siempre hubo alguna razón detrás de cada una, solo tenía que averiguar la razón por la que había tenido esta última.

Al fin llegamos a la comisaría y, después de obligarnos a dejar todos nuestros objetos y datos personales, hacernos fotos y tomarnos las huellas, nos sentaron a los tres en una misma sala con una mesa rectangular en medio. Las paredes eran grisáceas, carentes de decoración, una de las cuales tenía un espejo alargado ocupando gran parte de ella. Nunca había estado allí, pero a juzgar por las películas que había visto, aquello tenía que ser la sala de interrogatorio y aquel espejo tenía que estar ocultando a aquellos ojos curiosos y de alto rango de la brigada policial que estarían al otro lado, en alguna sala oculta.

Pasaron minutos cuando entraron dos agentes a la sala, uno tenía traje

chaqueta y el otro vestía su uniforme policial. El rostro de este último lo reconocí enseguida.

—Vaya, Laila. A tu madre no le gustará esto... —dijo el agente Barney. Y se puso en un lado de la sala.

—Bueno, chicos —empezó a hablar el hombre trajeado. Era un joven que rondaba los treinta años, de pelo castaño y piel pálida—. Vamos a ver... —miró los tres expedientes que nos hicieron a la entrada—. Dimitri... A ka'wi y... Laila. ¿Laila? —miró al agente Barney—. ¿No es la chica de tu investigación? —Sí, señor.

—¿Podéis decirme qué hacíais en la escuela a esas horas de la noche?

Puesto que no había más sillas disponibles, se sentó en una de las esquinas de la mesa. Su voz era contundente y fría. Me intimidaba. Ninguno de los tres respondió.

—Chicos... —continuó—. Si no colaboráis no saldréis de aquí.

Miré a los chicos. No podíamos decir las razones reales por las que estábamos allí... Estaba claro que si íbamos a hablar teníamos que mentir. Pero desde siempre sabía que las mentiras tenían las patas muy cortas y hacerlo a la autoridad se podía pagar caro.

«Nah... Miente sin miedo...», dijo el segundo subconsciente. «Si tardan lo mismo en pillar una mentira que al que te disparó, te doy mi bendición».

—¿Cómo lleváis la investigación de mi caso? —pregunté fijando mi mirada más intensamente al agente Barney.

—Estamos en ello.

—Ya... —puse en duda su trabajo.

El chico trajeado se mantuvo en silencio, observándome, intentando entrar en mi mente para averiguar algo.

—No habréis estado haciendo vuestras investigaciones en solitario, ¿no? No me gustaría averiguar que habéis estado infringiendo las leyes para hacer justicia a vuestro antojo.

—No, señor —contestó enseguida Dimitri—. Claro que no. —¿Y bien? ¿Robasteis algo?

—Solo era un reto —dijo inesperadamente A ka'wi. Le miré y parecía

decidido a escupir una mentira tras otra.

—¿Un reto? —repitió sorprendido—. ¿Me estáis diciendo que solo ha sido una chiquillada?

—Chiquillada... travesura... No pretendíamos hacer nada malo — prosiguió A ka'wi—. Tan solo queríamos entrar, recorrer la escuela a oscuras y salir. Probar nuestra valentía. —Ya... —hizo silencio—. ¿Vosotros dos decís lo mismo? —se dirigió a nosotros, parecía que no se lo tragaba mucho—. Laila... ¿Podrías decirme por qué estabas allí?

—Ya te lo ha dicho mi amigo. Solo era una prueba para saber quién era un cobarde y quién no —contesté sin divagar.

—Ya... y supongo que si te lo pregunto a ti, Dimitri, dirás lo mismo, ¿no? —Dimitri se encogió de hombros, evidenciando la respuesta—. Chicos, por alguna razón sabéis que no me lo trago, ¿verdad? Si hubiese sabido que ibais a mentir os hubiera interrogado por separado y así, de seguro, os hubiéramos pillado, y lo sabéis.

—Esa es la verdad —aseguró A ka'wi.

—Está bien. Quedareis arrestados esta noche, bajo fianza —y se levantó decidido.

—¿¡Qué!? —dije alterada. En algún momento de nuestra mentira pensé que nos salvaríamos. Ingenua de mí...

—Laila, broma o no, habéis hecho un allanamiento de morada y, aunque no hayáis robado o causado daños, no deja de ser delito. Tenéis derecho a hacer una llamada cada uno, por si tenéis que hablar con alguien —abrió la puerta dispuesto a marcharse cuando se detuvo y se dio media vuelta—. Por cierto, soy el detective David Álvarez. Quedaros con mi nombre porque no os voy a perder de vista.

Si aquello pretendía infundir miedo... conmigo lo había conseguido. No podíamos permitirnos ser investigados, perseguidos o acechados por un detective. Complicaría toda nuestra operación. Pero aún quedaba lo más complicado de la noche... Tenía que llamar a mi madre y no sabía cómo explicárselo.

Nos llevaron esposados hasta una celda conjunta donde había tres personas con malas pintas en su interior. Solo veía *piercings*, tatuajes, ropas

macarras con pinchos, cicatrices profundas... Uno por uno, el agente Barney nos fue quitando las esposas y obligándonos a entrar. Si no hubiera estado acompañada por Dimitri y A ka'wi me habría desmayado del miedo allí mismo. Estaba con auténticos criminales y aquello me hacía estar atenta continuamente, sin poder relajarme. Esperaba que nos dieran pronto nuestra llamada para que mi madre me sacara cuanto antes, y que Omar y Lucas hicieran lo mismo por los chicos.

Fuera de aquellos barrotes se podía ver una sala cubierta por grandes ventanales y con varias mesas repletas de papeles y materiales de oficina pertenecientes a aquellos agentes. Su lugar de trabajo parecía desordenado y algo caótico, así era normal que nunca encontraran nada y fueran siempre tan perdidos en las investigaciones... Si ponía mi caso en sus manos, mi madre acabaría por cumplir su amenaza de marcharnos de Ejea y aquello no podía permitirlo. Tenía que hacer algo al respecto, ¿pero cómo hacerlo si no recordaba nada? Tenía que concentrarme... tenía que volver a la hipnosis para ir al sitio al que quería ir, pero estaba claro que aquel no era el lugar ni el momento. Por mucho que quisiera, las miradas devoradoras que tenían aquellos tres chicos me hacían subir un pequeño escalofrío por la columna y me creaban náuseas.

Dimitri estaba sentado en una esquina de la pared que había ante mí y A ka'wi se mantenía de pie a su lado, junto a los barrotes, mientras observaba las oficinas. Parecía que nos iban a dejar aquí un buen rato hasta que pudiéramos hacer nuestra llamada.

—Eh, guapa...

Su aliento prácticamente podía rozarme la mejilla. No me había dado cuenta de que uno de los tres a los que no debía haber perdido de vista se había acercado a mí. Físicamente era una mole: gordo pero fuerte, alto e imponente. Tenía larga cabellera morena que se interponía en su cara; aun así, la cicatriz de su mejilla llamó mi atención, de la misma forma que lo hizo su mal aliento. Me dejó sin habla. —¿Se puede saber qué hace una preciosidad como tú en un lugar como este? «No me lo puedo creer...», dijo mi segundo subconsciente. El primero se quedó mudo. ¿Estaba utilizando una de las frases más viejas en ligues... en la cárcel? Me armé de coraje. A esta

gente tenías que tratarla con dureza y perspicacia; si te achantabas podías darte por perdida. —Si te lo dijera tendría que matarte.

—¿Ah, sí? —y se acercó más, poniéndome la piel de gallina. Pero aquello no me echó hacia atrás—. ¿Y eso como lo harías? ¿A bofetadas? —se burló, miró a sus dos compañeros macarras y empezó a reírse.

—Si quieres derrotar a alguien, no todo es utilizar la fuerza —mi voz sonaba amenazante y aquello le puso en alerta—. Pero está claro que tú de eso... no entenderás.

—¿Me estás llamando tonto? —su voz era doblemente amenazante que la mía y me estaba provocando.

Quizás no achantarme no era lo mejor, pero ponerme en guerra contra ellos tampoco era una buena idea. Tan solo quería demostrar que podía defenderme yo misma, pero contestarle no era la defensa más correcta y ahora lo estaba viendo.

—¡He! —le llamó la atención Dimitri sin moverse del sitio, impasible—. Deja a la chica. —¿Por qué? ¿Acaso es tu novia?

—Solo digo que la dejes tranquila —su mirada se volvió oscura y llena de una ira que podría penetrar hasta en el alma más malvada.

El hombre levantó las manos, de manera inocente, y se retiró junto a sus amigos. Parecía que sus palabras lo habían hecho aguantarse más que las mías. Dimitri me hizo un gesto con la cabeza para que fuera con él y así fui atraída. Cuando estuve a su altura dio unos golpecitos con la mano al suelo y me senté entre sus rodillas levantadas, apoyando mi espalda contra su pecho. Él me rodeo con sus brazos por la cintura haciéndome sentir más protegida, y todo sonido se desvaneció. Volvía a estar en una burbuja, fuera de peligro.

—No vuelvas a hacer eso —me susurró al oído—. No son peligrosos, pero tampoco inofensivos.

Su aliento rozó mi oreja y acarició mi mejilla como si fuera de terciopelo. Su voz me produjo un escalofrío que me recorrió la espina dorsal y sentí cómo se me erizaba el vello. Su protección me halagaba y hacía que mi corazón bailara de triunfo. No podía estar pasándome... Dios... Sentía algo profundo por ese hombre... Abracé sus brazos y apoyé la cabeza en su hombro.

—No lo volveré a hacer —y una sonrisa se me dibujó en el rostro.

Me quedé un momento sumergida en su colonia, envuelta en su protección y alejada de aquel lugar. El sonido de un disparo silenciado me sacó de mi bienestar y miré a mi alrededor. Parecía que nadie más había escuchado lo que yo... Todos seguían haciendo sus cosas o, como los que nos encontrábamos en aquella celda conjunta, dejando pasar el tiempo. No había sido un disparo real...

Capítulo 5

Un agente de policía de mediana edad se acercó a la puerta, interrumpiendo mi «momento burbuja». —Bien, chicos. ¿Quién será el primero en llamar? —preguntó mientras nos abría la puerta.

—Ve tú —me dijo Dimitri—. Y dile lo de la fianza. —¿Omar y Lucas os podrán sacar de aquí?

—No te preocupes por eso. Lo importante es que ahora vuelvas a casa con tu madre lo antes posible.

Su mirada se fijó en mí, pero su atención residía en aquellos malhechores. Su apariencia de consejero a ojos ajenos se convirtió en una advertencia para mí.

—Está bien...

Mi cabeza había estado dando muchas vueltas a lo que le diría a mi madre cuando llegara el momento, intentando escoger las palabras correctas para no preocuparla, alterarla o impedir cualquier indicio de incomodidad y vergüenza. Estaba claro que no había llegado a ninguna conclusión pues, dijera lo que dijese, no podría evitar un enfado asegurado. Así que allí estaba, marcando el número de mi casa en aquel teléfono *beige* de oficina colocado en aquella mesa blanca del agente, llena de papeles desordenados, un ordenador de pantalla plana antiguo y un separador de carpetas al otro lado. El guardia que nos había abierto la puerta se sentó al otro lado de la mesa, tumbado hacia atrás como si estuviera en su propia casa, y observó cómo me colocaba el auricular en mi oído para escuchar los tonos mientras entrelazaba los dedos de sus manos encima de su barriga rechoncha, mostrándome extrema vigilancia. Me sentía una auténtica delincuente con tanta atención recibida... Quizás pensase que si me perdía de vista por un momento podría

escaparme, entrarme un ataque de locura y empezar a matar a todo el pueblo...

«¿Quién sabe?», se rio mi segundo subconsciente.

—¿*Diga?*

Su voz medio dormida al otro lado del teléfono desvió mi atención hacia ella. Se me hizo un nudo en la garganta y, sin venir a cuento, los ojos se me pusieron llorosos. Aquello no se lo iba a tomar nada bien... Otro disgusto más que se sumaría a la larga lista de su vida.

—¿Ma... mamá...?

El silencio que nos envolvía mientras nos dirigíamos hacia el coche me resultaba incómodo y doloroso. Había intentado decir la primera palabra en cuanto la vi, pero me detuvo antes de que lo hiciera, alzando la mano. Su energía desprendía enfado, preocupación e incomprensión, pero su silencio hacía de aquella percepción algo mucho más grave. Prefería mil veces que me castigara, que me dijera lo enfadada que estaba, incluso que me diera un bofetón por haberle mentado, pero escogió hacerme el vacío ocultando sus sentimientos y aquello me estaba hiriendo más que cualquier otra cosa... Por eso lo hacía. Ella lo sabía. Mis hechos no tenían perdón...

Mi madre fue la primera en entrar a casa y, después de quitarse la chaqueta de manera brusca, lanzó las llaves del coche junto con las de casa encima del bol que había en la mesita, junto a la entrada. Cerré la puerta tras de mí, cauta, temerosa e intimidada por su comportamiento. Parecía que se avecinaba una gran tormenta con rayos, truenos, granizos y tornados. Para mi sorpresa, subió las escaleras golpeando los pies contra el suelo algo más fuerte de lo normal y se ocultó en el segundo piso. A los pocos segundos escuché cerrar la puerta de su habitación. Me quedé atónita. Necesitaba que me gritara pues sabía que bajo aquella fachada de madre silenciosa nacía un volcán y cuanto más tardara en salir, más fuerte sería su explosión.

Lucky estaba en el comedor acomodado encima de su cojín, en el suelo junto al sofá. Mi madre debió colocarlo allí puesto que él no podía moverse todavía con facilidad. Mi perro me miraba con sus ojos inocentes y llenos de amor mientras movía la cola de felicidad al verme, ignorante de la situación. Me acerqué a él, me arrodillé y le abracé, impregnándome de su cariño mientras me lamía la oreja. Un abrazo que hubiera necesitado de mi madre pero que por razones obvias no me dio.

—Ay, Lucky... —mi voz empezó a temblar y se me hizo un nudo en la garganta—. Se está complicando todo tanto... —oculté mi rostro en su cuello y le abracé con más ganas cuando rompí a llorar de manera silenciosa.

No sé cuánto rato me quedé allí con él, dejándome llevar por un profundo abrazo bajo su suave pelo y su amor incondicional. El silencio de la estancia se rompió cuando las lágrimas empezaron a caer descontroladas, y contenía mis sollozos, haciendo que mi respiración saliera entrecortada al tragármelos uno detrás de otro...

Me despertaron sus lametones, llenándome de babas toda la cara. Aquel simple despertar me alegró la mañana.

Sabía que mi madre no le quería en mi habitación ni que durmiera conmigo porque lo llenaba todo de pelos, y el olor que desprendía, por muy limpio que estuviera, se quedaba impregnado en el cuarto.

—Vale, vale... ¡Deja ya de darme tantos lametones, besucón! —pero al reírme lo hacía más.

Me desplacé hacia un lado para que no pudiera alcanzarme y poder respirar de su agobiante momento cariñoso, aunque agradecido. Él estiró una de sus patas para agarrarme, jugueteón, aunque fue en vano, y optó por ladrar. —Ya vale, Lucky, o mamá se enterará —pero no paraba—. ¡Lucky! —aquello lo achantó, colocando sus orejas hacia atrás—.

Sssh... ya sabes que tu otra dueña no te quiere aquí, así que calla.

Su cara de pena me ablandó. Le acaricié la cabeza, se la agarré con las dos manos y le di un beso en lo que se suponía que era la frente.

—Bonito... ¿Qué haría yo sin ti?

El móvil vibró, haciendo retumbar la mesita de noche. Sabía quién era y de qué trataba ese mensaje. El ambiente de mi estancia cambió radicalmente, haciéndome volver a la cruda realidad. Había llegado el momento y esperaba que los chicos ya estuvieran fuera de la cárcel.

Bajé al comedor para acomodar a Lucky en su cojín y, seguidamente, me dirigí a la cocina para coger un par de bollos y un zumo de melocotón. Allí estaba mi madre, sentada mientras miraba las noticias atentamente en el televisor de treinta y dos pulgadas que había en el mármol de enfrente. Entre sus manos sujetaba una taza de café, bastante cargado y poco habitual viniendo de ella (algo que me hacía pensar que no había podido dormir en toda la noche), y acompañado por sus galletas de fibra.

Me dirigí a la nevera para coger mi zumo y luego a un armario que había en la otra punta de la cocina para coger ese par de bollos. Finalmente me senté en la misma mesa que ella. Su silencio era atronador y su mirada la mantenía fija en las imágenes que mostraban las noticias de la mañana, robando toda su atención, cuando al fin captaron también la mía.

—*El accidente en cadena ha ocasionado, por el momento, dos muertos y una quincena de heridos...* —informaba la presentadora.

La autopista estaba colapsada de coches, muchos de ellos empotrados en los traseros del coche delantero, otros tantos cruzados y colisionados a los costados, pues habían intentado evitar lo inevitable; y había también sanitarios atendiendo a los heridos con sus ambulancias estacionadas en el carril contrario, al igual que los bomberos y los policías. Entre todo aquel caos, la imagen empezó a tambalearse de manera irreal, comenzó a entrecortarse y a entrelazarse con otra; empecé a notar una presión en los ojos, abordándome una sensación de mareo; la voz de la misma presentadora se volvió hueca, más alarmada, y la noticia cambió.

—*El tsunami ha devastado gran parte de la costa de*

Marruecos; las más afectadas, Rabat, Casablanca y Kenitra —

informaba intentando ocultar su asombro y horror—. *Todavía se desconoce el número exacto de fallecidos, pero de momento se hace referencia a más de un millón de muertos, a más de doscientos mil heridos, y todavía sigue un buen número de desaparecidos...* —su voz se fue apagando y volvió a crear interferencias, intentando acoplarse con la imagen real—. *Todas las unidades están intentando ayudar al máximo pero...*

Antes de que desapareciera me fijé en el rótulo al pie de la pantalla que resumía lo ocurrido: «Tsunami en Marruecos; la catástrofe del 13/ 04».

Me enmudecí... ¡Faltaban cuatro días...!

Un segundo más tarde la voz de la presentadora volvía a ser normal.

La imagen de aquella niña que recordaba de una visión pasada y que se aferraba a mí como gesto de ser protegida de algo inevitable regresó a mi mente. Tenía que evitarlo como fuera, había que dar un aviso a aquellos habitantes o... Se nos echaba encima el tiempo. Apenas había tocado los bollos y acabado el zumo cuando me levanté dispuesta a salir. No podía pensar en comer después de lo que sabía.

—¿Adónde crees que vas? —la voz de mi madre resonó por toda la estancia de manera amenazante.

Mantuve silencio, pues sea lo que dijese en aquel momento no podría actuar a mi favor.

—Ni se te ocurra cruzar esa puerta —su voz era tajante, sin vacilación.

Yo seguía de pie, a la espera de la erupción volcánica. Necesitaba que arrancara su ira para poder defenderme.

«¿Defenderte? ¿Se puede saber cómo piensas hacer eso?», dijo mi primer subconsciente con los brazos cruzados y arqueando una ceja, enigmático.

«Si tomamos ejemplo de la manera en que te defendiste con aquel grandullón en la cárcel... lo llevamos claro...», comentó el segundo, más sarcástico mientras soltaba una risotada burlesca.

«¿Qué le dirás?», el primer sub, que parecía más preocupado que el segundo, se puso en posición de imitarme: «Paseaba por la zona y mira... no sé... ¿me apeteció entrar en la escuela... *de noche?*». Estaba claro que no iba a colar.

«No, no, no, ¡Espera!», interrumpió enseguida el segundo sub, entusiasmado por alguna de sus ideas absurdas: «Ejem». Al aclararse la voz se preparó para afeminar su voz de manera burlesca: «Mira, mamá, que me entró una repentina necesidad de estudiar, ¿y qué mejor que la escuela?». Se puso al otro lado y se endureció con brazos en jarra: «¿A las tres de la mañana?». Volvió velozmente al lugar de mi imitación y empezó a bailar mambo, moviendo hombros y pecho mientras cantaba. «¡Es que la noche me confundeee...!»». El primer sub amagó una risa. Yo estaba atónita, pero parecía que mi subconsciente burlón no tenía intenciones de parar: «¿Y qué hacían esos dos chicos contigo, si se puede saber...?». Volvió al lugar de mi imitación y con cara triste dijo: «Vale... lo reconozco... Tu hija es una pendona. ¡Vivan los tríos y las orgías!». Entonces echó confetis surgidos de la nada y rompió a reír.

—¡Vale, ya! —les grité—. ¡Se supone que sois mis pensamientos, tened un poco más de cordura y dadme buenas ideas!

«Cariño...», el primer sub puso su tono madrero y angelical, ocultando una sonrisa bajo sus labios. «Es que no las hay... No intentes defender lo indefendible... Solo escúchala y reza para que no sea muy duro».

«Yo esperaría a que se tomara el café para responder, no vaya a ser que...».

Las eché de mi mente y volví a la realidad, cansada de que no sirvieran de mucho.

Observé cómo se tomaba su último sorbo de café y lo llevaba hasta el lavaplatos. Para sorpresa mía, no iba a decir nada más y yo ya no podía callar más.

—¿Ya está? ¿Eso es todo?

—Creo que no hay nada más que decir.

—Lo siento, mamá. Es cierto que estuvo mal lo que hice, pero...

—¡Me mentiste! —me interrumpió señalándome con el dedo, más dolida que amenazante—. Eso es todo lo que yo sé. Así que hoy no saldrás de casa. Estás castigada.

—¿¡Qué!? Mamá, tú no sabes nada... No puedes... —¿No puedo qué? ¡Eres mi hija! Por Dios santo... —sus ojos se llenaron de lágrimas, pero las

contuvo con su ira—. Cuando yo intentaba protegerte tú estabas mintiéndome y metiéndote en líos. ¡Está claro que no te conozco! Me prometiste alejarte de cualquier peligro, me pediste una semana de margen para que investigaran quién te disparó y así la policía tenerte cerca para cualquier novedad o ayuda que le pudieras dar. Pensé... «Vaya... ¡qué hija más valiente y responsable tengo...!». ¡Pero lo único que veo es que lo que querías era estar con ese chico todo este tiempo! Quizás a ti no te preocupe tu seguridad, pero a mí sí, y quiero que te alejes de ese chico, ¿me has entendido? Para mí es más importante tu seguridad que cualquier romance que puedas tener. Así que ya le puedes ir diciendo a ese que no vas a volverlo a ver más porque, por muy tonta que me veas, yo también he sido joven y he cometido locuras como todo el mundo, pero jamás estuve en una cárcel.

—Mamá, él no tiene nada que ver... Él no tiene la culpa de...

—No sé quién tiene la culpa, solo sé que estabas con él y un amigo suyo cuando decidisteis hacer un allanamiento. ¡Por Dios, Laila! ¿En qué estabas pensando?

«¡Orgíaaa!», seguía gritando y bailando mi segundo sub, burlándose de la situación.

—Está claro que no pensaba con claridad... Pero no tienes ni idea por lo que estoy pasando... Su rostro mostró frialdad.

—No... No tengo ni idea porque hace tiempo que mi hija dejó de contarme las cosas. Hasta que no me cuentes lo que te ocurre para haber hecho lo que hiciste anoche, no saldrás de casa.

—Mamá, no...

—¿Te ha quedado claro? —me interrumpió.

No valía la pena llevarle la contraria o hacerla entrar en razón. No lo haría. Cuando algo se le ponía entre ceja y ceja, no había nadie que la hiciera desviarse de ese camino.

—Sí...

—Bien, porque a la próxima no pago tu fianza. Ahora ven conmigo, que me vas a ayudar a limpiar.

Sabía que Dimitri y quizás el resto del grupo estaban fuera

esperándome. Había algo más importante que el enfado de mi madre. Prometí cuidarla... y es lo que iba a hacer, aunque eso llevara a decepcionarla como hija.

—Mamá... —había subido ya un escalón cuando se giró con una mirada que congelaría a cualquier ser vivo. Inspiré profundamente—. Lo siento... Jamás tuve intención de herirte y sé que, si ahora mismo saliera por esta puerta, la herida que te causaría sería mayor. Sé que te preocupas por mí, como buena madre que eres. Pero... lo siento —tragué saliva para evitar que los ojos se me llenaran de lágrimas—. No puedo quedarme... Hay algo que tengo que hacer con urgencia y no puedo atrasarlo —su rostro se desencajaba por momentos—. Ahora mismo no puedo contártelo, pero te prometo que lo haré... Tan solo espero que tengas paciencia y me perdones.

Abrí la puerta dispuesta a salir.

—Laila, como salgas por esa puerta no te molestes en volver.

Cerré los ojos y me mordí el labio. Me moría de ganas por contárselo todo y evitar su estado de incertidumbre, preocupación y enfado, pero al no poder se me hacía un nudo en el estómago. Sabía que en ese momento se sentía como una madre fracasada, pero decirle que me tenía que enfrentar a una organización, que fue la misma que me intentó asesinar, para poder salvar nuestro hogar, era un completo suicidio, lanzándome a la locura y a la extrema de sus preocupaciones. Volví a tragar saliva con fuerza, esta vez para pasar aquella bola que se me había formado en la garganta. —Lo siento.

—Laila...

Cerré la puerta tras de mí y me encaminé hacia fuera de mi terreno donde los chicos me esperaban. Miré a mi segundo subconsciente malhumorada.

«¿Qué...? ¿Ahora no aguantas las bromas? Hazme caso... Tu madre se creería antes lo del trío u orgía que la investigación sobre una organización ultra secreta...».

Me deshice de él y me centré en el grupito de chicos que me esperaba fuera de la cancela. Lucas y A ka'wi estaban allí, aquello me decía que ya habían salido de la cárcel; sin embargo, faltaba alguien.

—Laila... tengo que contarte algo —dijo Omar.

—¿Qué le ha pasado a Dimitri? ¿Dónde está?

—Él sigue en la cárcel...

—¿Qué? —mi rostro se debió de quedar tan blanco como la nieve, pues sentí que la sangre no fluía. La imagen de aquellos grandullones se me vino a la mente—. ¿Por qué? ¿Le ha pasado algo? —Tranquila, no es nada solo que... lo están reteniendo. —¿Cómo...? No entiendo por qué deberían hacer eso... ¿Es que se ha peleado con aquellos hombres?

—No, no...

—¿Es por lo del allanamiento? Él hizo lo mismo que los demás. No rompimos ni robamos nada. Todos teníamos las mismas condiciones: una fianza a pagar y fuera.

—No es eso.

Mi comprensión empezaba a escasear.

—¿Entonces...?

—Crean... Tienen indicios —rectificó— de que pudo haber sido él quien te disparó.

Me enmudecí tras aquella declaración. ¿Por qué iban a tener indicios de eso...? Me dirigí a mis subconscientes. Dimitri no haría eso... ¿No...? Pero mis subconscientes no decían palabra. La primera empalidecía por momentos mientras la segunda, por primera vez, se había quedado con la boca abierta, incrédula.

—Es sospechoso de tu intento de asesinato... Laila —seguía sin poder musitar palabra, y él continuó—, al parecer un testigo les ofreció un retrato robot y... coincide con su descripción. —Pero... eso es imposible —logré decir—. ¡Nadie vio lo que ocurrió!

—Eso es cierto —dijo A ka'wi—. Y no sabemos cómo ha podido pasar...

—Se supone que fue esa organización... Cuando se den cuenta del error lo soltarán.

—Eso esperamos, pero esto nos deja con un «soldado» menos —comentó Omar.

A pesar de mi estupefacción e incapacidad de entendimiento, pensé que

si había dejado de lado a mi madre de aquella manera también podía posponer aquel asunto.

—No tenemos tiempo para ponernos de charla. En estos momentos hay cosas más importantes y no he discutido con mi madre para nada. Así que vamos.

Antes de que me dijeran nada más, me adelanté a ellos sin musitar palabra de camino al Ayuntamiento, por la avenida de la Constitución. Sabíamos cuál era nuestro plan, sabíamos qué tareas tenía cada uno. El tema de Dimitri ya se aclararía más tarde. Solo era paciencia... Había prioridades.

Fue poco trozo el que anduvimos cuando empezaron a aparecer grandes grupos de gente dirigiéndose en nuestra misma dirección. Cualquiera de ellos podía formar parte de la organización y todos nos pusimos en alerta.

—Separaos —ordenó Omar.

Mientras él se quedaba a la retaguardia junto con Lucas para tener una perspectiva más amplia y captar cualquier movimiento sospechoso, A ka'wi y yo nos dispersamos entre aquellos grupos. Inspiré hondo y me abalancé rozando mis dedos a toda persona que se me cruzaba. A veces se volteaban incrédulos o mirando con malas caras, desconfiando de mis acciones.

A medida que nos acercábamos al Ayuntamiento, la concentración de gente era mayor y el sonido de unas voces coordinadas se empezaba a escuchar en su lejanía: el concurso de la coral había comenzado.

La gente, ignorante de las circunstancias, salía a las calles con sus hijos, que saltaban y corrían de alegría. Los coches procedentes de pueblos tanto cercanos como lejanos empezaban a ocupar los costados de las calles, acaparando todos los aparcamientos. Mis manos rozaban a cada ser, cada niño, cada persona a la que me dirigía sin dejarme a nadie; los tocaba lo suficiente para tener unas visiones cortas y precisas, suficiente para saber que no eran ellos.

Al fin llegamos al lugar más concurrido y una barrera humana nos impedía el paso. Contemplaban al coro actual cuyos cantores vestían túnicas anaranjadas con un toque de azul marino y que, posicionados en escalera, cantaban una versión de alguna canción religiosa acompañados por un piano. Miré a A ka'wi, pues sabía que una vez dentro de aquella multitud nos

perderíamos de vista; él pareció captar mi inquietud. La única forma de avisarnos sería gritar a pleno pulmón por encima del griterío de la gente y los cánticos. Observé a Omar, que se quedó esperando en un lado en captación de algún movimiento sospechoso, y Lucas rodeó a la aglomeración dispuesto a llegar hasta el otro lado de la calle. «Muy bien, chicos. De esta forma teníamos las dos direcciones controladas».

Inspiré profundamente, miré hacia delante observando a las personas que iba a tocar y la oleada de imágenes que se me cruzarían en la cabeza, pero estaba dispuesta a pasar por ese mal rato con tal de coger a alguno de ellos y evitar que se produjera lo que mis visiones me estaban avisando con desesperación. Expiré con fuerza, dejando mis pulmones relajados, y me adentré en la tormenta.

Imágenes desordenadas y mareantes me inundaron la mente. Mis movimientos eran rápidos a pesar de tambalearme de un lado a otro. Iba ciega. Tan solo veía lo que me aportaba la gente, lo cual me impedía ver el lugar real que pisaba. La aglomeración me podía mantener prácticamente en pie, pero con cualquier movimiento en falso podía quedar atrapada bajo los pies de los asistentes. Fui abriéndome paso en zigzag recibiendo pequeños fragmentos de sus vidas y sensaciones en busca de alguna pista, pero allí solo había gente humilde y otros... no tan humildes.

Cada vez me costaba más avanzar, el estómago se me estaba revolviendo y ya no captaba ninguna imagen clara. Tenía que salir para respirar. Me detuve un momento a reunir las fuerzas necesarias para poder salir de allí y me dejé cautivar por la canción *Carol of the bells*, una melodía navideña fuera de temporada interpretada por unos cánticos angelicales. Me ayudaba a relajarme y concentrarme.

De reojo me llamaron la atención los puestos ambulantes: vendedores de objetos, ropas *hippies* y joyas; típicas tiendas de calle de una feria. Pero había una que me atraía bastante. Me dirigí a ella y observé amuletos, brujitas de la suerte, cazasueños, bolas de cristal y símbolos de brujería. No había nadie atendiendo y pensé que, si el dependiente se descuidaba, podrían robarle.

—¿Hola?

Una chica salió de debajo de la mesa con unas cartas en la mano.

Llevaba un pañuelo que recogía su pelo, pero su flequillo se le escapaba hacia la frente, mostrando su color pelirrojo y rizado. Sus mejillas y nariz eran pecosas, sus ojos eran verdes y de sus orejas colgaban unos aros dorados y finos. Era muy guapa, gitana quizás, y debía de tener unos veinticinco años.

—Perdona, no le había visto —dijo sin mirarme, posando las cartas encima de la mesa para venderlas—. ¿Qué quería...?

Cuando se fijó en mí se puso pálida y sus ojos se agrandaron, realzando ese color verde. Sus pecas prácticamente habían desaparecido. Parecía que hubiera visto un fantasma.

—¿Le ocurre algo? ¿Se encuentra bien? —le pregunté, pero parecía haber enmudecido, su aspecto iba empeorando por momentos—. Dios mío, ¿le traigo agua?

Quise agarrarla para que no se cayera de bruces, pero ella retiró el brazo, reaccionando.

—No... no... —tragó con dificultad—. Estoy bien. —¿Seguro?

—Sí... ¿quería algo? —parecía recomponerse, pero su comportamiento me resultaba extraño.

—¿Nos conocemos? —a pesar de que no me sonaba su cara, me daba la impresión de que ella sí podía conocerme.

Se quedó dubitativa.

—No, creo que no. ¿Sabe qué? Creo que tengo algo perfecto para usted —dijo mientras cogía un colgante con una lágrima blanca con tono azulado como objeto. —Vaya, es muy bonito, pero solo estaba mirando su puesto. No creo mucho en esto, aunque he de admitir que tengo curiosidad. —Pues este colgante no es uno cualquiera. Es la lágrima de Odín, le protegerá y le ayudará a encontrar el camino cuando esté perdida.

Me quedé mirando aquel objeto, que parecía brillar con más intensidad a cada instante, fascinándome, pero no dejaba de ser un objeto en el que yo no creía. —No niego que sea precioso, la verdad, pero como ya le he dicho, no creo en estas cosas.

—Hagamos una cosa —rodeó su mostrador y me introdujo el colgante por el cuello—. Llévelo puesto un tiempo y no se lo quite nunca, salvo para ducharse, pues solo puede ser bañado con agua salada, sino su poder

disminuiría. Si no nota nada tras pasar unas semanas, se lo quita y aquí no ha pasado nada. Pero si, por el contrario, nota cualquier cambio o vibración... —accedió a un conjunto de tarjetas que se situaban dentro de una caja transparente y me extendió una —no dude en visitarme. Creo que podría ayudarla con su curiosidad.

Me quedé asombrada ante tanta amabilidad. —Pues... muchas gracias —le dije, pero había algo que no me acababa de cuadrar—. En serio, ¿nos conocemos?

La mujer me sonrió, sin salirse de su línea de cortesía.

Por el rabillo del ojo divisé una sombra negra entre los asistentes y me pareció presentir una energía fuerte, la cual reconocí enseguida. Me fui a disculpar con la dependienta para poder salir en su busca cuando me sorprendió no encontrarla allí. Me asomé detrás de la mesa por si volvía a estar oculta cogiendo alguna cosa más, pero no había nadie.

Una sombra negra volvió a cruzar la multitud haciéndose evidencia de lo que había visto anteriormente. Alguien con capucha negra... ¡Estaba aquí!

Seguí la dirección por donde creí haberla visto y las visiones volvieron a inundarme la mente, dejándome prácticamente ciega y perdiendo contacto visual discontinuamente con aquella persona. Los empujaba sin preocuparme por las embestidas, pues solo tenía un objetivo. Apenas prestaba atención a mi cuerpo pues, aunque el mareo se hacía más fuerte y continuado, y el estómago se revolvió a cada visión que tenía, mi concentración estaba en no perder de vista aquella tela negra que aparecía intermitentemente entre la gente en dirección a Lucas. Ya llegaba... ¡Ya la teníamos...!

—¡¡A ka'wi!! —grité todo lo que pude por encima de los aplausos.

Mis ojos se inundaban de tensión, se difuminaba la realidad acoplándose con las vivencias de la gente, la luz del día me hacía daño y las náuseas aumentaban a cada paso que daba, pero estaba allí... No podía escaparse.

—¡Laila!

Alguien me agarró del brazo, deteniendo mi persecución. Las visiones cesaron y pude visualizar a mi amiga desconcertada.

—Ana...

—¿Dónde te metías? Me dijiste que me llamarías cuando estuvieses

aquí...

No podía entretenerme con ella. Volví la mirada en la dirección por donde se fue la capa negra y... ¡No...! ¿¿La había perdido??

—Perdona, Ana, pero ahora no puedo estar por ti —me deshice de su brazo—. Luego te llamo.

—¡Laila!

Tenía que ir en dirección a Lucas. Era allí hacia donde se dirigía... Él tenía que haberla visto. Seguí abriéndome paso dejando a Ana atrás cuando, al fin, salí de la multitud y... la vi... Estaba allí parada en medio de la carretera, de espaldas a mí. ¿Es que acaso nadie más podía verla? La gente pasaba por su lado como si no llamara la más mínima atención. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Era el momento perfecto...

El movimiento de una segunda persona se hizo notar tras aquel ser. A medida que me acercaba, cautelosa, la persona que al parecer hablaba con el encapuchado se hacía más visible. ¡Era Lucas! ¿Qué estaba haciendo? ¿No atacaba...? Parecía estar haciendo todo lo contrario. ¿Le indicaba algún lugar calle abajo? El encapuchado levantó su mano para agradecerse.

«Bravo, Laila. Tú y tus paranoias...», dijo mi segundo subconsciente.

Me acerqué a Lucas, desconcertada.

—¿Has averiguado algo? —me preguntó al verme llegar. —¿Qué...? ¿Quién era ese...?

—¿Quién? —pensó en el chico que acababa de atender—. Ah, ese. Tan solo buscaba la casa de un amigo. Al parecer el chaval es de fuera y como viene con el grupo de la coral quería aprovechar para darle una sorpresa. Al parecer no todo el mundo viene a la fiesta...

—¿De la coral?

Tendría que haberlo supuesto... Los grupos de coral venían con túnicas y a ese le incluirían capuchas.

—¿Ha habido suerte? —yo estaba incrédula e impactada, creí tenerlo por un instante y por desgracia veía el tsunami más cerca y más real—. Por aquí no he visto nada sospechoso. ¿Estás bien? Te veo pálida...

Las náuseas, que todavía no se habían ido, se intensificaron, y me llevé la mano a la boca. ¡Dios...! El poco zumo y el mordisco que le di al bollo se

me repetía. Iba a vomitar... Corrí hacia un árbol que había en la acera para ocultarme de los ojos vecinos y eché lo poco que había comido. En ese momento llegó A ka'wi, que, por su voz temblorosa, demostraba que había corrido hasta nosotros.

—¿Alguna novedad? Escuché a Laila llamar. ¿Estás bien? —preguntó dirigiéndose hacia mí. Todavía tenía el estómago encogido después de mi última expulsión y no contesté.

Lucas me acercó un pañuelo y me limpié la boca con él. Las piernas me temblaban y tomé asiento, reposando el estómago y desvaneciendo el mareo.

—No vi nada... —dijo Lucas—. Pero creo que Laila vio a un fantasma, estaba súper pálida.

Aunque tuviera mi rostro enterrado en mis manos sabía que la voz de Lucas escondía una sonrisa.

—Yo no vi ningún rostro conocido. Deberíamos volver con Omar... No están aquí —y soltó un soplido, interpretándolo como un fracaso.

—No —dije—. Quizás me confundí al perseguir a la persona incorrecta, pero sentí su presencia. No podemos rendirnos... Seguiremos buscando.

—No están aquí, Laila —repitió—. No demos palos de ciego. Lucas ya lo dijo, viven bajo tierra y no tienen nociones del tiempo. Ni siquiera sabrán el día que es hoy.

—Es lo único que tenemos... No puedo permitir lo que está a punto de ocurrir... Vosotros no lo habéis visto, ni sentido —mi voz cobraba cada vez más fuerza—. Si hace falta llamaré a la embajada de Marruecos o a su gobierno para desalojar todo su país. —Te tomarán por loca, o peor aún, por una terrorista —dijo Lucas.

—Chicos... de aquí a cuatro días un tsunami arrasará Marruecos y millones de personas morirán, sin contar los heridos y desaparecidos, y que los que sobrevivan se quedarán sin nada. Tenemos que encontrarlos... Tenemos que parar esto.

—Laila... es más que eso —comentó A ka'wi—. Si no lo encontramos no tendrás que preocuparte solo por unos cuantos millones de habitantes, sino por todo el mundo. Nada existirá. No habrá nada que salvar.

—Con más razón para no abandonar. Seguiremos buscando. Han de

estar aquí.

—¡Laila! ¡Ay, dejadme pasar! —la voz de Ana, procedente de entre la multitud, luchaba por salir—. ¡Laila! —su cara de desconcierto se volvió en preocupación al ver el estado en el que me encontraba—. ¿Estás bien? —dijo una vez que nos alcanzó.

—Sí... Sí —me puse en pie para evitar más rostros preocupantes. —¿Se puede saber qué te pasa?

—Solo es ansiedad, Ana. Son habituales cuando te encuentras entre la multitud —le mentí.

—Ya... Si sigues sin encontrarte bien puedo llevarte a casa. Aquello era lo último que podía y quería hacer.

—Me llevarán los chicos, no te preocupes. Tú sigue disfrutando de la fiesta —sonreí con esfuerzo y disimulo.

Ella observó a mis dos amigos y, aunque su expresión era totalmente perdida, retrocedió un paso. Sabía que en ese mismo instante su presencia estaba de más.

—Está bien... —su voz titubeaba—. Te llamaré luego para ver cómo estás...

—De acuerdo —le sonreí falsamente—. Y... perdona.

Su mirada se fijó en mí, incrédula por el ambiente feliz. Sus ojos me hablaban por sí solos, sabía que en cuanto me llamara esta tarde empezaría a hacerme preguntas, unas que me gustaría evitar a toda costa.

—Luego harán espectáculos de agua en la plaza. Si después te encuentras mejor me gustaría que vinieras... —No lo sé, Ana... Ya veremos. Lo siento.

—Ya... No hagáis cosas malas en mi ausencia —me guiñó un ojo y se fue enseguida para introducirse de nuevo entre la muchedumbre.

¿Qué quería decir con eso?

Intenté evitar imaginar a mi segundo sub bailando ese estúpido movimiento y cantando «orgía» al final de sus frases. ¿Quizás sabía algo de lo ocurrido anoche? No... no podía ser... Aunque el pueblo era muy pequeño y hasta el secreto más insignificante y mejor guardado salía a la luz en menos de lo que cantaba un gallo.

Estuvimos rondando la zona en busca de pistas o, mejor aún, con la esperanza de encontrarnos a algún miembro de la organización, pero quizás aquello era demasiado pedir... Había anochecido y solo conseguimos perder el tiempo y acabar los cuatro sentados por el suelo, derrotados de tanto caminar para nada. Lo único que había valido la pena de todo aquello era haber visto de lejos el espectáculo de agua, pues trataba de una pirotecnia con luces y música en el Lagunazo de Moncayuelo; ¡ah, sí!, y el perro caliente con patatas que habíamos comprado en una parada móvil. Aun así, el bocadillo lo tenía desintegrado de hacía rato y empezaba a manar una jauría de leones en mi estómago... —Oye... ¿por qué no vamos a cenar algo? —comenté.

—Sí, y de paso podríamos llevarle algo a Dimitri... —propuso A ka'wi—. La cárcel no es conocida por sus manjares.

Aquello me hizo recordar las razones por las que Dimitri seguía allí. Era raro que tuvieran un retrato robot que se pareciera a él. O quizás era eso: solo un parecido... Pero ¿tenerlo retenido veinticuatro horas? La policía no me había llamado para informarme sobre ese hecho, puede ser que fuera por mi incapacidad de recordar, así que, por mucho que me pusieran a varias personas para reconocerlas, no lo sabría.

Los chicos me habían dicho que habían sido los de la organización, pero... ¿y si me hubieran mentido? Solo sabía su versión y me la creí sin justificarlas debido a las coincidencias de mis visiones. ¿Y si estaba ahora mismo con los cómplices de mi asesino? Pero aquello me impactaba: Dimitri... ¿el autor de mi intento de asesinato? El corazón se me encogió.

«¿A eso no se le llamaba complejo de Edipo?» —dijo pensativa mi primer sub.

«¡Síndrome de Estocolmo, burra! Y eso es cuando te enamoras de tu secuestrador. Ella se ha enamorado de su asesino, que es peor» —se contuvo la risa.

«No seas mala... Aún no sabemos si fue él. Laila, no te preocupes,

seguro que ha sido una fatal coincidencia. Esos chicos han de tener mucha imaginación para inventarse toda la historia que nos contaron».

Además, han tenido muchas oportunidades de acabar lo que empezaron en su día. Estaba claro que había una explicación para todo ello. Había confiado en ellos y lo seguía haciendo. En estos momentos no me quedaba otra...

Después de haber comprado unos platos preparados para llevar con pasta y ensalada en una de las tiendas ambulantes de la feria, nos dirigimos a la comisaría.

A pesar de ser cerca de las nueve de la noche, todavía se veía concurrida la comisaría de delincuentes recién capturados que dictaban sus datos al policía que les atendía, otros esperaban en la sala hasta ser atendidos, otros presentaban declaraciones de algún delito, y algunos ya estaban siendo dirigidos hacia las celdas. Al parecer eso era lo que la feria provocaba... La distracción de la gente llamaba a la delincuencia, sobre todo a las manos largas y ligeras.

—¿En qué puedo atenderles? —dijo el policía que había detrás del mostrador de la recepción, dejando de escribir un formulario de mala gana.

—Venimos a ver a Dimitri —dijo Omar.

—¿Dimitri? —empezó a buscar algún papel guardado entre sus carpetas que, a diferencia de las demás mesas del resto de policías, estaban bien guardadas y ordenadas en uno de los cajones. Su mesa se veía limpia y organizada—. ¿Sois amigos?

—su voz era tajante.

—Sí —dijimos unánimes, intimidados.

—Lo siento, pero vuestro amigo no puede recibir visitas ahora mismo —dijo cuando al fin encontró el papel que buscaba.

—¿Por qué? —pregunté.

—Está siendo interrogado.

—¿Interrogado...? —me sentí repetitiva e incrédula.

Mi corazón se esquebrajaba a cada paso que daba hacia esa conversación y me repetía, una tras otra, que Dimitri era inocente. —Le habíamos traído algo de comer—comentó Lucas—.

Se enfriará.

—Lo siento, chicos. Además, no se permite traerles nada que provenga de fuera. —¿Ni siquiera comida? —dijo Lucas atónito.

—Ni siquiera eso —el policía siguió rellenando el formulario que había dejado antes a medias.

—¿Podemos esperarle aquí hasta que salga? —pregunté esperanzada.

El policía levantó su mirada de aquel papel y mis ojos debieron ablandarle, porque enseguida relajó su rostro. —Los interrogatorios pueden ser largos y cansados... Pero, si queréis, podéis tomar asiento en la sala de espera.

—Gracias.

Nos sentamos donde nos indicó. Todas las sillas estaban junto a la pared y había pocas para escoger. Aparte de nosotros, había un chico más esperando allí, inclinado hacia delante con los dedos entrecruzados, en posición de rezo. Movía a ritmo acelerado su pierna derecha, mostrando su impaciencia y nerviosismo, con lo que hacía temblar todo el cuerpo. Miraba hacia alguna mesa de algún policía, a la espera de que acabara con alguna otra persona, pero, a comparación de anoche, que apenas había un alma, hoy las mesas estaban casi llenas de gente con problemas, y prácticamente todos los policías estaban ocupados. Si alguien quería hacer un robo en alguna parte, ahora era el momento perfecto, porque todos estaban aquí.

—Toma —A ka'wi me pasó el bol de fideos.

—Ahora no tengo hambre...

—Si no te los comes ahora se te enfriarán... Toma.

Ante su insistencia accedí. No era un lugar para ponerse a cenar; el ambiente no era muy confortable, pero...

—Tenemos acción en primera línea, chicos —dijo Lucas sonriendo al ver cómo arrastraban a un prisionero hasta la celda. Lo que decía... no era

nada confortable. Abrí el bol y saqué los cubiertos de plástico de la bolsa que les envolvía, al igual que ellos.

Hundí mi cabeza en él y engullí los fideos para dejar atrás mi vergüenza de estar comiendo en aquel lugar. Ellos me imitaron, aunque más calmadamente, mientras observaban el panorama. Yo preferí no hacerlo, estar allí me ponía nerviosa y no me acababa de acostumbrar al trato con ellos. Observar aquella «acción» no iba conmigo, no como a Lucas, que no dejaba de mirarlos mientras comía.

Pasaron dos horas cuando el comisario Barney salió por un pasillo, dirigiéndose hacia su supuesta mesa u oficina, y se acomodó. Poco después, el detective Álvarez apareció desde el mismo pasillo que el agente y, con unos papeles en mano, se dirigió hacia la misma mesa de Barney. Estaba segura de que eran ellos los que habían interrogado a Dimitri, con lo cual pronto podríamos verle e incluso sacarle de ahí. Parecían hablar de manera misteriosa y calmada. El detective ponía hincapié en los papeles recién dejados en la mesa, dándole golpecitos con los dedos, como si le diera instrucciones al agente.

En aquel mismo instante salió Dimitri del mismo lugar que ellos, acompañado por el otro agente más joven, Núñez, mientras se masajaba las muñecas. ¿Había estado esposado todo este tiempo?

Nosotros nos levantamos al unísono. Llevábamos tanto rato allí que aquellas sillas habían cogido nuestra forma.

Entre el joven agente y él se cruzaron palabras de gratitud y, cuando se dispuso a marcharse, su rostro parecía un interrogante al vernos. —¿Qué hacéis aquí? —nos preguntó una vez nos alcanzó. —Te traemos la cena — Lucas le mostró la única bolsa que contenía comida.

—Sí... fría —puntualizó A ka'wi.

—¿De verdad? —sus ojos se iluminaron—. Eso se recalienta en casa... ¡Estoy hambriento! —cogió con rapidez la bolsa e inspeccionó en su interior—. Mmmm... ¡Qué rico! ¡Fideos! ¡Y una ensaladilla rusa! Chicos, sois geniales. Muchas gracias.

—Oye, ¿cómo ha ido? ¿Estás bien? —preguntó Omar.

Yo solo podía contemplarle, anonadada. No me podía creer que el chico,

mi protector, mi mentor... del que me estaba enamorando, fuera sospechoso del intento de mi asesinato. Si fuera por mí, le abrazaría ahora mismo, pues verle feliz por unos simples fideos y una ensaladilla me alegraba; además, su sonrisa me cautivaba. Pero contuve mis pensamientos y mi corazón, y me endurecí. Si él era sospechoso tenía que ir con pies de plomo, pues no podía ignorar el peligro que podría estar corriendo tanto junto a él como, probablemente, junto a los chicos.

—Sí, sí... Pero me han tenido tanto tiempo ahí encerrado que solo tengo ganas de comer e irme a casa. Anda, salgamos de aquí —me cogió de la espalda acompañándome hacia la salida, lo que me provocó un dulce hormigueo que me recorrió toda la columna.

—Chicos... yo no puedo volver —dije una vez fuera del edificio, pues no sabía adónde ir—. Mi madre me lo había dejado claro antes de salir.

—¿Tan mala ha sido la discusión? —dijo Omar. —¿Se ha enfadado mucho? —preguntó Dimitri.

—Sí...

—¿Tienes algún lugar al que ir esta noche? —Dimitri volvía a mirarme con esos ojos que me dejaban intimidada, negué con la cabeza, atónita ante aquella pregunta—. Puedes quedarte en mi casa.

¿Podía?

«¿Podemos?», dijeron ambos subconscientes al mismo tiempo, sin creérselo.

No sabía qué hacer. ¿Podía fiarme de él? —Si contestas a unas cuantas preguntas...

—Contestaré las que pueda —me aseguré—. Vosotros iros a casa.

—¿Estás seguro? —preguntó Omar, y Dimitri afirmó con un leve gesto de cabeza.

—¿Estarás bien, colega? —preguntó Lucas—. Que estar en la cárcel tanto tiempo pone loco a cualquiera —dijo con una sonrisa mientras le estrechaba la mano y lo atraía para abrazarlo.

—Tranquilos, con una mujer así a mi lado ya nada me puede pasar —dijo jactándose mientras se reía.

—Mañana quedamos, ¿vale? —comentó Omar.

Los chicos se fueron por los caminos correspondientes que los llevarían hasta sus hogares, mientras Dimitri y yo lo hacíamos en dirección a la suya. Saqué el teléfono móvil para enviar un mensaje a mi madre comunicándole que, como veía, cumplía con su ultimátum y me quedaba en casa de Ana a dormir. «Mentirosilla...», dijo burlón el segundo sub.

Ya... Lo sé... Le estaba volviendo a mentir, pero no podía hacer otra cosa; más tarde se lo enviaría a Ana para que me cubriera las espaldas.

«No hace falta que te excuses», dijo el primer sub. «Has hecho bien. Después de haberte prohibido estar con él, no es buena idea que se lo digas».

«Oh, sí... después de haberte prohibido estar con él lo mejor es volver con él», puntualizó la segunda, mostrando la poca cordura.

«A veces puedes ser bastante irritante...».

Jamás había estado en su casa. Realmente nunca me había hablado de ella ni con quién vivía pero, a juzgar por el silencio y la ausencia de coches en la entrada salvo su Audi R8, debía de estar solo. El portal era enorme, con un jardín en la entrada repleto de flores y arbustos bien cuidados. ¿Pagaría a un jardinero?

Cuando me dio paso al gran recibidor me quedé maravillada, pues ocupaba toda la parte central de la casa. ¡Aquello era una mansión! Era el triple de grande que la mía.

El suelo de parqué relucía; del techo colgaba una campana de lágrimas de cristal, largas, estrechas y elegantes; junto a las paredes había muebles para zapatos, percheros y cristalerías, y las decoraban unos cuadros y velas aromáticas que ya estaban encendidas, desprendiendo una fragancia sin igual.

Para ser chico, me extrañaba que la casa fuera tan limpia y ordenada. ¿Tendría sirvientes? Y si era así, ¿dónde estaban? ¿No tendrían que habernos recibido a la puerta?

Dimitri se quitó sus zapatos, los posó en el mueble correspondiente

junto a muchos otros y se puso unas zapatillas de estar por casa que sacó del mismo sitio.

—Deja los tuyos aquí y ponte estas —dijo mientras me daba unas zapatillas de color lila, y yo obedecí. Me venían algo grandes pero servibles.

Me mostró la cocina, al fondo a la derecha, con una vitrocerámica en un cubo de mármol central y de grandes ventanales que daban al patio trasero; hacía el doble que la mía.

Se calentó los fideos en el microondas y se los comió sin apenas respirar. Mientras, yo miraba por la ventana, contemplando su patio trasero y lo oscuro que se veía todo. En menos de cinco minutos, ya había acabado y me enseñó el comedor, al fondo a la izquierda partiendo de la entrada, que ocupaba su lugar privilegiado con vistas a ambos lados de la casa mostrados por grandes ventanales panorámicos. La pared era de piedra decorativa, en la parte central había una chimenea empotrada y, junto a ella, había unas estanterías con unos cuantos libros de tapa dura y unos sofás individuales para disfrutar de ese «momento biblioteca». A la derecha, un sofá más alargado estaba enfocado a una enorme pantalla plana de más de cincuenta pulgadas, también empotrada a la pared, y una mesita separaba ambas cosas. El lado contrario, el izquierdo de la estancia, junto a la ventana, lo ocupaba un deslumbrante y magnífico piano de cola de color negro. Apoyado en él se podía divisar una partitura.

—¿Sabes tocar?

—Sí. ¿Quieres que toque algo?

Me miró de reojo, como solo él sabía hacer, y se dirigió al piano. Yo afirmé en voz alta, aunque creo que era innecesario pues ya había captado mi interés y curiosidad. Se acomodó en el taburete alargado y miró la partitura, posó sus manos en las teclas y empezó a pulsarlas, creando una melodía con un ritmo que me parecía gracioso. Me recordaba al sonido del oeste, con aquellos vaqueros disparando a diestro y siniestro.

Me senté junto a él y escuché cómo tocaba aquella pieza hasta el final.
—¿De dónde la has sacado?

—Aquí en donde me ves soy todo un compositor —me chuleó.

—¿La has compuesto tú? —me asombré.

Él sonrió, avergonzado, y a mí me gustó verle así. Por primera vez no hablábamos de aquella gente, ni del fin del mundo, ni de mis poderes, ni nada relacionado con lo que nos rodeaba a diario. Aunque teníamos que hablar de algo bastante serio, prefería posponer el momento, pues quería disfrutar de aquel presente.

—Mi padre... —dije melancólica— cuando era pequeña... me regaló un piano de pared para que aprendiera a tocar —sonreí al recordarlo mientras pasaba mis dedos por encima de las teclas, rozándolas suavemente—. Él sabía tocarlo, y mucho. Casi todas las tardes se ponía conmigo para mostrarme alguna canción y yo después lo intentaba imitar —reí—. Eran buenos tiempos... —¿Te acuerdas de alguna?

—¡Huy, no...! Estoy segura de que me equivocaría enseguida —me entró una risa nerviosa.

—Vamos, inténtalo. Si la conozco, te acompaño. Va.

Sus ojos ilusionados volvieron a cautivarme, e insegura y sin ninguna esperanza de que me saliera bien, me volví hacia aquellas teclas que me resultaban tan familiares y posé mis manos en ellas dispuesta a intentarlo. A volver a un recuerdo que creía haber olvidado y en donde era feliz.

Mis dedos empezaron a moverse solos y la melodía salía acompasada, asombrosamente, sin errores. Al cabo de unos segundos, Dimitri empezó en la otra parte del piano con el sonido más agudo, tocando una parte que no había escuchado nunca, pero que acompasaba a la mía. Los dos juntos creábamos una melodía nueva y mejor. Él le daba un ritmo más acelerado y con gancho para contrarrestar la suavidad y la tranquilidad de la mía. Todo a su tiempo y con su armonía. Seguimos con ella, sonriendo por la novedad, hasta que llegó a su fin.

—¿Qué ha sido eso?

—Solo improvisaba —dijo después de encogerse de hombros—. ¿No te ha gustado?

—No... ¡Sí! ¡Ha estado genial! —no conseguía salir de mi asombro—. Genial... —Oye... Siento lo de tu padre.

—Gracias, pero ya es agua pasada. Es cierto que a veces, al recordar

momentos en los que estábamos tan bien, me entra ese deseo de que ojalá todo volviera a ser como antes, pero... —me pausé.

—¿Pero...?

—Eso es imposible. Nada volverá a ser igual, y desear eso solo es aumentar el dolor —me levanté indignada por la realidad.

—Está bien... —parecía haber notado mi incomodidad—. Te enseñaré el resto de la casa.

Aquella incomodidad y ese recuerdo me pusieron de mal humor, y las ganas de vivir y la tranquilidad del momento se me esfumaron. —Oye... ¿por qué no vamos al grano? —¿Por qué tanta prisa? Tenemos toda la noche... ¿verdad?

En aquel preciso momento, el sonido de mi móvil nos interrumpió.

—Hola, Ana. ¿Ocurre algo?

—*¿Cómo que si ocurre algo? Eso mismo debería preguntártelo yo a ti, ¿no?*

—¿Por qué? —me extrañé ante su tono alarmante.

—*¿Qué es esto de que esta mañana te dé un patatús y ahora te quedas a dormir en casa de Dimitri? Y encima te tengo que cubrir si me llama tu madre. ¿Estáis liados y no me habías dicho nada? No me digas... ¿Es un amor secreto? —cada pregunta que hacía, la pronunciaba más alterada—. Pero ¿por qué tanto secretismo? ¡Creí que era tu amiga! ¡Pensaba que nos lo contábamos todo!*

—Espera Ana, para el carro. ¿Se puede saber de dónde sacas esa idea tan absurda?

—*¿Entonces? Espero alguna explicación. Si no, no sé quién te va a cubrir...*

—No estamos liados, eso para empezar —noté su decepción al otro lado del teléfono—. Y me he discutido con mi madre. No tenía ganas de volver a casa, así que Dimitri me ha ofrecido el cuarto de invitados.

—*¿Así que es eso?* —a pesar de no tener una noticia más alarmante como la que se había inventado, afirmé mi veracidad de los hechos—. *¿Y cómo estás? ¿Se te pasó aquel agobio?*

—Sí, ya estoy mucho mejor.

—¿Y a qué venían tantas prisas? ¿Por qué no me llamaste cuando viniste al Ayuntamiento?

—Estaba buscando a una persona —tenía que darle alguna información más si quería evitar preguntas que me pusieran en algún aprieto—. Pensaba hacerlo cuando la encontrara, pero me puse mala y... Bueno, ya sabes el resto de la historia.

—Bueno... lo importante es que ya estés bien y espero que soluciones lo que sea que haya ocurrido con tu madre. Pero no deberías mentirle sobre dónde estás, eso solo crearía más problemas. Créeme, sé de lo que hablo. Sabes que estaré aquí para lo que me necesites.

—Gracias, Ana. Lo tendré en cuenta para la próxima vez, ahora lo hecho, hecho está...

Nos despedimos y Dimitri me animó a subir al segundo piso después de haberme enseñado el baño de abajo, junto al comedor, para enseñarme las diferentes habitaciones, además de la mía. Solo estaba la habitación de invitados, con una cama individual y un armario de dos puertas; y la de él, con cama de matrimonio y un gran vestidor. A excepción del segundo baño que tenía en la segunda planta junto a su habitación, todas estaban bien amuebladas y decoradas con cuadros que mostraban paisajes de la época del romanticismo. Las cortinas azules cubrían las ventanas, y las paredes eran lisas y estaban bañadas en un azul pastel que parecía prácticamente blanco.

Dimitri se acercó a la ventana y abrió las cortinas para que viera el patio trasero.

—¿Te gusta?

—No está mal... —dije remolona.

—¿Que no está mal? —y se echó a reír mientras se dirigía a la cama.

—¿A quién le has tenido que timar para comprarte la mejor casa de todo el pueblo?

—Quizás no me conozcas, pero en el mundo de la música clásica soy un compositor nato y me he ganado bien la vida con ello —se tumbó boca arriba, parecía derrotado.

—Eso explicaría muchas cosas... —¿Qué cosas?

—Como, por ejemplo, por qué un chico de tu edad tiene un coche tan

caro. Solo un hijo de papá con buen estatus social podría tenerlo.

—Pues ya ves... —bostezó.

—No te acomodes mucho —me acerqué a él y me senté a los pies de la cama—. Todavía me tienes que explicar un par de cosas.

Se sentó y sus ojos se fijaron en los míos. —Sí.

—¿Por qué hay un retrato robot en la comisaría que se parece a ti y que, curiosamente, es referente al autor que me disparó?

—En eso sí que no puedo ayudarte —dijo asombrado por la situación—. Seguramente sea alguien que se parezca a mí. Ni siquiera sabían si era el posible asesino, tan solo tenían a una mujer que había visto correr a un chico de mi misma fisonomía por la zona.

—Entonces, ¿ni siquiera podría ser él?

—Pues sí...

—No me estarás mintiendo, ¿no? —le miré de forma más penetrante, para fijarme en su reacción y averiguar la verdad. —No tendría sentido. Además, si yo hubiese sido el interesado en matarte, con la de veces que hemos estado solos ya lo hubiera hecho —en eso tenía razón—. Sigues sin confiar en mí...

—Lo intento, pero con tantas cosas que no queréis contarme es imposible...

—¿Qué quieres saber?

Me mordí el labio inferior, dudando si preguntarle o no. Él me colocó el pelo de un lado detrás de la oreja, acariciándome con su dulce tacto.

—Sé que te dijimos —continuó— que, cuanto menos supieras, más a salvo estarías... Pero si hay algo que pueda hacer para recuperar tu confianza...

—¿Quién eres? —aunque esa pregunta era algo evidente, y especifiqué —: ¿por qué sabéis tanto de esa organización? ¿Formabais parte de ella o algo?

Dimitri suspiró y, por alguna razón, se esperaba que fuera a preguntarle tarde o temprano aquello. Parecía que se estaba armando de valor, para la mentira o para la verdad, pero esperaba que fuera para lo segundo.

—Lo cierto es que sí. De cierta manera formábamos parte de esa

organización —me contuve el aliento— pero no como tú crees. ¿Te acuerdas de que Omar dijo que ahí se hacían experimentos inhumanos? —¿¡Ellos hacían esos experimentos!? Creo que en ese instante mi sangre dejó de circular—. Nosotros éramos ese experimento... entre muchos otros niños...

Mi rostro cambió de pálida a horrorizada. ¿Experimentos con niños? ¿Ellos eran los niños? Bisturí, operaciones, vacunas experimentales, calabozos, ahogamientos... No sé, se me pasó por la cabeza un puñado de torturas, una lista de infinitas barbaridades.

Su postura era rígida y sus ojos se desviaban de los míos, avergonzado. No tenía que estar siéndole fácil confesármelo... —Por suerte conseguí escapar mientras me llevaban a una de las pruebas y pude soltar a los chicos, pero muchos otros se quedaron allí...

—Pero entonces la salida es la entrada ¡Sabéis dónde están! —Desgraciadamente, antes de quitarnos el chip que nos implantaron, nos borraron parte de la memoria. Conseguimos sacárnoslo antes de que la borrarán entera... pero gran parte de los rostros y la salida desaparecieron.

—¿Un chip?

—Sí. Es un aparato que nos introdujeron en el brazo y que conectaba con todo nuestro sistema nervioso. No sabíamos para qué servía hasta que nos escapamos y aquello empezó a hacernos daño, como si se nos clavara en lo más profundo y quisiera desgarrarnos. Era un borrador de memoria para asegurarse de que nadie pudiera saber de su existencia.

—Ya... y siendo un laboratorio, ¿no hay forma de conseguir un antídoto? Algo que ayude a recuperar esos fragmentos perdidos.

—Sí, Lucas está en ello y, cuando lo tengamos, también lo usaremos contigo —me apartó el flequillo dejando visible la cicatriz de mi frente—. Ya no tendrás esas lagunas. Aunque no puedo prometerte que ese último día lo recuperes, pues eso fue fruto del daño de la bala, no de Lucas. Pero no perdemos nada en intentarlo.

—Entonces... Lucas me debió de implantar un chip de esos, ¿y me borró los fragmentos que él quiso?

—No exactamente... —parecía pensar la forma más conveniente de

decirlo—. El chip borra desde la actualidad hasta el día cero, completamente todo y en ese orden. Lo que él te hizo fue algo más simple que todo eso.

—¿Qué me hizo? —pregunté intrigada y a la vez molesta. —Solo tienes la mente bloqueada.

—Pues desbloquéádmela —dije evidenciando mi enfado al haber una solución tan simple. —Eso ya no es tan fácil.

—¿Qué quieres decir? ¿Es fácil borrar fragmentos, pero no recuperarlos? —mi incomprensión aumentaba a cada segundo. —A ver, no es que sea más fácil o más difícil, pero la mente humana tiene más facilidad para olvidar que para recordar. Una simple hipnosis, sugestión... Es fácil manipular la mente para hacer creer algo que no ha pasado. Hemos estado muchos años bajo experimentos y observando lo que le hacían al resto... y a nosotros... Cuando cogían a un niño y se lo llevaban a la sala siete, volvía sin recordar ciertas cosas, su mente no oponía resistencia, pero cuando aplicaban la inversa regresaba con la mirada perdida; dejaba de hablar; parecía muerto en vida... Correríamos un riesgo si te desbloqueáramos la mente.

¿Correr un riesgo o sería algo seguro que pasara eso? —¿Hubo algún caso en el que consiguieran resultados positivos?

—Que nosotros sepamos... no.

Entonces era normal que no quisiera intentarlo. Si ni siquiera los expertos habían podido desbloquear las mentes de aquellos niños, ¿cómo podía conseguirlo uno sin tener ni idea de ciencia?

Por otro lado, parte de lo que me contaba no tenía sentido... ¿Cuánto tiempo llevaban fuera de aquel sitio? Si había podido convertirse en un gran compositor hubiera necesitado tiempo. Nadie se convierte lo suficientemente rico como para tener aquel coche y aquella casa en unos meses o un par de años.

—¿Qué pasa?

Mi cara incrédula debió de ponerle bajo aviso. —Tu casa... el coche... ¿Cómo...?

—Perdona —dijo con una leve sonrisa—. He de reconocer que ahí no he estado fino y que no estaba preparado para responderte según qué preguntas.

Admito que ser compositor no es lo que me ha dado todas estas posesiones, pero es una larga historia que ya te contaré en otro momento.

Observaba su mirada y sus gestos, desconfiada. Me había vuelto a mentir, ¿pero por qué no podía contarme la verdad o por qué no estaba preparado? ¿Había hecho algo malo? ¿Había matado a algún multimillonario y lo tenía escondido en un frigorífico o enterrado en el patio trasero?

«Resulta que ahora tenemos al Joker delante nuestro», se rio el segundo sub.

«Deja de ver tantas películas, Laila...», puso cordura mi primer sub.

Sí... quizás estaba exagerando, ¿pero cómo podía confiar en él si solo me mentía?

«Recuerda que te dijeron que cuanto menos supieras, mejor. Quizás piense que mentirte sea la mejor forma de mantenerte a salvo», razonó el primer sub, y a lo mejor tenía razón.

—Laila... haré todo lo posible para protegerte y para que recuperes lo que en su día perdiste. Te ayudaré en todo lo que pueda.

Sus ojos me miraban con franqueza. Quizás era cuestión de tiempo para que me contara las cosas, y para que las mentiras, construidas para mantenerme supuestamente a salvo, se desvanecieran para cubrirse de verdad, dando a todo aquello más sentido.

Al apartarme de nuevo un mechón de pelo de mi mejilla, su tacto me hizo abandonar esos pensamientos, y su mirada desprendía esa calidez y ternura que tanto me gustaban. Su mano la retenía junto a mi oreja, entreteniéndose en poner bien mi cabello, y sus ojos me atraían como la polilla a la luz... Me quedé atrapada, hechizada, y no podía escapar. Éramos dos imanes que se aproximaban más y más...

Su aliento cerca de mis labios me erizó el vello. Quería apartarme, pero mi cuerpo no reaccionaba; mi corazón había tomado el control por completo y me llevaba hacia el precipicio. —Perdona... —dijo mientras se apartaba, arrepentido.

Aunque aquello me tendría que hacer sentir aliviada por no haber pasado, no era así. Me sentía como si me hubieran echado un jarro de agua fría por la cabeza, y mi cuerpo se puso a temblar, aunque no parecía

apreciarse a plena vista. Le había deseado, y no haberle parado antes de que lo hiciera él hizo que me ruborizara.

—No... no pasa nada.

—Cada vez puedo controlarme menos...

No sabía qué decir, estaba totalmente abatida. Mi cuerpo tembloroso necesitaba despojarse de la adrenalina y el deseo cautivo. No podía dejar de mirar esos labios carnosos y sus ojos brillantes. Sabía que él me quería y yo sentía algo profundo por él. No aguantaba más...

—Pues deja de controlarte.

Le agarré de la nuca y le presioné hacia mí para que se acercara y acabara lo que había empezado. Cuando sus labios se juntaron con los míos me provocó una descarga eléctrica, subiéndome la adrenalina; las mariposas de mi estómago revolotearon eufóricas y el cuerpo me temblaba con más intensidad. Dimitri intensificó sus besos y me llevó a sus brazos, acariciándome la cabeza, la espalda y la cara... No podía parar... No podíamos parar.

Definitivamente me había enamorado de él y por eso disfruté de cada caricia; del tacto de sus labios y su lengua juguetona; de su calidez, deseo y ternura...

Cuando nos distanciamos para mirarnos a los ojos, mi corazón parecía una manada de caballos desbocados. Había sido una explosión de pasión y sentimientos encontrados, y Dimitri volvió a besarme. Lo hacía una y otra vez, alegre. Sus manos se introdujeron por mi espalda, por debajo de mi camiseta y le dejé que lo hiciera. Se desvió a besarme en el cuello, erizándome todavía más el vello. Entonces me di cuenta de que aquello no podía ocurrir... ¿O sí?

Su peso me inclinó hacia atrás, apoyando mi espalda ante aquel cómodo colchón, haciendo que Dimitri accediera mejor a mi cuello mientras una de sus manos me acariciaba la cintura.

—Dimitri... —se desplazó hacia arriba para besarme el lóbulo de la oreja, y yo me quedaba sin energías y fuerzas para resistirme—. Dimitri... Vamos demasiado deprisa...

A pesar de que mi orden había sido formulada con un escaso

convencimiento, se detuvo y se apartó a una distancia prudencial, mirándome con fuego.

—Perdona... —me besó la punta de la nariz, cariñoso—. Tienes razón.

Me incorporé en la cama, y me coloqué la ropa algo avergonzada e incómoda por detenerle en tal situación.

—Creo que será mejor que me vaya a mi habitación.

—Sí...

Tras un breve silencio y miradas cruzadas, nos levantamos y me acompañó hasta la puerta.

«¡No! ¡Tú no quieres!», gritó mi segundo sub. «Al menos duerme con él, petarda».

Eso sería un grave error. No creo que pudiéramos dormir después de lo que ha pasado.

«¿¿Podrías ahora??», siguió el segundo, desconcertado.

«¿Y bien? Ahora que has revolucionado hasta al apuntador, ¿qué vais a hacer?», dijo el primero.

Él, no lo sé, pero yo me voy a mi habitación. Mañana ya será otro día...

Las sábanas desprendían olor a limpio y el colchón se acomodaba a mi cuerpo, haciendo que fuera realmente cómodo. A pesar de dicha comodidad, me era imposible conciliar el sueño. Mi mente solo daba vueltas al mismo asunto. Las mariposas se revolucionaban cada vez que revivía el beso y cogían más velocidad cuando recordaba el desliz de sus manos por mi cuerpo.

La luz de la luna llena se filtraba por la ventana, chocando contra la cortina azulada. Aquello hacía que la habitación se iluminara, mostrándome los muebles de la estancia, creando grandes sombras y coloreándola de un delicado azul. Cerré los ojos e intenté relajarme...

El olor que desprendía la cocina podía abrir el apetito a cualquiera, aunque lo que más me llamó la atención fue Dimitri, pues cocinaba única y exclusivamente con sus pantalones azules de pijama. Marcando aquellos pectorales distraía a cualquiera. «Creo que te está entrando más hambre de lo normal...», soltó de repente el segundo sub, y el primero le dio un codazo para silenciarlo. —Buenos días —dijo energético.

—Buenos días... —mi voz sonaba adormilada, aunque no le faltaban razones. —¿Has dormido bien? —y sacó unos bikinis de la sartén—. Pareces cansada.

—Bueno... no he podido dormir mucho...

Se dibujó una leve sonrisa escondida bajo sus labios, camuflando su pensamiento. Seguro que sabía las razones por las que no había podido dormir y aquello me ruborizó. Trajo el plato a la mesa.

Me fijé en la mesa ya preparada con sus dos vasos de zumo que, por el color, diría que eran de naranja; tostadas, mantequilla y mermelada. Además, había un bol con diferentes tipos de fruta y los bikinis. ¿Esperábamos a alguien más? —¿Y toda esta comida?

—No sabía lo que desayunabas, así que hice un poco de todo de lo que tenía en la cocina. Siéntate y come —dijo mientras lo hacía él, y yo acaté—. Hoy nos espera un día duro y hay que coger energías.

Actuaba con tanta naturalidad que me hacía pensar que ya lo había olvidado todo. Parecía que la única que había estado preocupada y que por ello no había podido dormir en toda la santa noche había sido yo. Bueno, al menos me había preparado el desayuno... Eso ya era un punto a favor.

Sus pectorales bien marcados me seguían distrayendo y no podía evitar enviarle miradas mientras intentaba dar algún mordisco al bikini, aunque apenas mordía.

Dimitri me sonrió y a mí me lo contagió. Pero me sorprendió cuando se levantó de su asiento, se colocó a mi lado e, inclinándose, me plantó un beso en la boca, dejándome de piedra.

—Que aproveche —y desapareció por detrás.

Le intenté seguir con la mirada, pero le perdí de vista cuando cruzó la

puerta de la cocina. ¿Adónde iba? ¿Iba a desayunar sola? Miré toda la comida desperdiciada, pues yo no iba a poder con todo aquello.

Apareció de nuevo, esta vez con una camiseta negra de manga corta, y volvió a tomar asiento, aunque le seguía marcando sus brazos fuertes y pectorales. Se había dado cuenta de mis miradas y aquello me desilusionó.

Guardé silencio y seguí con aquel rico desayuno mientras observaba cómo untaba con mantequilla una de las tostadas.

—No eres muy habladora por las mañanas, ¿eh? —no le respondí, me había provocado con su desnudez y finalmente con su beso—. ¿Estás nerviosa?

—¿Por qué debería de estarlo?

—No lo sé... —su mirada me provocaba.

Sí... se había levantado juguetón. Lo que él no sabía que yo también sabía jugar a esos juegos. Me acabé el bikini y me chupé los dedos con lentitud mientras le miraba.

—¿Estaba bueno? —preguntó con una sonrisa de satisfacción.

—Mucho —me levanté y me quité la camiseta, quedándome en sujetador; me acerqué a él de la forma más sexy que pude y le susurré en el oído—. Muchas gracias —le besé en la mejilla, detectando un pequeño movimiento por parte de él, como si se hubiera pensado que iba a dárselo en la boca—. Me voy para la ducha —le guiñé un ojo y le tiré la camiseta a la cabeza.

Conmigo nadie juega... No me giré para ver su estupefacción, sabía que lo estaba y me dirigí al baño de la segunda planta, satisfecha de mi venganza.

Dejé que el agua de la ducha cayera por mi cuerpo, cubriéndome con su calor, llevándose todos mis pensamientos y relajándome para coger fuerzas después. Cuando me sentí preparada, salí para secarme y pasé la mano por el espejo de encima del lavamanos, cubierto por el vaho. El pelo mojado caía a los lados, y mi rostro había recuperado el color en este tiempo en el que había estado fuera del hospital, disminuyendo las ojeras y la palidez. Ahora mis mejillas ya habían recuperado su color y volvía a sentirme como la chica que había sido, o al menos en gran parte. Me pasé la mano por aquella cicatriz, de

piel suave y sensible, y recordé lo mucho que me había cambiado aquel hecho.

El collar con la lágrima de Odín que aquella amable dependienta me había regalado lo había dejado a conciencia encima del lavamanos, pues me advirtió que solo podía mojarse con agua salada. Lo cogí y volví a colocármelo alrededor del cuello. Sin duda me cautivaba su gran belleza.

Su brillo azulado se intensificó y, a pesar de que no creía en aquellas cosas, algo tenía que estar pasando con aquel cristal.

Mi imagen en el espejo se empezó a deformar, un olor a hierro se introdujo por mis fosas nasales y una presión en la cabeza empezó a aumentar. Aquello me dio mala espina, pues no parecía ser ningún síntoma de un principio de clarividencia. Las piernas me flaquearon y perdí el equilibrio, golpeándome la cabeza contra el lavamanos. Quedé aturdida y todo me daba vueltas hasta que el baño se desvaneció, sucumbiendo a una plena oscuridad.

Maya estaba sentada en la sala de espera de urgencias. Dimitri, al contrario, se mantenía de pie sin parar de moverse de un lado a otro, inquieto, pero siempre cerca de Maya.

En ese momento, sus nombres sonaron por megafonía para que se acercaran a las puertas de urgencias. Entre miedo, ansiedad e inquietud, se acercaron al lugar para poder encontrarse con el doctor que había atendido a Laila y que estaba dispuesto a informar.

—¡Doctor! ¿Cómo está mi hija?

Maya tenía los ojos hinchados y rojizos, con las mejillas humedecidas; su voz sonaba temblorosa y su cuerpo parecía un flan. Dimitri le colocó un brazo por detrás y con el otro le agarró de la mano para darle seguridad y aguante. —Su hija ya está estable, pero ha sufrido una embolia.

—¿Cómo una embolia? —preguntó Dimitri, extrañado. La madre de

Laila se mantenía pálida y rígida.

—Tras leer su historial, era algo que podía pasar. Lo bueno es que lo hemos cogido pronto y solo nos queda esperar su evolución.

—Quiero verla... —le suplicó Maya.

—En un rato la trasladarán a planta y podrán visitarla. Ya les llamaremos.

El doctor se retiró y ellos volvieron a la sala de espera.

Pasó una hora cuando les permitieron visitar a Laila, que estaba dormida en aquella cama. Un monitor mantenía informados a los presentes de sus constancias vitales. Había otra cama al lado, pero estaba vacía. Maya pasó sus dedos rozando los pies de su hija, sin poder creer que volviera a estar como hace unos meses, y sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas mientras se colocaba a su lado. Dimitri se mantuvo a los pies de la cama, contemplando aquella escena. Él tampoco podía creer que hiciera tan solo unas horas que estaban desayunando en su casa, provocándole con su estriptís.

—Lo último que le dije fue que no se molestara en volver a casa si salía por la puerta —le agarró de la mano, pero Laila no le devolvió el gesto. Ahogó un sollozo—. Mi niña... —le besó en la frente.

—Ella no estaba enfadada con usted. Prefirió quedarse en mi casa para calmar las aguas. Su intención era volver. —Dimitri, agradezco que me hayas llamado y que la hayas traído tan rápido —le decía sin levantar la mirada de su hija, contemplándola mientras le acariciaba la frente, como si fuera algo demasiado bello como para deshacerse ni un segundo de ella—. Pero sois demasiado jóvenes para entender todo esto... Ella ha sufrido mucho y necesita que alguien la cuide. Necesita a alguien que la mantenga vigilada por esto mismo que le ha pasado. Ella no está bien, aunque se haga la fuerte. No es la misma desde que le dispararon y no creo que vuelva a serlo, pero entre las dos lo superaremos...

Dimitri no podía discutir con el amor de una madre. Estaba claro que ella desconocía lo que le pasaba en realidad a Laila y, por supuesto, no era la misma. Sus visiones la habían cambiado y aquello podría haber sido en parte el causante de la situación actual. Haberla sometido a tanto estrés, a tener

visiones continuamente haciendo que su cuerpo sufriera un estremecimiento continuo, dándole más información de lo acordado y tanto, de golpe... Su mente no lo había podido soportar y, por ese lado, Dimitri se sentía culpable.

El monitor empezó a pitar de forma más seguida, mostrando un aumento en las pulsaciones de Laila, cuando su cuerpo empezó a temblar. Maya se apartó, asustada y paralizada, y Dimitri salió corriendo al pasillo para avisar al doctor o a la enfermera más cercana.

En cuestión de segundos, una brigada de enfermeros y auxiliares la socorrieron.

—¿Qué le pasa? —gritaba asustada Maya— ¿Qué le pasa a mi niña?

—Por favor, apártese —le ordenó una enfermera, empujándola hacia un lado.

Ella se puso junto a Dimitri, que observaba la escena como si fuera una pesadilla.

—¿¡Pero qué le pasa!?! —dijo entre sollozos. Dimitri tuvo que agarrarla para retenerla en el sitio, a pesar de que él tuviera el pecho encogido, sin creerse lo que estaba presenciando.

Los profesionales se mandaban a realizar el protocolo que tenían que hacer, inyectando sustancias y preparando maquinarias.

—¿¡Qué le pasa a mi hija!?!?

—¡Por favor, que alguien se lleve a esta gente de aquí! —mandó un enfermero.

—Le va a dar un paro —comentó uno de ellos.

—La vamos a perder. ¡Rápido, el desfibrilador!

En Ediciones Atlantis tenemos una nueva forma de ver la literatura,
donde el espíritu creativo,
el corazón, el estilo y el pensamiento, caminan juntos.



Calle Virgen de las Nieves, 62

28300 — Aranjuez (Madrid) www.edicionesatlantis.com

atlantis@edicionesatlantis.com